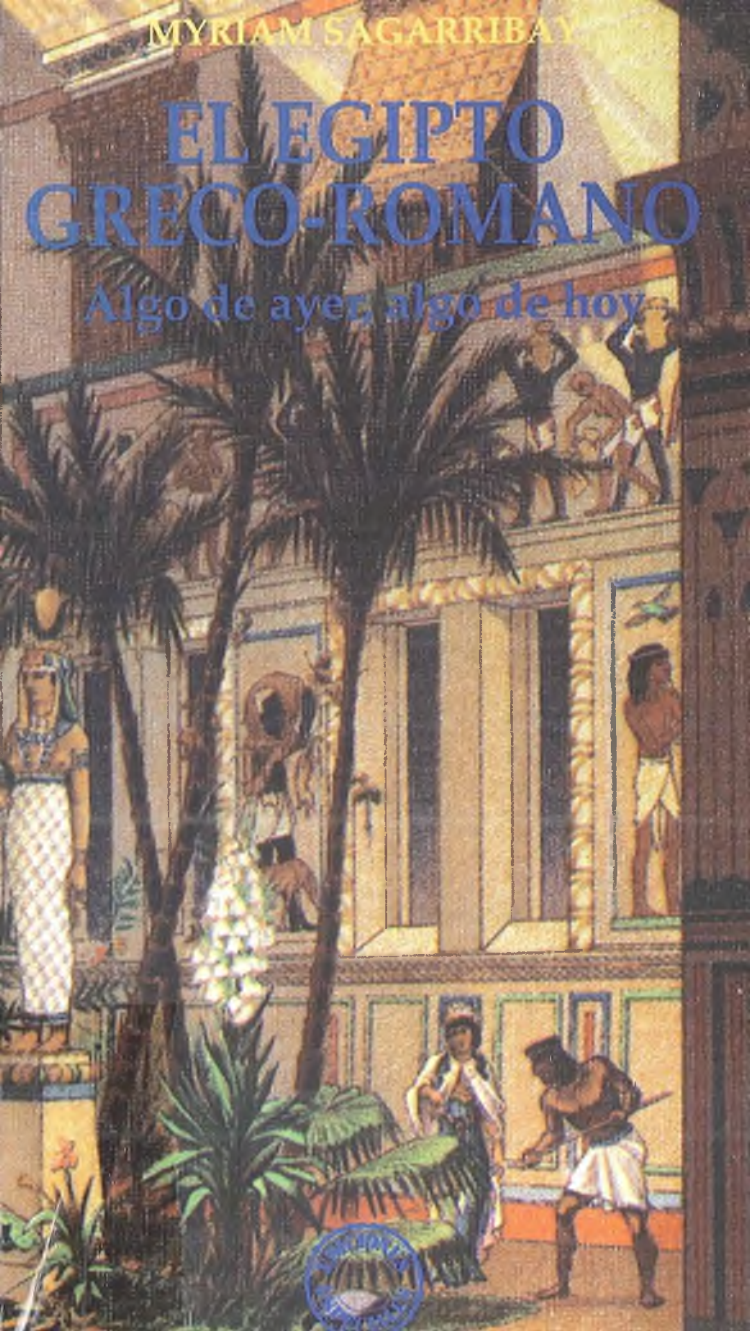
MYRIAM SAGARRIBAY

EL EGIPTO GRECO-ROMANO

Algo de ayer, algo de hoy



Con excesiva frecuencia tendemos a olvidar, dado los avances científicos y tecnológicos que experimentamos en nuestros días, que nada de cuanto hoy poseemos hubiera sido posible sin el legado heredado de anteriores culturas.

En el año 359 a.C. accede al trono de Macedonia Filipo II, quien sería, sin lugar a dudas, su rey más importante y, por encima de todo, el artífice del Helenismo.

Consciente de que una gran nación se construye no sólo con el poder militar, se preocupó de formar a su hijo y heredero, el futuro Alejandro Magno, para lo cual le proporcionó los tres mejores maestros de la época: Leónidas para sus músculos, Lisímaco para la literatura y, sobre todo, Aristóteles para la filosofía.

También quiso que esta completa educación fuera extensiva a los hijos de sus generales y de las familias importantes de Pella, entre los que se encontraba el joven Ptolomeo.

En el 285 a.C. Ptolomeo I Soter contaba 82 años de edad. Su larga vida le había proporcionado una dinastía, un reino floreciente y una ambición realizada.

Esta dinastía –Lágida, Ptolomáica o XXXII– permanecería durante tres siglos, tiempo superior al de cualquier otra dinastía que gobernara Egipto durante 3.000 años.

Ptolomeo deseó convertir Alejandría en el centro de influencia comercial, social e intelectual más importante del mundo.

Cuando Ptlomeo I Soter funda el *Museo*, aglutina en un solo concepto las dos escuelas atenienses: la Academia de Platón y el Liceo de Aristóteles.

Gracias al mecenazgo de los Ptolomeos, el Museo, que albergaba la célebre Biblioteca, se convirtió desde su fundación en polo de atracción de todos los sabios del mundo: Euclides, Arquímides, Galeno, ...

Con el devenir del tiempo y tras 1.000 años de historia en su haber, la Alejandría que fuera fundada por Alejandro Magno, *la que fuera bella entre las bellas, sabia entre los sabios,* presa de la desilusión, de la apatía o, tal vez, de la esperanza, abría sus puertas a un nuevo mundo: el árabe.

¿Quién fue Ptolomeo I Soter?

¿Quiénes y cómo fueron los hombres y mujeres de la dinastía que él instaurara?

¿Cómo vivían los alejandrinos?

¿Cuáles eran sus apetencias, creencias, gustos...?

¿Cuáles de sus costumbres, ritos, supersticiones... han llegado hasta nosotros?

¿Qué les debemos?

¿Qué queda entre nosotros del Egipto greco-romano?

De algo de ese ayer, y de algo de hoy, se trata en estas páginas.

Otros títulos

- DOÑA MARINA, *M.ª Elena Landa*
- LA MUJER ANTES, DURANTE Y DESPUES DE LA CONQUISTA DE MEXICO, *Concepción L. de Pérez Cano*
- LA CARTA MAPAMUNDI DE JUAN DE LA COSA, *Hugo O'Donnell*
- GRAFOLOGIA Y ESCRITURA DE LOS REYES DE ESPAÑA, Silvia Ras
- ORDENANZAS DE BURGOS DE 1512 Y LEYES DE VALLADOLID DE 1513, *M.ª Luisa Pérez de Salinas y Rogelio Pérez Bustamante*

Títulos de próximo aparición:

- GRECIA DESPUES DE ALEJANDRO O LOS TIEMPOS DEL DESAMOR, *Myriam Sagarribay*
- ORIENTE Y LOS SELEUCOS: EL SUEÑO DE UNA AMBICION, *Myriam Sagarribay*

© 1996, Myriam Sagarribay
© Ediciones Especiales, S.L.
C/ Arenal, 22 - 5.º Dcha.
28013 MADRID
Impreso en España - Printed in Spain

I.S.B.N.: 84-89026-04-1
Depósito Legal: M-42.321

Fotocomposición: ANORMI, S.L.
Doña Mencía, 39 - 28011 Madrid

Impreso en: Gráficas VALDEMORILLO
Madrid

EL EGIPTO GRECO-ROMANO
Algo de ayer, algo de hoy

ASOCIACION DE AMIGOS DE LA
BIBLIOTECA DE ALEJANDRIA

El mañana sólo es una parte del ayer.
Si conoces la Historia,
nada te sorprenderá
y, si además la comprendes,
quizá puedas mejorar el hoy.

MYRIAM SAGARRIBAY

A mi hijo.

PRESENTACION

La capacidad de pensar históricamente es la conquista más importante de la civilización europea y la que, más que cualquier otra, caracteriza y distingue a tal civilización de todas las demás.

R. BIANCHI BANDINELLI,
ARQUEÓLOGO

Mi intención, al escribir este libro, ha sido poder expresar mi agradecimiento a ese período del pasado conocido como *Época helenística*, que si bien, en términos históricos absolutos, comienza a la muerte de Alejandro Magno y finaliza con Augusto, la realidad es otra: su ocaso está más allá del mañana.

Tal vez el lector se pregunte que, si es tal mi gratitud... ¿Porqué he elegido Egipto y no Grecia?, o ¿porqué Egipto y no Siria, o Asia Menor, o Babilonia?

Dos razones fundamentales de índole externa y una de carácter personal han basado mi decisión: la

propia palabra *helenístico* y su *universalidad*. Entiendo que el término *helenístico* es a helénico lo que románico es a romano: indica derivación y, por tanto, entraña la grandiosidad de aquello que, procediendo de un algo, consigue una identidad propia. Y *universal* porque, en cada uno de los países en que se desarrolló, configuró una parte de su personalidad que, unida al todo, nos proporcionó los tan importantes cimientos de nuestra cultura occidental.

En cuanto a la razón personal, ésta es menos compleja: Formo parte de la **Asociación de Amigos de la Biblioteca de Alejandría**, a la que me agrada dedicar mi tiempo libre.

El Egipto greco-romano. Algo de Ayer, algo de hoy, no pretende ser ni un tratado de estudio, ni mucho menos de investigación. El simple resumen de casi 1.000 años de historia en estas pocas páginas, habla de su modestia. Pero lo que sí se ha intentado con este libro de carácter divulgativo, es despertar la curiosidad y fomentar lecturas más doctas que conduzcan a conocer y valorar los orígenes que conforman lo que hoy calificamos como Cultura Occidental.

LA AUTORA

PROLOGO

Acercarse a la historia es siempre motivo de alegría y fuente de sabiduría. No en vano *historia est lux veritatis, magistra vitae, vita memoriae, testis temporum et nuntica vetustatis*. Pero es aún más gratificante el poder hacerlo a la historia cercana, a la nuestra, la que comenzó en la Grecia antigua y en gran parte ha perdurado hasta nuestros días. Y llegamos al ¡más difícil todavía! escribir de nuestra historia de manera agradable, sencilla, cautivadora y apasionante.

El Egipto Greco-Romano, algo de ayer, algo de hoy, nos hace dar un salto al pasado sin movernos de la apacible butaca, embebidos por las descripciones magistrales y arrullados por un estilo actual, claro y sin pretensiones academicistas, Myriam Sagarribay logra entusiasmarnos con la cuna de nuestra propia cultura: **el helenismo.**

Es casi un manjar, reservado para los lectores, el revivir el estilo, lo cotidiano, las costumbres, la cultura e incluso la política de la época. Surge la idea de volver a vivir el tiempo que alumbró nuestra idea de pensar nuestras formas de ser nuestro arte. Beber en

el manantial de los grandes: Leónidas, Lisímaco, Aristóteles,... Revivir desde la historia y no desde el cine o de nuestros a veces empolvados recuerdos del bachillerato, la creación de la Biblioteca de Alejandría, la más importante de la antigüedad, que contaba con cerca de 700.000 volúmenes, fundada por Ptolomeo Soter, el primero de la dinastía de los lágidas que reinaron en Egipto desde el 306 al 30 a.C.

Junto a los diversos reyes Ptolomeos, descubriremos también parte de la historia y de la cultura de la zona: la de Siria, Chipre, Libia y por supuesto las de Egipto, Grecia y Roma. Aparecerán, en estas bellas páginas, personalidades tan interesantes como las de Cleopatra, Julio César, Marco Antonio, Octavio, además de las de los propios Ptolomeos y la de Alejandro. Pero es especialmente enriquecedora la parte última del libro, donde de verdad podemos reencontrarnos con nuestro pasado a través de la vivencia de las propias instituciones como la familia, costumbres como los aspectos sociales, curiosidades como el calendario, otras facetas importantes como la religión o la cultura, etc.

Además el libro goza de un buen glosario, al que poder acudir de manera rápida, y una excelente bibliografía, para quien quiera elevarse a lo más científico y dejar el primoroso perfume de lo divulgativo escrito con gusto.

En medio de la actual desorientación sobre nuestra identidad histórica, sumidos en un momento en el

que vivimos la amnesia del pasado, resulta estimulante encontrar a quien se sigue preocupando por la reflexión cultural, por volver a las raíces –eso que está tan de moda–.

El libro, en definitiva, aporta y alumbra luces de esperanza hacia un futuro que no puede sustentarse olvidando un pasado tan rico, tan amplio, en cierto modo tan universal, que ha dado lugar, por encima de los hechos diferenciales, a la *Cultura Occidental.* Nos centra en nuestra cultura que se fundamenta en un nuevo concepto, totalmente original para su época: *el hombre;* poseedor de una gran riqueza hasta en sus propias raíces léxicas: la griega, *anthropos* –con la mirada hacia lo alto– y la latina, *homo* –nacido de la tierra–. La reflexión sobre esta realidad generará el mayor de los movimientos: *el humanismo,* que con la raíces grecorromanas y la aportación del cristianismo se convierte en la clave para recuperar el nudo gordiano de nuestra actualidad.

GUSTAVO VILLAPALOS
Consejero de Educación y Ciencia
de la Comunidad Autónoma de Madrid y
Miembro del Comité Internacional
de la Biblioteca de Alejandría.

INTRODUCCION

En el año 359 a.C., cuando Egipto perdía su independencia a manos de los persas, accede al trono de Macedonia, por el sistema habitual de la época es decir, por una serie de asesinatos en familia, Filipo II.

Macedonia era el reino más septentrional de Grecia; seguramente algunos atenienses y tebanos no sabían de ella. Era un pueblo de pastores inculto y osado, con la prepotencia y valor que da la ignorancia, pero Filipo no era así. En su juventud, al ser enviado como rehén a Tebas, había estudiado y, aunque dio más importancia al estudio de la estrategia militar que a la filosofía e historia, a su retorno a Pella fue considerado un sabio. Consciente de la anarquía que dominaba a Grecia, conquistó ésta más por astucia que por la fuerza de las armas.

Era de natural valiente, listo, cazador infatigable, pronto a enamorarse de una mujer o de un bello muchacho. Llevó una vida desenfrenada, la gula y la embriaguez fueron sus compañeras; se casó varias veces, poseyó grandes dotes militares, inventó la falange, gobernó casi 24 años y murió asesinado den-

tro de la más pura tradición. Sin duda fue el rey más importante que tuvo Macedonia y, por encima de todo ello, el artífice del Helenismo.

Demóstenes, su terrible adversario, en cierta ocasión dijo de él:

> ¡Qué hombre! Por el poder y el éxito ha perdido un ojo, tiene un hombro roto, un brazo paralizado y todavía no hay quien pueda ponerlo de rodillas.

Filipo era consciente de su poder militar, pero intuyó que para hacer una gran nación, debía introducir en Macedonia la forma de vida de Tebas y la cultura de Atenas, por lo cual, cuando su hijo Alejandro, habido de su esposa Olimpia, llegó a la edad del estudio, le proporcionó los tres mejores maestros de la época: Leónidas para sus músculos, Lisímaco para la literatura y, sobre todo, Aristóteles para la filosofía. También quiso que esta completa educación no fuera exclusiva de Alejandro; a las clases acudieron los hijos de sus generales y de las familias importantes de Pella, entre ellos el joven Ptolomeo.

Alejandro no le decepcionó. Dentro de su esmerada formación aprendió de memoria *La Ilíada*, cual llevó toda su vida como libro de cabecera, recitándola tanto en momentos de ocio como de plena actividad, y eligió como héroe preferido a Aquiles.

Físicamente Alejandro era atlético y bello; sus cabellos eran rubios y azules sus ojos. Era emotivo y sentimental, tañedor de cítara al igual que Aquiles, capaz de llorar al escuchar una canción –como en cierta ocasión en que tocaba la cítara su padre se riera de él, dejó de hacerlo y solamente quiso oír marchas militares el resto de su vida–.

En asuntos de amor era puritano, se casó varias veces por razones de estado, tuvo paréntesis de homosexualidad como era costumbre en la época y para los suyos, reservó la más profunda ternura. Supersticioso, alrededor de él pululaba siempre una corte de magos y adivinos a quienes consultaba antes de cada batalla.

Hasta sus conquistas en Oriente, abstemio y mesurado con la comida; a partir de sus éxitos en Persia, se produce en él un cambio de personalidad, adoptando lo excesos de la corte persa en alimentación, hábitos y vestido.

Cuenta Plutarco que durante los festejos de unas bodas colectivas, Alejandro se presentó ataviado con un vestido mitad griego mitad persa y proclamó su origen divino como hijo de Zeus-Ammón. Su antiguo profesor Aristóteles, impresionado ante tal cambio, en vez de reprobar su actual modo de vivir, le hizo llegar algunos versos de su obra *Moral a Nicómaco* que, si en origen no habían sido dedicados a él, eran válidos para la ocasión:

La virtud es ardua y trabajosa para el género humano,
El más preciado botín de la vida.

En la primavera del 334 a.C., pronto a cumplir 22 años, emprendió la marcha a Asia, asegurándose la tranquilidad del reino por el método de asesinar a familiares no cómodos. Antes repartió sus bienes entre sus amigos, al preguntarle Pérdicas: «¿Qué guardas para ti?», respondió: «La esperanza».

Después de haber vencido a los persas en el interior, bajó Alejandro por la costa de Asia Menor, apoderándose de las ciudades griegas que no opusieron resistencia, al contrario le consideraron su salvador. En Gordio, ciudad de la antigua Frigia, supo de la existencia de un nudo cuyos cabos eran invisibles; como era notorio que un oráculo había profetizado que el Imperio de Asia sería para quien lo deshiciese, lo cortó de un tajo con su espada y pretendió haber cumplido la predicción. Seguramente fue así: las victorias se sucedieron a lo largo de toda su vida.

Vencida Tiro, Alejandro entró en Egipto atravesando el desierto del Sinaí y, en Menfis, fue aclamado como libertador. Desde esta ciudad bajó por el Nilo; en las cercanías del brazo occidental de este río, frente a la isla de Faros al lado de una aldea llamada Rakotis, quiso fundar una ciudad que llevara su nombre: Alejandría. Luego se retiró al desierto de Siwa, donde existía un templo dedicado a Ammón, dios

equivalente desde siglos atrás al griego Zeus. Algunos estudiosos dicen que a este templo, a su dios y un poco a los romanos, debemos el nombre de *sal ammoniaca* o *ammoniaco* –al ser muy escaso el combustible en el desierto, los sacerdotes de Siwa utilizaban el estiércol seco de camello. El hollín que quedaba tras la combustión en los muros y techos del templo, contenía cristales salinos blancos de los que se obtiene un gas: el amoníaco–. Otros en cambio, más prosaicos, afirman que la *sal ammoniaca* se llama así porque se encuentra bajo arena, y arena en griego se dice *ammos*.

En el templo, Alejandro efectuó los ritos necesarios para su consagración y aceptó ser hijo de Ammón, según la tradición religiosa egipcia. Pero no podía permanecer en Egipto, tenía que proseguir sus guerras contra los persas y continuar su aventura en Asia. Antes de irse, encargó al arquitecto Dinócrates de Rodas el proyecto de la ciudad de Alejandría y puso a Cleómenes al cargo de su edificación y gobierno.Era la primavera del año 331 a.C.

Alejandro no volvería vivo a Egipto. A su muerte, en el 323 a.C., pronto a cumplir los treinta y tres años, después de fastuosos funerales y dos años de espera, Ptolomeo llevó sus restos a Egipto, los depositó en Menfis y, más tarde, los trasladó a Alejandría.

La herencia de Alejandro tuvo un desenlace complejo. Al morir sin dejar descendencia clara –un hermanastro deficiente, un hijo bastardo y otro póstu-

mo–, cuenta su leyenda que cuando agonizaba le preguntaron quién iba a ser su heredero, en su último suspiro respondió: «El más fuerte».

Ante tal imprecisión, el gran imperio conquistado fue objeto del deseo de sus generales –*diádocos* si usamos el término griego o *sátrapas* (gobernadores) en persa–, que lucharon entre sí durante interminables años para conseguir un pedazo de la herencia. Algunos murieron en el intento, como es el caso de Pérdicas, predilecto de Alejandro, y los que vencieron se repartieron el imperio, configurando el mundo helenístico.

Antipatro obtuvo Macedonia; Lisímaco, Tracia; Antígono, Asia Menor; Seleúco, Babilonia y Ptolomeo, Egipto.

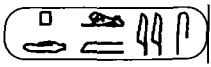
I
EGIPTO PTOLOMAICO

Ptolomeo era hijo de Arsinoe, joven manceba del rey Filipo II, y, según algunos, de éste. Al casar su madre con Lagos fue reconocido y adoptado como hijo. Ptolomeo tenía seis años más que Alejandro; era instruido y culto, no olvidemos que los dos habían tenido los mismos maestros, pero, mientras que en Alejandro dominaba el sentido épico, en Ptolomeo era el estético: el Helenismo era su cosmos.

En las artes marciales recordaba a Filipo. Su físico, menos agraciado que el de Alejandro, poseía una prominente nariz, rasgo genérico de los Ptolomeos que les acompañaría hasta la última Cleopatra. Era inteligente, con una inteligencia lógica que demostró toda su vida. Se casó dos veces, sin contar sus aventuras en Persia, tuvo varios hijos de sus matrimonios y todos se llamaron Ptolomeo.

Al llegar a Egipto en el 320 a.C. ordenó asesinar a Cleómones, el administrador que Alejandro había

puesto, bajo la acusación de malversación de fondos. Conociendo a sus antiguos compañeros, los generales copartícipes del testamento de Alejandro, decidió proteger las fronteras de *su* Egipto. Al oeste estaban Cirene y el desierto libio que por su pobreza no interesaba a nadie, su conquista fue fácil. El este lo resolvió atacando Jerusalén un sábado por la tarde, mientras los judíos estaban en la oración. Pero sus problemas venían del norte, por el mar. A tal fin se dice que ordenó la construcción de una flota de hasta 3.500 barcos.



PTOLOMEO I

Tras 14 años de luchas helenísticas consiguió una estabilidad política, se nombró rey o faraón y su nombre, al igual que el de sus sucesores, se escribió dentro de unas cartelas o cartuchos en lengua jeroglífica. Es así como este general de Alejandro Magno fundó una dinastía que permaneció tres siglos, tiempo superior al de cualquiera de las otras que gobernaran Egipto durante los últimos 3.000 años. A esta dinastía grecomacedónica se la conoce como Dinastía Lágida, por su padre Lagos, Dinastía Ptolomáica y, si tomamos el sentido numérico con permiso de los egiptólogos, Dinastía XXXII.

A partir de la muerte de Alejandro, los diferentes reyes que surgieron del reparto del imperio añadieron un calificativo a su nombre; el de Ptolomeo fue *Soter*, que significa Salvador.

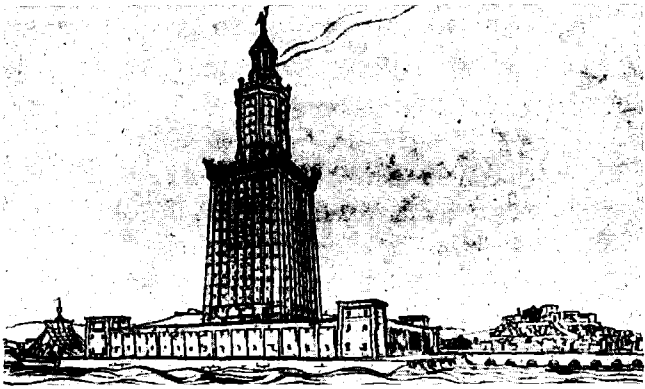
Ptolomeo I Soter, que continuaba siendo griego en idioma y cultura, quiso ser respetuoso con la religión. Fusionó el dios más importante egipcio con los helenos de mayor rango, así Osiris –Padre del Todo– junto a su manifestación terrenal el toro Apis, se convirtió en Serapis, equivalente a los griegos Zeus o Dionisios, y nombró a Alejandro Genio Protector de Alejandría.

Como a todo movimiento religioso suele darse una manifestación arquitectónica, ideó la construcción de un gran templo en honor de Serapis en el barrio egipcio de Alejandría, en la antigua Rakotis, que se llamaría *Serapeum* o Serapeo.

En el barrio griego edificó un maravilloso Mausoleo conocido como Sôma o Sema, para depositar los restos de Alejandro que seguían en Menfis y que, a la muerte de Soter, sirvió también como tumba de éste. En su lógica dio a cada uno lo suyo.

Siendo Alejandría la capital de Egipto había que embellecer la ciudad, y de nuevo encontramos en Ptolomeo su perfecta sincronización entre lo racional y el gusto estético.

Por necesidades logísticas construye un faro en la isla de Faros, sita enfrente del barrio griego: resultaría ser el faro más bello del mundo, «... medía 160 metros de altura y en su cima ardía constantemente un fuego visible a los navegantes desde 50 ó 60 kilómetros». Unió la isla con la ciudad por un dique de 129 metros,



EL FARO DE ALEJANDRÍA

consiguiendo dos puertos comunicados entre sí por puentes levadizos; el puerto más importante era el del este, y allí edificó la ciudad real o Basileia, que los romanos llamarían *Bruchium;* naturalmente ésta sería el barrio griego. El Palacio Real lo situó en el cabo Loquia o Lochias, en medio de un parque rodeado de un espléndido jardín. Dentro de los jardines reales edificó un templo dedicado a las Musas o Museo, donde los sabios pudieran trabajar en paz, sin molestias, libres de impuestos y mantenidos por el Estado.

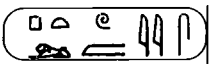
Pero Ptolomeo no había olvidado a sus maestros. Solicita a Teofrasto, el preceptor que sucediera a Aristóteles en la ya lejana Macedonia, que venga a Egipto para encargarse de la educación de su heredero. A pesar de las súplicas del faraón, aquél no accede pero envía a su alumno más destacado, el físico Estratón, para velar por la formación del príncipe: la historia se repite.

Ptolomeo desea convertir Alejandría en el centro de influencia más importante del mundo, tanto en el aspecto comercial como social y, sobre todo, intelectual. Los dioses leyeron su pensamiento y decidieron apoyarle con el arribo a Egipto, después de una serie de peripecias, de Demetrio de Falero quien plasma en hechos y palabras la idea helenística de Ptolomeo. Todos los sabios conocidos son invitados a trasladarse a Alejandría y se incrementan los fondos de la Biblioteca con nuevas e importantes adquisiciones.

En medio de este fervor cultural, Ptolomeo escribió una biografía de Alejandro Magno que se perdió en el tiempo. En cambio nos han llegado textos de Arriano, historiador griego que vivió cuatro siglos y medio después de Ptolomeo, quien elaboró otra biografía de Alejandro basada en la primera.

En el 285 a.C. Ptolomeo I Soter tenía 82 años. Su larga vida le había proporcionado una dinastía, un reino floreciente y una ambición realizada. Sintióse cansado y decidió abdicar en el tercero de los hijos habidos de su segundo matrimonio; otros dos serían sucesivamente reyes de Macedonia, un cuarto heredaría Cirene y dos permanecerían en Alejandría con destino incierto. Al morir dos años después, sus súbditos le rindieron honores de divinidad.

Ptolomeo II, libre de la vigilancia de su padre, mandó asesinar *para su tranquilidad* a los hermanos que residían en Alejandría y declaró la guerra al here-


PTOLOMEO II

dero de Cirene. Tras varios años de luchas logró la paz casando al futuro Ptolomeo III con la hija de su hermano, quedando otra vez Cirene incorporada a Egipto.

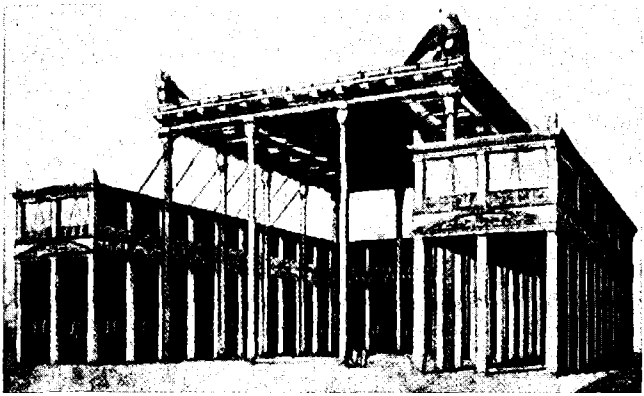
Continuó la política helenística de su padre y terminó las obras públicas y civiles que éste había comenzado. En la parte superior del Faro colocó una enorme estatua de Poseidón, revistió el dique de piedra alabastrina y añadió dos arcos a los puentes levadizos. Construyó el Serapeum, aunque un incendio en los últimos años de su reinado dejara a su hijo la gloria de la terminación. En obra pública realizó un eficaz sistema de canales fluviales, preparó nuevas tierras de cultivo y, con ello, consiguió un incremento de población en los nuevos asentamientos agrícolas.

Durante este reinado, hacia el 280 a.C., se puede decir que finalizan las hostilidades entre los generales sucesores a la herencia de Alejandro. Desde su muerte han transcurrido cuarenta años y quedan tres reinos, convertidos en monarquías hereditarias: Macedonia, Siria y Egipto, donde se asientan los descendientes de aquellos generales, que si bien no son toda la realidad helenística, sí constituyen la más representativa.

Ptolomeo II fomentó las artes y las ciencias, dando una dimensión universal al Museo y su Biblioteca. Efectuó varias expediciones por el Nilo y ordenó a

Manetón escribir una colosal historia de Egipto que abarcara desde la antigüedad hasta la llegada de los Ptolomeos.

Durante su reinado los judíos, cautivados por el medio alejandrino, adoptaron el griego como lengua y, para evitar un vacío en religión, tradujeron la Biblia al griego; a esta versión, base de las posteriores traducciones, se llamó *la de los Setenta* por haber intervenido setenta sabios.



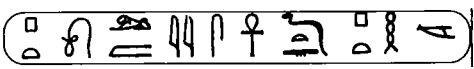
TIENDA SUNTUOSA DEL REY PTOLOMEO II DE EGIPTO.

Pero aquello que marcaría el futuro de Egipto y de los sucesivos faraones de esta dinastía fue un hecho en política exterior. Al oeste del Mediterráneo se perfilaba una nueva nación: Roma. Ningún reino del Mediterráneo Oriental se percató de su potencia, solamente Ptolomeo II la valoró y firmó una alianza, una alianza eterna en la eternidad Ptolomáica.

Ptolomeo II tuvo dos esposas, y las dos de nombre Arsinoe. Bien pasada la juventud repudió a la primera y, siguiendo las costumbres egipcias, contrajo matrimonio con su propia hermana a la cual, por su feliz matrimonio, la llamaron Filadelfo, es decir *La que ama a su hermano*. Este mismo calificativo se extendió al faraón, pasando a ser Ptolomeo II Filadelfo.

Al igual que su padre, continuó victorioso sus campañas contra los Seleúcidas –descendientes del general Seleuco–. Gobernó 37 gloriosos años para Egipto y consiguió que el pueblo olvidara el sangriento comienzo de su reinado.

Al no tener hijos de su segunda esposa le heredó su primogénito Ptolomeo III, más adelante llamado Evérgetes o *Bienhechor*.



PTOLOMEO III

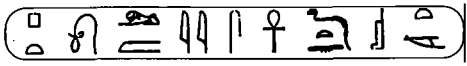
Ptolomeo III resultó ser el faraón más belicoso de la Dinastía Lágida para bien de Egipto. Extendió sus dominios, aportando fabulosos botines a Alejandría, y rescató parte de los tesoros robados antaño por los persas. Por esto y por el esplendor que alcanzó su reinado, le otorgaron el más importante de los títulos: Evérgetes.

Cuenta la leyenda que antes de partir para una batalla, su esposa Berenice rezaba a los dioses para que se lo devolvieran sano y, sobre todo, salvo. En una ocasión Berenice fue más allá de los simples rezos y ofreció su cabellera al templo, a cambio de la vida de su marido; a los pocos días su cabellera desapareció y, para evitar su congoja, un astrónomo sugirió, señalando hacia algunas estrellas, que había sido llevada al cielo por los dioses. Aún hoy a esa constelación la conocemos como *La cabellera de Berenice*. A su muerte, Calímaco dedicaría unos maravillosos versos para rememorar este acontecimiento.

Pero Ptolomeo III Evérgetes tampoco descuidó las actividades pacíficas. Ayudó al Museo con todo su entusiasmo y aseguran que en sus tiempos la Biblioteca llegó a alcanzar hasta 400.000 rollos. Finalizó el *Serapeum* y ordenó edificar otra biblioteca unida a este templo, como anexo a la Biblioteca del Museo.

En su bibliomanía alquiló en Atenas, por una fuerte suma de dinero, los manuscritos de los trágicos Esquilo, Sófocles y Eurípides para ser copiados, pero guardó los originales y devolvió las copias.

A su muerte, Egipto había disfrutado de 111 años de prosperidad desde la llegada de Alejandro.



PTOLOMEO IV

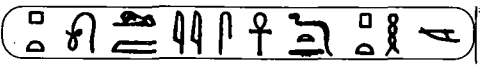
A Evérgetes le sucedió su hijo Ptolomeo IV, denominado por antífrasis Filopator, *El que ama a su padre,* pues se cree que lo mandó envenenar. Lo cierto es que asesinó a su madre, la Berenice de la cabellera, a su hermana –que también fue su esposa–, a su hermano y algún que otro rey que solicitó asilo en Alejandría.

De natural depravado y orgulloso, dejó el gobierno en manos de sus ministros que cometieron todo tipo de abusos. La única cualidad que heredó de sus antepasados fue el amor a las letras. Construyó un templo en honor a Homero, por quien sentía gran admiración, y a sus magníficos jardines solamente podían acceder los poetas.

A la muerte de Filopator, Egipto inició su decadencia política. Por primera vez en el trono Ptolomáico no había un príncipe adulto.

El general romano Escipión el Africano ha conquistado la Hispania cartaginesa al vencer a Aníbal en Zama. Año 202 a.C.

El nuevo faraón Ptolomeo V era un niño de cinco años. Le llamaron Epifanes, *El Ilustre,* y fueron los nefastos ministros de su padre quienes gobernaron. Las rebeliones ciudadanas se suceden y, ante la debi-

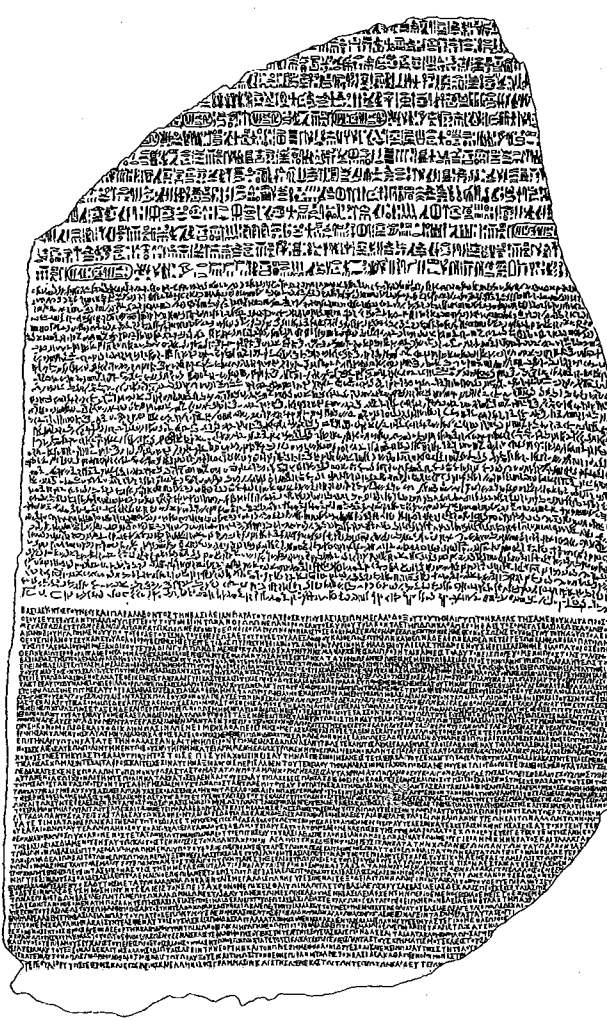


PTOLOMEO V

lidad política, Siria ataca a Egipto que tiene que recurrir a su antiguo tratado de alianzas con Roma, cuya ayuda, nunca gratuita, reportaría pingües beneficios a los romanos. No obstante el malestar interno, el Museo y su Biblioteca continúan siendo el centro cultural del mundo. Eran los años en que Aristófanes de Bizancio nos hacía no sé si el favor de reglamentarnos la gramática con sus acentos, mayúsculas y puntos.

Dos milenios más tarde, en el año 1779 en el Nilo, en un lugar próximo al poblado de Rosetta, un zapador de los ejércitos de Napoleón, a las órdenes del capitán Bouchard, descubrió una losa de basalto negro, pulida por una sola cara. La lápida presentaba tres series de inscripciones: la primera en 14 líneas era jeroglífica, la escritura de difícil comprensión fuera del ámbito de los sacerdotes y escribas; la segunda se componía de 22 líneas en escritura demótica, empleada por el pueblo y por tanto popular; la tercera era la serie mayor, constaba de 54 renglones y estaba escrita en griego.

El texto era una dedicatoria de los sacerdotes de Menfis a Ptolomeo V Epifanes, ensalzándolo por los beneficios recibidos. La fecha corresponde al año 196 a.C., año de la mayoría de edad del faraón.



PIEDRA ROSETA (LEPSIUS, DIBUJO DE WEIDENBACH).

En las capitulaciones de Alejandría entre los ingleses y Napoleón, la piedra pasó a manos de los británicos conjuntamente con otros tesoros arqueológicos, no sin antes haber hecho los franceses varias copias que trasladaron a París. Después de varios años de estudio Jean François Champollion, a partir de los trabajos de investigación de Young, conseguiría descifrarla. Actualmente la piedra de Rosetta se encuentra en el Museo Británico.

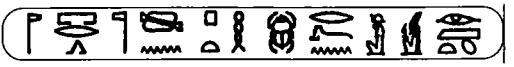
Tres años después de alcanzar la mayoría de edad, Ptolomeo Epifanes tomó por esposa a Cleopatra, hija del rey sirio, para afianzar la paz. Sería la primera reina egipcia con este nombre, de uso frecuente en el Mediterráneo. La Cleopatra universal por excelencia es la VII.

El joven faraón cometió tantos atropellos y desaciertos que convirtió en bueno el reinado de su padre. Finalmente, a la edad de 29 años murió envenenado por sus cortesanos.

Antes de continuar con los sucesivos reyes Ptolomáicos se debiera hacer un pequeño análisis:

Desde la llegada a Alejandría de Ptolomeo I Sóter hasta la muerte de Ptolomeo V Epifanes han transcurrido 142 años, durante los cuales los designios de Egipto fueron regidos por cinco faraones. Los sucesivos 151 años restantes, hasta el ocaso de la Dinastía Lágida, se repartirán entre diez Ptolomeos sedientos de poder, ambiciosos e inútiles

como gobernantes. Egipto ha perdido su influencia política entre los países que configuran el mundo helenístico. Ahora es Roma quien decide, quien pone y quita reyes y quien, aliada o enemiga, determina los destinos del, ya por entonces, viejo Mediterráneo.



PTOLOMEO VI

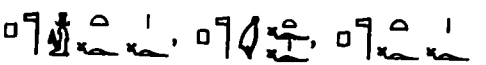
Una vez más encontramos en el trono de Egipto a un niño de cinco años. A Ptolomeo VI lo apodaron Filometor, *Amigo de su madre*. Dada su corta edad la regencia fue asumida por ésta que, temerosa de un ataque sirio, a pesar de ser hija del rey de Siria, puso al joven Faraón y al reino bajo la tutela de Roma. Años más tarde sus temores se confirmarían. Ptolomeo VI sale al encuentro de los invasores; derrotado, es hecho prisionero en la ciudad de Menfis.

Los sirios proyectan canjearlo por un tratado de paz favorable a sus intereses, sin embargo el nombramiento del hermano menor de éste como nuevo rey desbarata sus planes. Cercan Alejandría pero son derrotados por el recién nombrado Ptolomeo VIII.

Graves problemas en el seno de la población siria hacen que abandonen *temporalmente* Egipto; en su huida liberan a Ptolomeo VI. Ahora hay en el trono dos faraones, y los dos quieren gobernar: el conflicto es evidente. Interviene Roma como mediadora y *deci-*

de que deben hacerlo conjuntamente, es más, extiende los poderes hasta la hermana de ambos, Cleopatra II, que es nombrada reina al contraer nupcias con Ptolomeo VI.

Solucionados los problemas internos, Siria ocupa de nuevo Egipto y los romanos, cansados de tanto vaivén, ordenan que se retiren. Entre los hermanos surgen discordias, el caos de una guerra civil se adueña de Egipto. Ptolomeo VIII vencido solicita la protec-



PTOLOMEO VIII
No se han encontrado cartuchos de este rey pero sí jeroglíficos.

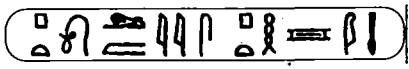
ción romana, que zanja el problema obligando a Ptolomeo VI a ceder al anterior los territorios de Libia, Cirene y Chipre para que se nombre rey.

Durante el largo intervalo de paz que sobrevino, los judíos, incómodos en otros países, se instalaron masivamente en uno de los barrios de Alejandría.

Ptolomeo VI Filometor quiso remediar los daños causados por las luchas internas, sin embargo no olvidó a los sirios. Intentó todo tipo de alianzas para combatirlos y en una de esas batallas encontraría la muerte.

Son los tiempos en que Roma, con su tercera guerra Púnica ha vencido a Cartago y la Hispania es dominada por Viriato. Año 146 a.C.

Conocida la muerte del rey, la reina declara como único soberano al hijo común, Ptolomeo VII, que tomará el nombre Eupator, *Nacido de Padre Ilustre.*



PTOLOMEO VII

Su breve reinado le debió de parecer eterno. Su tío Ptolomeo VIII, no conforme con lo dispuesto por su hermana, regresa a Egipto y comienza una segunda guerra civil. Al Senado romano se le aglomera el trabajo, y dispone que Ptolomeo Eupator ceda el trono a Ptolomeo VIII, quien a su vez deberá contraer esponsales con la reina viuda. A cambio le aseguran que a la muerte de éste, el reino le será devuelto. El mismo día de la boda, Ptolomeo Eupator fue asesinado por su tío.

Esta sutileza del derecho romano de asegurar la herencia de un bien mediante el uso y/o disfrute de otro común, la encontraremos a menudo durante su etapa de influencias.

Libre de contrariedades, Ptolomeo VIII deseó el título de Evérgetes II, pero el pueblo, en su sabiduría, le apodó Fiskón –*El Hinchado*– por su físico, y Kakergete –*El Malvado*– por su espíritu. Repudió a su esposa Cleopatra II para contraer esponsales con una hija de ésta. La ciudadanía se agrupó en torno a la Reina, que supo imponerse; para salvar su vida, el faraón huyó a Roma y como venganza asesinó al hijo habido en el matrimonio.

Roma está eufórica. Escipión Emiliano ha vencido la resistencia de Numancia y la Hispania ha sido dominada, año 133 a.C. Tres años después, en Grecia, se crearía una de las esculturas más bellas del mundo: La Venus de Milo.

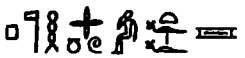
En Roma consiguió un ejército para recuperar el trono. A su vuelta a Egipto se reconcilió con la Reina, y durante este tercer mandato intentó comportarse de otra manera. Cultivó su afición a las letras y escribió unos *Comentarios* o *Memorias* en 24 libros.

De su segunda esposa, la hija de Cleopatra II, de igual nombre que su madre, tuvo Ptolomeo VIII dos hijos. A su muerte dispuso que el gobierno fuera compartido entre ésta y el hijo mayor de ambos.

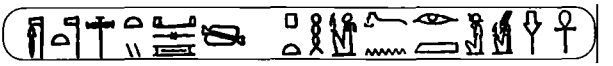
A Ptolomeo IX se le apellidó Soter II, Latire y, con justa precisión, Filometor *–por el gran amor que profesaba a su madre–*; amor no correspondido por su progenitora que, al preferir a su hijo menor, intrigó hasta situarlo en el poder.

Ptolomeo X, al no poseer cualidades dignas de un pomposo calificativo, en su ambición se hizo llamar Alejandro I. Dotado de una desmedida soberbia, no mostró hacia su madre ningún amor filial, ni al menos un ápice de gratitud por los favores recibidos. Al querer gobernar en solitario surgieron serias disensiones entre ambos, que finalizaron con el asesinato de la madre por orden del hijo. En su locura y ambición violó la tumba de Alejandro Magno para

apoderarse de las riquezas que contenía; la muchedumbre indignada lo expulsó del país. Poco después moría asesinado en el exilio.



PTOLOMEO IX. No se han encontrado cartuchos de este rey, pero sí jeroglíficos.



PTOLOMEO X

Ptolomeo IX regresó a Egipto; los ocho años de su segundo reinado se caracterizaron por una cierta moderación, acorde con su carácter y con la fuerte presencia romana en el Mediterráneo Oriental.

Roma atraviesa una guerra civil entre los partidarios de Mario y los de Sila. Año 81 a.C.

Desaparecido el Rey, su hija heredó el trono con grandes dificultades para gobernar sola. Un primo suyo, el futuro Ptolomeo XI, hijo de Ptolomeo X, reclamó los derechos por ser varón y descendiente en línea directa de un faraón. Roma terció en el conflicto y *los indujo* a contraer nupcias y compartir la responsabilidad del reino. El matrimonio no logró ni tan siquiera ser infeliz: unos días después de la boda, la esposa fue asesinada por el marido.

Ptolomeo XI, al igual que su padre, tomó el nombre de Alejandro con el número II, y como éste, su

crueldad fue manifiesta. Persiguió a quienes osaron criticarle, y el pueblo, cansado de tanta arbitrariedad, le dio muerte a puñaladas en los pórticos del Gimnasio de Alejandría.

PTOLOMEO XI

Al no tener hijos, nombró a Roma heredera de Egipto y sus territorios, don que el Senado aceptó encantado. La ejecución del legado encontró serios obstáculos en un hijo natural de Ptolomeo IX, que se autonombró faraón con el ordinal XII, sumando los más honrosos calificativos de sus antepasados: *El que ama a su padre* y *El que ama a su hermano*, pero los ciudadanos le llamaron Auletes *–Tañedor de flauta–*, por sus aficiones musicales.

En Roma se forma el primer Triunvirato, compuesto por Julio César, Pompeyo y Craso. Año 60 a.C.

Los romanos se mostraron disconformes con el nombramiento del nuevo rey. Poseían el testamento y se consideraban herederos de pleno derecho. Ptolomeo Auletes comprendió que para conservar Egipto debía ganar la voluntad de Roma y, sin duda, el camino más corto era comprarla: entregó al triunviro Pompeyo fuertes sumas de dinero, producto del aumento abusivo de los impuestos, y aceptó desprenderse de Chipre.

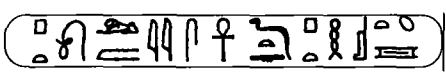
Los excesos y condescendencias con sus protectores le hicieron odioso ante los egipcios que, finalmente, lo derrocaron y obligaron a refugiarse en Roma, quedando el país en manos de sus dos hijas sucesivamente.

En el exilio, Ptolomeo Aulètes solicitó de nuevo apoyo a Pompeyo, quien envió a su procónsul Gabinio a restablecer el orden. Instaurado el faraón tres años después, hubo de pagar con inmensas riquezas porque, como siempre, la ayuda no era gratuita.

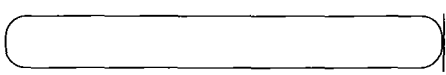
En el 51 a.C. muere odiado por sus gentes. Deja dos hijos, ambos de nombre Ptolomeo, y dos hijas, una de ellas será la Cleopatra tan conocida por la historia.

Este mismo año, Julio César finaliza la conquista de las Galias.

El mayor de sus hijos fue nombrado faraón con el número XIII, le sumaron los calificativos *El que ama a su padre y a su hermano* –Filopator y Filadelfo– y, conforme a lo testado, contrajo matrimonio con su hermana Cleopatra VII, de sobrenombre también Filopator. El soberano tenía 12 años y ella 17.



PTOLOMEO XIII



PTOLOMEO XII. No se han encontrado ni cartuchos ni jeroglíficos.

Cleopatra no consigue captar la voluntad de los ministros ni generales que prefieren al faraón, más maleable por su juventud y por su carácter débil y timorato. En su lucha por el poder, abandona Egipto y se encamina a Siria en busca de un ejército mercenario, con la clara intención de abatir a su hermano.

Este gesto sintoniza con su condición ambiciosa y sentido del cálculo, constantes de carácter que se manifestarán de forma inalterable a lo largo de su vida. Se sabía y era más hábil que Ptolomeo; de formación intelectual superior a la de éste, poseía una

CLEOPATRA VII

dialéctica tan rica que le permitía hacer gala de su arrogancia en cualquier conversación; además del egipcio hablaba griego, latín, hebreo y sirio. Se sabe por escritos que físicamente era rubia y de tez clara, no olvidemos que todos sus antepasados fueron griegos. Debió ser hermosa, si bien hoy no lo parezca tanto, o cuanto menos atractiva a pesar de su prominente nariz. Su voz era melodiosa, maestra en cosmética y, sobre todo, sabia en el difícil arte de la seducción.

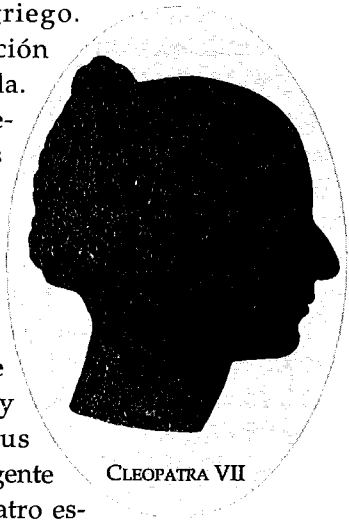
Mientras tanto, Roma finalizaba una guerra civil. Julio César había vencido a Pompeyo, quien en su huida se refugiaría en Egipto, no sin antes recordar al joven faraón la ayuda que prestara a su padre en el pasado.

JULIO CÉSAR

Cuando César supo que Pompeyo estaba asilado en Alejandría, se dirigió hacia allí. Temerosos los consejeros del monarca por las posibles represalias, indicaron a Ptolomeo la conveniencia de decapitar a Pompeyo y entregar la cabeza en acto de buena voluntad. Este crimen afectó profundamente al romano. Durante algún tiempo, hasta la muerte de su hija Julia, había sido su yerno y, por encima de todo, los años de hostilidades no habían borrado aquellos de la amistad. Celebró solemnes funerales en su honor y encarceló a los responsables de tan horrible crimen.

A la sazón César tenía 49 años. Plutarco cuenta que era delgado y de mediana estatura, seguramente lo describe de joven; Suetonio dice que era más bien alto y de complexión gruesa –descripción coincidente con la etapa egipcia–, de piel clara, ojos negros y de viva expresión. Su cabeza un poco maciza y su nuca cortada –característica de las familias patricias romanas– denotaban su origen. Calvo desde joven, dirigía su pelo al peinarse desde la nuca hasta la frente; su mandíbula era cuadrada y el gesto de su boca acerbo. Para su formación tuvo un maestro galo que le ense-

ñó *el buen latín* y el griego. Quiso ser escritor, afición que cultivó toda su vida. Sufría de grandes jaquecas y a menudo ataques de epilepsia. Comía sobriamente y, en cualquier circunstancia, su razonamiento era frío y premeditado. Dicen de él que era elegante, de humor fino, mujeriego y que, consciente de sus propios vicios, era indulgente con los ajenos. Tuvo cuatro esposas, a las cuatro engañó, y las cuatro le perdonaron.



CLEOPATRA VII

Cleopatra, al saber que César estaba en Alejandría y su hermano encarcelado, regresó de incógnito a Egipto. Para llegar hasta él, ideó envolverse en un tapiz para burlar a los ministros del faraón y poder alcanzar el palacio real, convertido en cuartel general de César. Lo que se dijeron en su primer encuentro no se sabe, pero bien por sus encantos o por intereses políticos, al día siguiente se impuso el retorno al convenio inicial: los hermanos deberían gobernar Egipto conjuntamente.

El acuerdo no convenció a los partidarios de Ptolomeo y se alzaron en armas contra César. Éste contaba con un pequeño ejército de apenas 3.000

hombres, temió quedarse aislado en el palacio y que los refuerzos esperados por mar no pudieran arribar. Imaginó la estrategia y decidió quemar las naves egipcias ancladas en el puerto. Desgraciadamente el viento propagó el fuego por el barrio griego y la gran Biblioteca ardió. Era el año 48 a.C.

Los avatares de esta guerra y del incendio de la Biblioteca los describe el propio César en su obra *Bellum Civile.* También Séneca narra que ardieron 400.000 rollos, pero es Plutarco quien en su biografía sobre César nos proporciona más detalles. Autores posteriores, pero que basaron su obra en la de éste último, dicen que en el momento del incendio la Biblioteca contaba con 700.000 volúmenes.

En esta contienda, Cleopatra se mantuvo al lado de César con su ejército mercenario y los pocos egipcios que le eran fieles. Recuperada la situación, los romanos persiguieron a Ptolomeo que moriría ahogado en el Nilo al intentar escapar.

Como tradicionalmente en el Egipto Ptolomáico a una mujer sola le era difícil gobernar, César resolvió el problema casando a Cleopatra con su hermano menor. Ella tenía 21 años y Ptolomeo XIV, llamado, nunca mejor, *El Niño,* tan sólo ocho.

No obstante haber afianzado a Cleopatra en el trono, César permaneció nueve meses en Egipto cohabitando con la Reina y gozando de las magníficas fies-

tas en su honor. La situación en Roma se complica. Corren rumores de que César desea contraer nupcias con Cleopatra y nombrarse Rey del Mediterráneo. Los partidarios de Pompeyo aprovechan la situación para sublevarse y en el Senado se critica continuamente su licenciosa vida. Sin embargo, el amotinamiento de su propio ejército ante la noticia de un próximo y largo viaje de la pareja por el Nilo, será el verdadero motivo de su regreso.

En agosto del 47 a.C. César abandona Egipto. Meses más tarde Cleopatra le daría un hijo al que impondría de nombre Ptolomeo César, y al que los ciudadanos llamarían Cesarión, *Pequeño César.*

En vez de dirigirse directamente a Roma, se da una vuelta por Asia Menor. Cerca de Zela, vence a Farnaces, rey del Ponto, y comunica la noticia al Senado con tres escuetas y breves palabras: *"Veni, vidi, vici" –llegué, vi, vencí–.*

Por Grecia regresa a Roma. Trae consigo un nuevo calendario, conocido como Juliano en su honor, inmutable, salvo las correcciones hechas por Augusto, hasta el año 1.582 de nuestra era.

Su estancia en la capital es breve. Los seguidores de Pompeyo se han refugiado en Numidia (Argel), debe combatirlos y vencer: así lo hace. Pero todavía quedan en Hispania leales al antiguo Triunviro; se encamina hacia Córdoba y, en Munda, después de su

más sangrienta batalla, obtiene la victoria. Tan sólo han pasado ocho meses desde su salida de Egipto.

El regreso a Roma es triunfal. Vencidos los enemigos, un pueblo enardecido con sus victorias y un Senado acobardado ante su vertiginoso encumbramiento, nada le impide solicitar la presencia de Cleopatra.

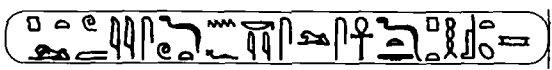
Con la excusa de ratificar el Tratado de Alianzas, Cleopatra se presenta en Roma acompañada por el faraón Niño y seguramente Cesarión, el hijo de ambos, aunque algunos historiadores dudan de la presencia de este último. Recibida con todos los honores, César ordena colocar una estatua de ella en el templo de Venus, hecho que desagrada profundamente a los romanos por las connotaciones heróico-religiosas que comportaba.

El tiempo que permaneció no se sabe exactamente, si bien Cicerón asegura que estuvo hasta la muerte de César y, con espíritu de crítica añade que «pegaba a su rostro esos pequeños redondelitos de tela llamados *splenia lunata*», conocidos por nosotros como lunares y usados exclusivamente por los varones en esa época. Sí es cierto, y se puede constatar por las monedas que a su retorno a Egipto manda acuñar, que Cleopatra adopta el peinado romano: raya en medio y un moño en la nuca.

Con el asesinato de Julio César el día 15 del *idus* de marzo del año 44 a.C., se originan una serie de luchas y desórdenes por el gobierno de Roma. Tres hombres

destacan y acaparan el espacio político, los tres saben que sus funciones son provisionales: Lépido opta por Africa; Octavio, austero y amante del poder, por Roma, y Marco Antonio, amigo de lujos y riquezas, por el Mediterráneo Oriental, Egipto y Grecia.

Antonio llega a Tarsos, en Asia Menor, después de combatir junto con Octavio a los oponentes políticos y vengar la muerte de César. Necesita dinero y como, según Roma, los denarios siempre habían estado en Egipto, ordena con autoridad real la presencia de Cleopatra para rendir cuentas de la hacienda egipcia, y de ciertos rumores que la acusan de haber ayudado a los enemigos de César.



PTOLOMEO XV CESARIÓN

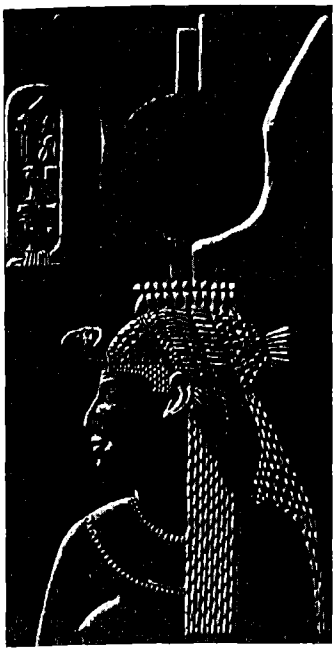
Durante este interregno romano, Cleopatra envenena a Ptolomeo XIV El Niño y se decide a reinar sola. No obstante, por recelo a las leyes, nombra faraón a su hijo Cesarión, habido de César, de apenas tres años de edad.

Cleopatra obedece las órdenes de Marco Antonio y acude a su encuentro. Plutarco narra con toda serie de detalles cómo la Reina de Egipto se presenta en Tarsos:

> ... La condujo una galera dorada con las velas color púrpura. En su interior tañedores

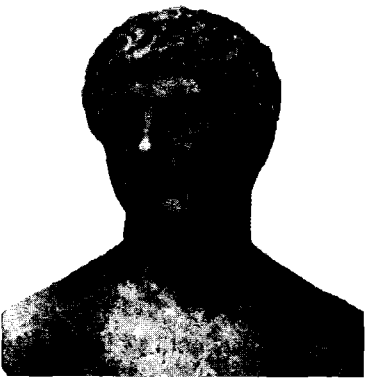
de flauta y lira llenaban el aire con sus armonías. A los pies de la reina jugaban unos amorcillos y a su alrededor, en artísticas y voluptuosas posturas, las mujeres de su séquito, todas de una rara belleza, se asemejaban a nereidas, y Cleopatra, destacándose del maravilloso conjunto, representaba a la perfección el papel de Venus saliendo de entre las olas, que había querido asignarse a ella misma...

En cuanto a su atuendo sabemos que llevaba una peluca negra traída de la India. Su cuerpo desnudo lo cubría con un velo transparente de color azafrán; había pintado sus brazos y frente de blanco creta, sus labios y pómulos con ocre rojo, el polvo de antimonio le sirvió para perfilar los ojos y cejas de color negro, y adornó su desnudez con maravillosas perlas. Cleopatra tenía entonces 29 años.



CLEOPATRA VII
(Templo de Dendera).

Antonio, a sus 43 años, seguía siendo bello. Decían que se pare-



MARCO ANTONIO

cía a Hércules, comparación que fomentaba aduciendo que descendía del mismo. Era de carácter jovial y sentimental, gran bebedor, amante de fastos y juergas, dilapidador de fortunas propias y ajenas, cumplidor como amante y gustaba de confundirse entre su tropa. Sus gentes le querían, representaba el ideal soñado por el simple soldado hasta el alto general. Era valiente, con una valentía irracional y, aunque en momentos de lucidez tuvo rasgos de estratega, solía actuar por impulsos de intuición.

Antonio esperaba a Cleopatra sentado en un trono en el centro del Foro para demostrar su supremacía. Ella no se dignó bajar del barco, rogó excusas por el cansancio producido por tan largo viaje y solicitó que aceptara su invitación a cenar en la nave. Durante la cena debió ser tan persuasiva que continuaron trayecto hasta Alejandría. El invierno del 41 al 40 a.C. lo pasaron juntos en una prolongada y alegre fiesta.

Una conspiración contra Octavio en la que participan la esposa y el hermano de Antonio, le obliga a volver a Roma. La muerte repentina de su mujer faci-

lita la mediación de amigos comunes, que logran suavizar la relación entre ambos. Firman un tratado de mutuo apoyo y, digamos que lo ratifican con la nueva boda de Marco Antonio con Octavia, hermana de Octavio y mujer de reconocida virtud. El matrimonio se traslada a Atenas donde permanece tres años. Como pactado, Antonio ayuda a Octavio contra un hijo de Pompeyo y el Senado renueva su mandato de Triunviro por cinco años más.

Mientras tanto, Cleopatra sigue en Egipto. Cuanto hace y piensa se ignora, la historia no recoge información alguna al respecto.

En el año 37 a.C., una expedición contra los partos conduce a Antonio de nuevo a Oriente. Esta guerra se convierte en un verdadero desastre; en el primer combate pierde parte de sus hombres, y las epidemias y el hambre hacen el resto. Para reorganizar las pocas fuerzas que le restan se refugia en Siria. Cleopatra acude a Antioquía y si bien le apoya monetariamente, le niega sus ejércitos: quiere mantener a Egipto fuera de la contienda. A partir de esta fecha, permanecerán juntos los años que les resten de vida.

El prestigio de Antonio está en juego, no puede asumir un fracaso de tal envergadura. Busca culpables y encuentra uno en la persona del rey de Armenia al que combate, arrebata su reino y lo conduce como prisionero a Alejandría para conmemorar la victoria con grandes fiestas, que provocan gran dis-

gusto en el creciente nacionalismo romano. Desde la fundación de Roma, jamás un triunfo se había celebrado fuera del Capitolio.

En Egipto la vida discurre placenteramente. La pareja tiene dos hijos gemelos, Alejandro Helios (Sol) y Cleopatra Selene (Luna) y un tercero de nombre Ptolomeo. Antonio, en su delirio por el boato, sustituye la austera toga romana por los ricos ropajes orientales, nombra a Cleopatra *Reina de Reyes,* pero es él quien actúa como verdadero soberano Ptolomáico, es decir faraón y amo absoluto de Egipto.

Para emular a los anteriores reyes en su amor por los libros o, quizás, para resarcir los daños provocados por el incendio de la Biblioteca del Museo, regala a Cleopatra la Biblioteca de Pérgamo (Asia Menor), la segunda en importancia después de la alejandrina.

Las relaciones entre Octavio y Marco Antonio se deterioran. El Senado se niega a renovarle su mandato como Triunviro, reclama reiteradamente su presencia y exige explicaciones. Antonio no sólo rehusa ir, sino que desafía a Octavio divorciándose de su hermana para desposar a Cleopatra, matrimonio este último que Roma nunca reconocería.

El conocimiento por parte de Octavio del testamento de Antonio, donde lega a los hijos de Cleopatra territorios pertenecientes a Roma, desencadena las hostilidades –hecho que algunos historiado-

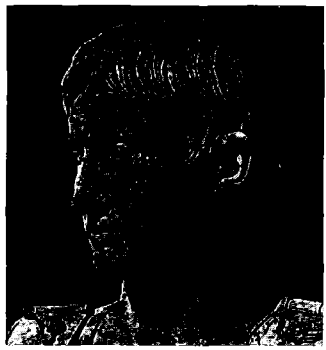
res definen como fortuito y otros acusan a Octavio de haberlo falsificado–. En él se nombra a Cesarión hijo de César, heredero de Egipto y Chipre; deja Armenia y los territorios medos a Alejandro Helios; Siria y Cilicia serán para Ptolomeo y, por último, Cirinaica pasará a Cleopatra Selene.

El enfrentamiento es inevitable. Octavio entiende que atacar a Antonio supone la vuelta a las luchas civiles. A fin de evitarlo convence al Senado, humillado por el imperialismo egipcio, de que Cleopatra es la culpable y sólo a ella se declara la guerra.

Antonio reacciona como era previsible: su posición está junto a la Reina. Reune a sus hombres, los arenga a la posible contienda pero, una vez más, permite que el desenfreno domine su vida. La pareja reparte el invierno y primavera del 31 a.C. entre Éfeso, Samos y Atenas, gozando de ese mundo alegre que se habían creado. Quizá Antonio albergara la esperanza de que, al saber Roma de su apoyo a Cleopatra, la guerra no tuviera lugar: no osarían combatir a quien tantas glorias le había brindado.

A principios de verano, Octavio envía un embajador para convencerle de que se mantenga neutral. El intento es vano.

El dos de septiembre de ese mismo año, en el golfo de Ambracia al oeste de Grecia, frente a la pequeña colina de Accio, tuvo lugar la batalla marítima.



OCTAVIO AUGUSTO

Consciente Octavio de que como general no es gran cosa, pone al frente de la tropa a su hombre más capacitado: Agrippa. Marco Antonio va en primera línea con sus naves, en retaguardia Cleopatra comanda las suyas. A primera vista parecía que la victoria les era favorable por la cantidad y tamaño de sus escuadras, pero no es así. Agrippa comprende la táctica a seguir: simplemente necesita abrirse paso entre los barcos y llegar a Cleopatra. Lo consigue. Las naves egipcias, hechas principalmente para la navegación fluvial, son demasiado grandes y pesadas, escasas de calado, giran mal y son lentas. Cleopatra percibe sus fallos y, presa de pánico, ordena la retirada. Antonio al ver la fuga abandona a sus hombres y, en una barcaza, va en pos de ella; los soldados ante tal desamparo se pasan al bando romano: en el fondo esta guerra no va con ellos.

De regreso a Alejandría, en los tres días que dura el trayecto, Antonio permanece sentado junto al timón en total mutismo. Arropados en Egipto, parece recobrar sus antiguos bríos, pero su recuperación es pasajera. Los dos vuelven a caer en esa vida de placer que Plutarco define como «los de la vida inimitable» y después sustituye por la palabra griega *synapothanoumenoi*, o «los que esperan la muerte juntos».

La realidad impone un cambio en Cleopatra: ya no le seducen las aventuras imperialistas de sus antepasados. La batalla de Accio ha enterrado sus ambiciones, ahora simplemente necesita conservar Egipto; consecuentemente precisa de Antonio quien, a pesar de sus excesos, *todavía* es buen general y, sobre todo, tiene un ejército. Por su parte realiza algunos movimientos dirigidos a la posible defensa de Alejandría pero, no segura del éxito, ordena la construcción de un Mausoleo para refugiarse con sus tesoros en caso de ataque.

Mientras tanto Octavio aprovecha el tiempo. Pone orden en Grecia, negocia con los diferentes príncipes orientales la anulación de las alianzas con Antonio y, asegurado por sus movimientos políticos, se dirige a Egipto. Sufre una pequeña derrota donde Antonio aparece como vencedor, mas no impide su avance hacia Alejandría. En el trayecto recibe una carta de éste que, exultante por la reciente victoria, sugiere la conveniencia de firmar la paz, y otra de Cleopatra haciéndole llegar junto a su misiva, un cetro y una corona en acto de vasallaje. Octavio opta por ignorar la primera y a la segunda responde con una contraoferta: Egipto a cambio de la muerte de Antonio.

Se desconoce la reacción de Cleopatra a esta propuesta, el cerco a Alejandría por parte de Octavio precipita el desenlace. Su ejército mercenario huye y el contingente romano fiel a Antonio, desmoralizado, se niega a luchar entre conciudadanos. Temerosa, se

encierra en el Mausoleo, lamentable acción que induce a Marco Antonio a creer que la Reina ha optado por la muerte.

La antigua arrogancia de Antonio despierta, su honor le impide caer en manos de Octavio y decide suicidarse. Con un puñal pone fin a su vida. En su agonía le informan que Cleopatra está viva. Pide ser conducido hasta ella y morir en sus brazos.

La muerte de Antonio supone para Cleopatra el ocaso de una pasión, pero su verdadero amor todavía existe: es Egipto, y Egipto la necesita.

Renacida su audacia, solicita de Octavio dos favores: dar digna sepultura a Antonio y una audiencia con él. Concluido el primer ruego, acomete el segundo. Para la entrevista decide la misma estrategia que tan buen resultado diera con César y Marco Antonio: la seducción.

Al encuentro se presentó engalanada con sus mejores joyas, pintada y cubriendo su cuerpo con los velos transparentes a los que tan aficionada era, pero algo falla esta vez: todo es un fracaso. Cleopatra va a cumplir 40 años, y Octavio a sus 33 es de naturaleza enfermiza, taciturno y de pasiones controladas. En el transcurso de la entrevista comprende que el único deseo de su antagonista es conducirla a Roma para celebrar la victoria y, ante tal evidencia, prefiere la muerte, muerte que Plutarco describe:

> ... Octavio, sospecha de su intención y ordena quitar de sus aposentos todos los objetos punzantes, pero Cleopatra logra introducir un áspid en un cesto de higos de cuya picadura alcanzaría la muerte junto a dos de sus damas...

Octavio, al igual que hiciera con Antonio, ordenó la celebración de solemnes funerales por Cleopatra y permitió que la enterraran junto a éste. Eran los primeros días de agosto del año 30 a.C.

Si bien la Dinastía Ptolomáica, Lágida o Grecomacedónica como se desee llamar, había llegado a su fin con la muerte de Cleopatra VII, aún quedaban sus cuatro hijos. Cesarión, por su edad y origen, muere asesinado por deseo de Octavio; los otros tres, hijos de Antonio, son confiados a Octavia, mujer de éste, para su educación. Años después Ptolomeo muere en extrañas circunstancias, Cleopatra Selene desposa al rey de Numidia (hoy Argelia) donde su hermano Alejandro Helios terminaría sus días. Este matrimonio tendría un hijo, conocido como Ptolomeo el Mauritano, a quien el emperador Calígula, en el año 41 de nuestra era, ordenó matar. Con este nieto de Cleopatra finalizan todos los descendientes de esta dinastía.

II
EGIPTO, PROVINCIA DE ROMA

A la muerte de Cleopatra, Egipto es declarado provincia romana y Octavio rey. Antes de abandonar Alejandría nombró a un prefecto como gobernador. Con los tesoros obtenidos liquidó la mayor parte de su ejército y declaró la *Pax* Augusta, paz que se convertiría en la tónica general de su reinado.

Después de tres años de hábiles maquinaciones, el Senado unió a su ya título de *Imperator* –emperador era un título bélico equivalente al que «manda en la guerra»– el de *Princeps* o Príncipe –«el primer hombre del Estado»–, obligándole a cambiar de nombre por tercera vez en su vida. El original fue Cayo Octavio; cuando César lo adopta como hijo será Cayo Julio César Octaviano, y al ser declarado Augusto, encontrará su último y definitivo nominativo.

El Oriente romano, antiguo patrimonio de Marco Antonio, se dividió en ocho provincias de las cuales seis pasaron a ser administradas por el Senado, reservándose Augusto para sí Egipto y Siria.

En esta época Egipto tenía una población de 7.000.000 a 7.500.000 habitantes, según diferentes autores, y Alejandría una ciudadanía de 500.000 aproximadamente.

En cuanto a la vida cotidiana, su nueva condición de provincia no cambia gran cosa el quehacer diario. Al pueblo llano le es indiferente que el nuevo faraón viva en Roma o encerrado en su palacio de Alejandría. Lo mismo acontece en lo relativo a la vida cultural, en la elección de los directores del Museo y de las bibliotecas, o en la creación de nuevos focos intelectuales. Los romanos, al igual que los Ptolomeos en su día, se esforzaron en cultivar todas las iniciativas culturales con gran generosidad, poniendo al alcance de los alejandrinos aquello que podían poner: dinero.

La vida religiosa tampoco sufre ningún trastorno. Roma es tolerante con todo tipo de religiones, es más, cultos netamente egipcios pasarán a formar parte de la cosmovisión de la metrópoli y alcanzarán un gran auge.

En su celo por preservar las riquezas de Egipto, que continúa siendo el granero de Roma, ningún ciudadano romano, por alto que fuera su rango, podía viajar hasta allí sin la autorización expresa del emperador.

Los seis largos siglos en que Egipto fue provincia romana, se pueden dividir en dos etapas. La primera abarca desde el comienzo, bajo Augusto, hasta la fundación de Constantinopla (Bizancio), en el año 326; la

segunda, desde esta fecha hasta la ocupación persa en el 629 d.C.

Sin duda el período más interesante coincide con la primera etapa. Alejandría continúa siendo la ciudad más importante del Imperio Romano, sólo superada por Roma en número de habitantes, pero inalcanzable en cultura.

Es en los primeros años de su dependencia romana cuando el historiador y geógrafo Estrabón realiza su expedición al Nilo, transmitiéndonos muchos de los conocimientos que hoy poseemos del Egipto de entonces.

Con el asesinato o suicidio de Nerón –ordenó que le mataran–, la paz romana que Egipto había disfrutado durante casi cien años corre grave peligro. Los generales se remueven por la sucesión en el poder, y las provincias tiemblan ante posibles cambios. Afortunadamente la incógnita se resuelve rápidamente: el general Vespasiano, jefe de los ejércitos romanos en Egipto, será el nuevo emperador.

En el año 67, uno anterior a la muerte de Nerón, es crucificado en Roma el apóstol San Pedro y se nombra a San Lino Papa (Obispo de Roma).

Hombre de origen plebeyo, honesto y trabajador infatigable, no tuvo más remedio que acometer una enérgica reforma de la corrupta hacienda romana; controló desde los grandes impuestos hasta los más

insignificantes, como fuera el caso de los urinarios públicos, obligando a pagar a los interesados una pequeña moneda por su uso. Al querer su hijo Tito disuadirle de tal idea, Vespasiano, cogiendo un sestercio –moneda romana de poco valor–, se la puso en las narices diciéndole: «Huele y sabrás que el dinero no tiene olor». Quizás por este impuesto, los alejandrinos en su arrogancia le apodaron «*el recaudador de la perra gorda*». No obstante los siglos transcurridos, su recuerdo ha perdurado en Italia, Francia y al menos en el Norte de España, donde a estos establecimientos públicos, de forma coloquial, se les conoce como «vespasianos».

Durante el mandato de este Emperador (año 70), el historiador Curcio Rufo escribe la Historia de Alejandro. También tienen su origen los Evangelios de San Marcos, San Mateo, San Lucas y los Hechos de los Apóstoles, que tardarán 30 años hasta encontrar su versión más o menos actual.

Se termina el Coliseo o anfiteatro Flavio (año 80).

El mismo año en que Vespasiano era nombrado Príncipe, en Alejandría el apóstol San Marcos predicaba una nueva doctrina: el cristianismo. En esta ciudad tan cosmopolita nada sorprendía, y menos una nueva religión; solamente los judíos se dieron por ofendidos, mostrando un antagonismo evidente.

Durante el período de Trajano, que también visitó Egipto, se efectuó la remodelación del intrincado sistema de canales, construidos en su tiempo por los Ptolomeos, de los que dependía el comercio por el mar Rojo.

En estos años 100, el historiador y filósofo Plutarco desarrolla su obra.

Su sucesor, Adriano, viajó dos veces a Egipto. En su último viaje, su amigo y favorito Antínoo murió ahogado en el Nilo; posteriores leyendas aseguran que la muerte acaeció por propia voluntad y por asegurar la gloria del Emperador. Adriano fundaría dos ciudades: una con su nombre (Adrianópolis) y otra que llevaría el de su querido amigo (Antinoópolis).

Pero las grandes convulsiones vendrían con los Severos. Séptimo *(Septimius)* Severo, ante la gran expansión del cristianismo por el Bajo Egipto, ordenó, por primera vez, una cruenta persecución contra quienes profesaran esta religión. Años más tarde su hijo Caracalla, ante los graves motines surgidos en Alejandría en protesta por los fuertes impuestos, se vengó asesinando a un elevado número de ciudadanos, destruyó parte del Museo, retiró la ayuda financiera tanto en subvenciones como en salarios, y expulsó a los sabios que no fueran egipcios.

Primera noticia de un edificio cristiano dedicado a iglesia, ubicado en la ciudad de Edesa, hoy Orfa (Turquía). Año 201.

Si bien el Museo desaparece durante algunos años como centro de saber, surgen otros núcleos culturales como la escuela de filosofía de Diógenes, o las diversas escuelas catequísticas promovidas por los cristianos, donde un Clemente o su discípulo Orígenes imparten teología y filosofía, con lo que posibilitaron

el que Alejandría continuara siendo el primer centro de estudios del Mediterráneo.

Durante los 50 años siguientes, entre tormentas y calmas sociales, se restauró el Museo. Los sabios regresaron a Egipto, dando la sensación de aparente normalidad.

Un acontecimiento fuera de los usuales marcaría de nuevo la vida de Alejandría: la ciudad fue ocupada por la reina Zenobia de Palmira, dispuesta a conquistar Egipto. El mismo emperador Aureliano encabezó la contienda y, como ya ocurriera con César, la lucha tuvo lugar en el barrio Real o *Bruchium*, quedando arrasado buena parte de éste. La reina Zenobia tuvo peor suerte que Cleopatra. Vencida, Aureliano la condujo prisionera hasta Roma para celebrar su triunfo. Ante tal desolación, los sabios del Museo se vieron obligados a huir o a refugiarse en el *Serapeum* del barrio egipcio.

La época de Diocleciano trajo consigo nuevos levantamientos contra los romanos. El Emperador acusó a los sabios de haberlos fomentado, ordenó su expulsión, quemó los libros e hizo una brutal masacre entre los ciudadanos. Más tarde, los que sobrevivieron y eran cristianos fueron cruelmente perseguidos.

Pero el comienzo del ocaso de Alejandría será la fundación de la ciudad de Constantinopla, al lado de la griega Bizancio, en la margen europea del Bósforo.

El emperador Constantino quiso que la nueva ciudad que llevaba su nombre fuera el centro del universo romano, para lo cual no escatimó medios ni recursos. Se imitaron fielmente los privilegios de la Roma imperial, la ciudad obtuvo un Senado y los ciudadanos «*panem et circenses*» –pan y circo–. Se alzaron magníficos edificios y, para su adorno, se cometieron verdaderos estragos en Grecia para apropiarse de numerosas obras de arte. La ciudad se enriqueció pronto. Al amparo de su esplendor acudieron los sabios, aumentó la población y no solamente desplazó a segundo término a Alejandría, sino también a la propia Roma.

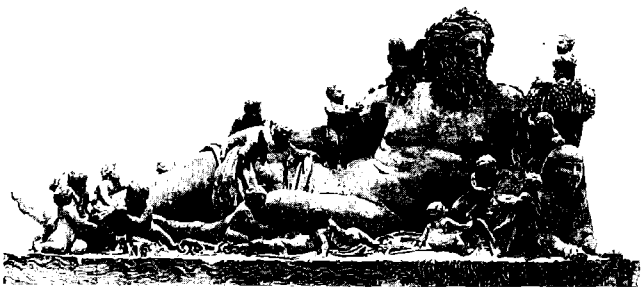
Durante el mandato de Constantino, la Iglesia obtiene el derecho a recibir herencias y se oficializa el Domingo como día festivo. Año 321.

Un siglo después de la destrucción del barrio real de Alejandría, San Jerónimo escribe que éste se encontraba casi desierto y era difícil adivinar su antiguo esplendor, y que los alejandrinos se habían reunido en torno al *Serapeum* (Templo de Serapis) en el barrio egipcio. Tampoco este templo sobrevivió mucho tiempo a los escritos del Santo. En el 391 de nuestra era, en plena inmersión de fervor cristiano, fue quemado por su origen pagano.

Definitiva separación del Imperio romano en Oriente y Occidente. En el año 395 Egipto pasa a formar parte del Imperio romano de Oriente, cuya capital es Constantinopla.

Los sucesivos años supusieron para Egipto, y sobre todo para la ciudad de Alejandría, un irse apa-

gando lentamente, hasta que en el 619 los persas iniciaron su conquista. Cuando 20 años más tarde los árabes hicieran efectiva su ocupación, la Alejandría de 1.000 años de historia, la que fuera *bella entre las bellas, sabia entre los sabios,* la que fundara Alejandro Magno cerca de la aldea de Rakotis, presa de la desilusión, de la apatía o tal vez de la esperanza, abría sus puertas a un nuevo mundo: el árabe.



Escultura alejandrina representando la personificación del Nilo. Museo Vaticano

* Cuando el general árabe Amr-ibn-al-As ocupó Alejandría en el año 642, la ciudad se había reducido al barrio egipcio (Rakotis), y su ciudadanía era inferior a 60.000 habitantes.

III
VIDA COTIDIANA

Cuando se habla de acontecimientos históricos enmarcados en períodos de tiempo, se puede precisar con más o menos exactitud año, mes, día e incluso hora, según la distancia que nos separe de ellos.

Sin embargo, la vida cotidiana de ese mismo período, en nuestro caso la llegada a Egipto de una nueva cultura de origen griego, no será producto del acontecimiento político hasta que se produzca la simbiosis de lo existente con lo aportado. Esta fusión de culturas tendría su origen en la clase media-baja, en *la soldadesca.*

Los primeros faraones Lágidas, a pesar de su aparente acomodo a las costumbres egipcias, pensaron en griego y, como griegos que eran, vivieron rodeados de sus compatriotas. Los egipcios de las clases menos pudientes se arroparon entre sí e intentaron conservar al máximo sus costumbres: era el mundo conocido y por tanto el mejor. Aquellos de las clases superiores, por mantener sus privilegios o por estar más familiarizados con el exterior, se acoplaron con presteza al

nuevo estilo de vida. Solamente *la soldadesca* que siguió a Ptolomeo hasta Egipto, sintióse desplazada; algunos ni siquiera eran griegos, habían entrado a formar parte del ejército durante las campañas de Alejandro Magno; otros, aunque griegos, pertenecían a ciudades de Asia Menor y jamás habían estado en Grecia. A su llegada a Egipto afloraría su interclase.

De los tres barrios con que contaba Alejandría, el judío era inaccesible a quienes no pertenecieran a este grupo de gentes. El barrio griego, donde residía el rey, donde se alzaban los mejores edificios, y sobre todo las casas de los macedonios afortunados, profundizaba su desarraigo. Por el contrario, el barrio egipcio, formado por un estrato social humilde, les brindaba la oprtunidad de sentirse importantes. Como no era aconsejable separarse del centro de influencias aglutinado en el griego, *la soldadesca* eligió para su hábitat el espacio comprendido entre ambos barrios, que durante años serviría de puente entre las dos culturas.

Si consiguiéramos separar la condición humana de los adelantos que durante siglos el progreso nos ha proporcionado, comprobaríamos que la vida cotidiana del siglo III a.C. no dista mucho de la nuestra de hoy en día. Un pasaje de las *Siracusanas* de Teócrito, que vivió en Alejandría siendo faraón Ptolomeo II, sería hoy de perfecta actualidad. El tema es la visita de Gorgo a su amiga Praxínoa, cuyo marido ha decidido mudarse a una casa en las afueras del barrio griego de Alejandría.

GORGO (en la puerta).
–¿Está Praxínoa?

PRAXÍNOA (saliendo a su encuentro).–Querida Gorgo, ya era hora. Aquí me tienes. ¡Es estupendo que por fin hayas venido hoy! (Dirigiéndose a una esclava): Eunoa, ve a buscar un asiento para la señora. Y ponle un cojín.

GORGO. –Así está bien.

PRAXÍNOA. –Siéntate.

GORGO (Sentada).–¡Debo estar loca para venir a esta casa Praxínoa, pues aún no me explico cómo he podido salir viva de esa masa de gente y vehículos! ¡Y es un camino larguísimo!

PRAXÍNOA.–Es cosa de ese trastornado marido que tengo. Se ha venido al fin del mundo a buscar un agujero, porque esto no es una casa, para impedir que fuéramos vecinas, por llevarme la contraria, el mal bicho, siempre igual.

GORGO (Observando la cara asombrada del hijo de Praxínoa, que es muy pequeño).–No hables así de tu marido Dinón, querida amiga, delante del niño. Fíjate cómo te mira. No tengas miedo Zoprion, querido niño: no habla de papá.

PRAXÍNOA.–¡El crío lo entiende, por la diosa!

GORGO.–Papá bueno.

PRAXÍNOA. –¡A este papá el otro día le dijimos que fuera a la tienda a comprar polvos para la cara y volvió trayendo sal, ese hombre magnífico!

IV
ALEJANDRIA

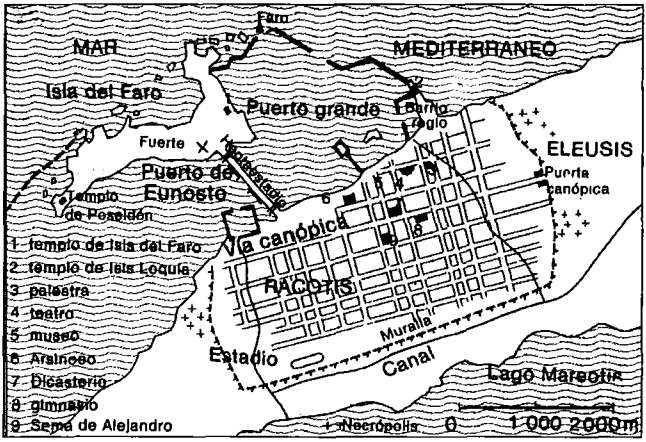
Cuando Alejandro Magno encarga la construcción de la ciudad de Alejandría, seguramente su pensamiento sólo albergaba la idea de crear un nuevo emplazamiento macedónico, útil para el desarrollo del comercio marítimo por el Mediterráneo, sin imaginar su futuro protagonismo como capital de Egipto.

Su arquitecto personal, Dinócrates de Rodas, la planeó a modo de las ciudades que con anterioridad había fundado Alejandro: de trazo geométrico, con calles o arterias interseccionadas en ángulo recto que delimitaban núcleos de viviendas cuadrados o rectangulares. La ciudad tenía una longitud de algo más de siete kilómetros y casi dos de anchura, que agrandaría paralelamente a su desarrollo. Dentro de las diferentes vías, destacaban en importancia dos de ellas, entrecruzadas, con una anchura de 30 metros, y ornadas a ambos lados por columnatas. En su comentario sobre la ciudad escribe Diodoro:

> El diestro trazado de las calles hace que los vientos etesios las atraviesen. Éstos soplan desde la gran superficie del mar y refrescan el aire.

La ciudad, ubicada cara al mar, contaba con dos puertos originados por la construcción del dique que la unía a la isla de Faros; desde éstos partía un canal navegable por barcos de considerable calado hasta el lago Mariotis, al sur de Alejandría. El barrio elegante, llamado *Bruchium* por los romanos, se organizó en torno al puerto del Este o Gran Puerto. Allí se ubicaban los edificios públicos y las residencias reales. Aparte del palacio de los Ptolomeos, el Museo y la Biblioteca, estaba el Teatro, el Poseidón o templo de Neptuno, y el templo de César o *Cesareum* con su biblioteca, construido por Marco Antonio. Cerca del Emporion plaza pública para el comercio al por mayor, se encontraban las mal llamadas agujas de Cleopatra, dos obeliscos de 21 metros de altura de granito rosa, con una antigüedad de XVI siglos, procedentes de Heliópolis, transportados a Alejandría por orden de Augusto varios años después de la muerte de ésta, y que actualmente se encuentran uno en Nueva York, frente a la fachada oeste del Museo Metropolitano, y el segundo en Londres, en el muelle Victoria.

Es notoria la atracción que los romanos sintieron por este tipo de monumentos. Se sabe que a finales del S. IV habían trasladado a Roma desde Egipto seis obeliscos grandes y 42 pequeños para la ornamentación de la ciudad. Los más notables que se conservan son el de la plaza de San Juan de Letrán, el mayor de todos ellos con 32 metros de altura, proveniente de la ciudad de Tebas y llevado a Roma para embellecer el



PLANO DE ALEJANDRÍA

circo Máximo, así como el que actualmente se encuentra en la Plaza del Popolo; el de la plaza del Panteón remata una fuente de Bernini, al igual que el de la Plaza Navona, sobre un pedestal del mismo artista, conocido como el de los Cuatro Ríos; al situado en la plaza de Montecitorio, también heliopolita, se le añadió una inscripción durante el Imperio romano. En el siglo XVI el papa Sixto V elevó en el centro de la plaza del Vaticano un obelisco sin inscripciones, originario de Heliópolis, que estuvo con anterioridad en el circo de Calígula, y lo remató con una reliquia de la Santa Cruz. El papa Alejandro VII un siglo más tarde, ordenó situar en la plaza de Minerva, en el lugar donde en tiempos existió un templo dedicado a Isis, un elefante soportando un obelisco procedente del Campo de Marte.

El paso de los siglos no disminuyó su atractivo. El mismo Napoleón colocó en la plaza de la Concordia de París un obelisco de la época de Ramsés II (s. XIV a.C.) que le fue *regalado;* su altura de 23 metros escasos se consideró ideal para la realización de un majestuoso reloj de sol.

Siguiendo con Alejandría, un poco más allá de las agujas de Cleopatra se encontraba la Palestra, el Gimnasio, regalado a la ciudad por Ptolomeo II Filadelfo, con grandes columnatas, y el Hipódromo; el centro de la ciudad lo ocupaba una plaza de dimensiones espectaculares, donde concurrían las calles importantes. Además de los edificios mencionados se hallaba el dedicado a ser tumba de Alejandro Magno, el Foro y el Estadio Olímpico, con más de medio kilómetro de largo, destinado a las carreras a pie y a los juegos públicos.

Dado que Alejandría se asentaba sobre una superficie plana, se creó una falsa colina con exhuberante vegetación llamada Paneo o templo de Pan, que se convertiría en punto de reunión de la sociedad elegante de origen griego y después de la romana. De ella contaría Estrabón:

> ... A cuya cima se asciende por una escalera en espiral, desde donde se contempla, abajo, el panorama de la ciudad.

Al sudoeste se levantaba la antigua aldea de Rakotis, que configuraba el barrio egipcio con el tem-

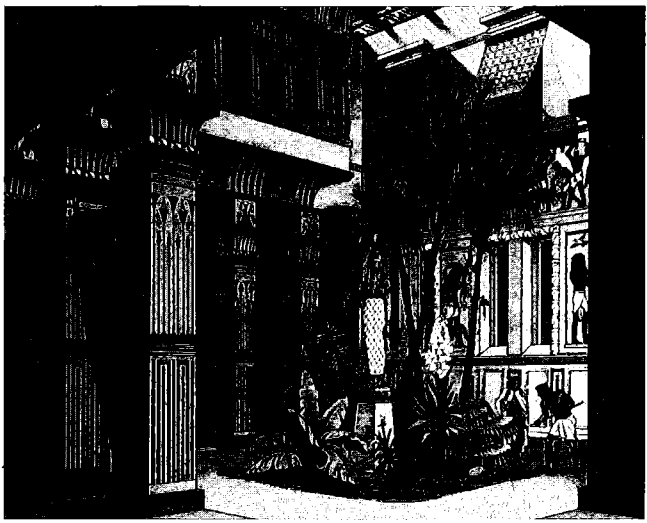
plo de Serapis o *Serapeum* y su biblioteca; en sus entornos, siglos más tarde (IV) se erigió un monolito de 32 metros de altura en honor al emperador Diocleciano, conocido como *columna Pompeyo* en memoria del prefecto que ordenó su construcción. En esta dirección, ya extramuros, estaba situada la Necrópolis con sus sepulcros y baños necesarios para la momificación. En el nordeste, a continuación del Hipódromo pero separado por las murallas de la ciudad, los judíos se habían aglutinado y organizado su barrio.

Es obvio adivinar que la parte monumental de la ciudad se concibió al gusto griego. En cuanto a las viviendas de uso familiar de gentes acomodadas, si bien se iniciaron con el mismo criterio, pronto asimilaron la parte óptima egipcia y se rodearon de espléndidos jardines, donde no faltaban las fuentes para suavizar la temperatura de los calurosos estíos.

Conservaron el concepto del pórtico griego; las diferentes habitaciones confluían en uno o varios patios interiores, provistos de un peristilo o pequeño tejado sujeto por delgadas columnas –nuestros actuales porches–, característico de la casa griega y posteriormente de la romana, pero añadieron ese mismo peristilo alrededor de todo el exterior de la fachada, según el uso local.

Solían tener un máximo de dos alturas; la horizontalidad de la vivienda denotaba el poder adquisitivo

de sus propietarios: a más terreno ocupado, más recursos. Los materiales empleados normalmente eran los barros o ladrillos cocidos, la piedra normalmente caliza, y la madera. El exterior de la casa, en un principio austero, pronto cambiaría al modo egipcio. Cuenta Diodoro, allá por los años 40 a.C., que las viviendas estaban profusamente decoradas con dibujos que representaban escenas egipcias entremezcladas con otras *tal vez* griegas.



PATIO INTERIOR DE UNA CASA RICA

En cuanto a la clase media y media baja, donde se ubicaba la *soldadesca* llegada con los Ptolomeos, las circunstancias hicieron que se aclimatara rápidamente al hábitat egipcio, no muy diferente al suyo de origen.

En un país tan inmovilista como Egipto, la constancia en las costumbres durante generaciones había depurado todo lo relacionado con el día a día.

Sus casas, siempre de varias plantas, eran distribuidas racionalmente, y hasta se podría decir que alcanzaban cuotas de comodidad. La planta baja era ocupada por los enseres dedicados a la manutención: tinajas para el agua, aceite, cerveza, leche ... despensa de alimentos y, sobre todo, era donde se guardaba el hornillo con el fuego que hacía las veces de hogar, el cual se sacaba a la calle para cocinar.

En el primer piso se encontraba el comedor y algún habitáculo relacionado con la profesión del jefe de familia, o si no el dormitorio. En caso de poseer la casa una altura más, se dedicaba al reposo.

La última planta se utilizaba como silo, depósito de herramientas, de armas o simplemente como almacén. Se accedía por una escalera exterior que bordeaba la vivienda, la misma que conducía hasta el tejado plano, que hacía las veces de terraza, donde dormían durante el verano.

Se construían con barro endurecido, algo de ladrillo y, alrededor de las puertas, se colocaba piedra para conseguir mayor empaque.

En las casas de los más humildes el factor predominante era la altura, si bien las dimensiones entre

suelo y techo eran mínimas y en algunos casos inferiores al tamaño de sus moradores, circunstancia común a todas las viviendas de este tipo en el Mediterráneo.

Debido al coste del terreno solían tener un cubículo por planta. Sus paredes o muros hechos con adobe del mínimo grosor posible les daban tal fragilidad, que su derrumbe era considerado normal. Fuera de Alejandría, en otras ciudades de Egipto donde el terreno era más asequible, este tipo de habitación resultaba más desahogada.

En cuanto al mobiliario y enseres, su cantidad y calidad eran proporcionales al tipo de vivienda, desde la simple estera de juncos o cañas, que hacía las veces de cama en las clases más sufridas, a aquellas de madera con cintas de cuero o cuerdas cruzadas, donde se colocaba un colchón relleno de paja. La almohada de los menos pudientes, formada por un bloque rígido de madera o barro cocido curvo donde se apoyaba la cabeza, contrastaba con los mullidos cojines de lana de las gentes acomodadas netamente griegas, o con los de paja o fibra vegetal finamente triturada de los egipcios, ya que éstos consideraban a la lana un elemento sucio. Con la llegada de los romanos se introdujo *la cervical* latina rellena de plumas de cisne o pato.

El mobiliario del comedor de griegos y egipcios, siendo básicamente el mismo –mesas, sillas, sillones,

taburetes, muebles auxiliares donde colocar los alimentos...–, se diferenciaba totalmente en estilo y tamaño; los primeros preferían una mesa de comer de grandes dimensiones, y los otros gustaban de varias pequeñas; los unos trabajaban la madera de sus sillones y sillas con líneas rectilíneas que, a partir del Renacimiento, seguimos imitando, y los segundos los remataban con figuras o garras de animales, origen de lo que hoy llamamos *muebles de estilo Imperio.*

La maderas locales –acacia, algarrobo, enebro y olivo– no les bastaban; del sur traían el ébano y de Siria el cedro, los pinos y los abetos.

Los complementos y útiles para la alimentación –vasos, platos, jarras, cubiertos, pucheros, coladores...–, como en la actualidad, se hallaban repartidos entre el comedor y la cocina. De los helenos, con decoración más recargada, hemos conservado las formas y, una vez que los romanos depuraron su ornamentación, los dibujos de uvas, hojas y animales de caza, tanto en cerámica como en cristal; de los egipcios hemos conservado los diseños geométricos y florales, como la diversidad de lirios o iris usados en cristales y marqueterías.

En cuanto a la salubridad de la vivienda, los egipcios, desde las antiguas dinastías e independientemente de la posición social, recurrían a todos los posibles métodos humanos y divinos para lograr una cierta higiene doméstica.

Para evitar la acumulación de moscas se utilizaba grasa de oropéndola –ave de unos 25 cm. que también existe en España– en un recipiente, como se continúa haciendo en diversos países del norte de Africa y Oriente Medio; machacados sus huevos antes de ser incubados, servía como pomada para protegerse de las picaduras de las pulgas. Un trapo impregnado en sebo de gato ahuyentaba ratas y ratones del lugar. Para proteger los graneros de *visitantes desagradables* se pintaban los suelos y paredes con disoluciones de orina y excrementos de animales (ácido úrico).

El simple gusto por encalar el interior de las casas correspondía a una práctica higiénica, y cuando la sabiduría humana no alcanzaba lo deseado, recurrían a fórmulas mágicas que, al precisar ser recitadas insistentemente durante algún tiempo, bien el cambio de estación climática terminaba con la plaga o, en caso contrario, se justificaba por error de forma en la imprecación.

Pero Alejandría era sobre todo una ciudad viva, bulliciosa y comercial. Su privilegiada situación geográfica favorecía su cosmopolitismo, y su fondo cultural atraía a gentes deseosas de participar de ese mundo del saber, representado por su Museo.

Sus calles principales plagadas de comercios donde se ofertaban los más diversos artículos nacionales e importados –desde una peluca traída de la India, a hermosos muebles de madera de cedro procedentes

del Líbano; de los sugerentes perfumes de Punt, a las perlas del mar Rojo– hablaban de un floreciente destino, imposible de eludir.

También eran numerosos los establecimientos dedicados a servicios, sobre todo prestamistas y peluqueros. Los primeros, si bien numerosos durante el período griego, se multiplicaron con los romanos dada su endémica avaricia. Los intereses regulados a un casi 9% anual, podían alcanzar hasta un 50% según las diferentes ofertas del mercado, sin que por ello el usurero sufriera grandes castigos.

El caso de las peluquerías era diferente: la necesidad las hacía imprescindibles. Afortunadamente para los griegos que arribaron a Egipto, la costumbre de rasurarse la barba –impuesta por Alejandro Magno en medio de no pocas polémicas en las que se identificaba a ésta con la virilidad– había arraigado y, al igual que los egipcios, era de buen tono mostrar un rostro perfectamente afeitado, por lo que acudían asiduamente a los barberos-peluqueros fijos en establecimientos o a los ambulantes, más económicos que los primeros. Las clases distinguidas de indiferente origen, para tales menesteres solicitaban los servicios a domicilio.

Además del cotidiano afeitado de la barba, se requerían otros cuidados: corte del cabello, tintes para cubrir las canas en cabeza y cejas, depilación de axilas en los egipcios, tratamientos para la tersura del cutis...

Con los romanos y su Imperio, llegó a las provincias la moda de los rizos en los peinados masculinos, con lo que los peluqueros pasaron de *imprescindibles* a *vitales*. Su maestría en el manejo de las tenacillas calientes para crear bucles, evitaba las quemaduras y, por consiguiente, las desagrables pústulas que muchos hombres lucían en sus inmensas calvicies.

En cuanto a las mujeres griegas cuyos cánones de belleza no aceptaban una frente despejada o amplia –obligándolas a disimular su tamaño con pequeños tirabuzones y forzar las cejas hacia arriba para disminuir su espacio, gesto que producía esa mirada definida por Petronio, uno de los hombres más elegantes de Roma, como *espantada*–, encontraron en Egipto su sosiego estético, con la alternancia de peinados helenos y el uso de pelucas al gusto local, donde un pequeño flequillo ocultaba la frente. Exageraron sus preferencias por los tintes rubios, quizá para resaltar su origen, y se sumergieron con voracidad en el paraíso de los perfumes y cosméticos, de los cuales los egipcios eran los amos.

Los espacios dedicados al ocio estaban en Alejandría tan garantizados como aquellos de la cultura. El teatro, la danza, los acróbatas y los juegos al gusto griego y egipcio, se repartían por toda la ciudad y, si en principio existieron marcadas diferencias, el transcurso de los años creó un género propio de espectáculo representativo de esta ciudad: el mimo.

V
DE LO COTIDIANO EN GENERAL

Estudios antropológicos sobre la preferencia de la carne en detrimento del pescado en las diferentes civilizaciones, basan su origen en la dificultad y riesgo existentes en la obtención de uno u otro alimento. No cabe duda que la caza entrañaba más peligros que el simple arpón de pesca o el tendido de redes en mares y ríos. Asimismo la cría de ganado donde interviene el esfuerzo del hombre, acrecienta su interés, relegando al pescado –aun cuando se aprecien ciertas especies– a un segundo término.

Los egipcios no eran una excepción, su plato preferido era la carne. En las mesas de gentes acomodadas se podía encontrar: cordero, buey, cabra, gacela y antílopes, normalmente asados en hornos de barro. En cuanto al cerdo, si bien sabemos que se conocía en Egipto desde tiempos antiguos, y que en los griegos era vianda habitual, no tenemos referencias de su consumo hasta período romano, pero se desconoce si la población local lo introdujo en sus comidas o bien quedó como alimento al gusto foráneo.

También las aves ocupaban un espacio privilegiado en la alimentación; patos, gansos, tórtolas y palomos hacían las delicias de los comensales. El gallo y la gallina que anteriormente no gozaron de gran éxito, en el período que referimos ya habían sido aceptados.

El destino del pescado, aunque se practicara la pesca como deporte además de como oficio, era la mesa del menos pudiente. Desecado al sol o salado, como actualmente lo vemos en nuestros mercados levantinos, se podía almacenar en las despensas sin que sufriera deterioro. No obstante, sabemos por Plutarco que la misma Cleopatra en su primera cena con Marco Antonio, uno de los platos que le ofreció fueron ostras, y que Aureliano, el tiempo que permaneció en Egipto, sólo comió pescado.

En cuanto al pan, base de toda alimentación, existía una marcada diferencia entre el elaborado a base de trigo para la clase pudiente, y el amasado con harina de centeno de los menos favorecidos.

Entre los vegetales gustaban de cebollas, pepinos, ajos, puerros, rábanos, zanahorias, nabos, espinacas... y naturalmente no podían faltar las lechugas, de las cuales aseguraban que su ingestión enamoraba al hombre y hacía fértil a la mujer. Diodoro (40 a.C.) añade que tenían la costumbre de «comerlas crudas» en vez de cocidas.

Sus legumbres eran las nuestras actuales: guisantes, lentejas, alubias y garbanzos. Como fruta tenían dátiles, uvas, granadas, manzanas, cocos, higos de varias especies, sandías, melones, moras, y los romanos introdujeron la pera, el melocotón, la almendra y la cereza. Del olivo extraían el aceite, y no se sabe con certeza que comieran la aceituna hasta principios de nuestra era. Masticaban tallos de papiros como nosotros hacemos con la caña de azúcar o con el regaliz.

La sal de sus alimentos y comidas procedía de minas o de salinas, y el dulce, de la miel o de la simiente del algarrobo, molida como actualmente se sigue haciendo en varios pueblos de Africa.

La leche y los derivados lácteos como quesos y mantecas o mantequillas eran de uso habitual en la dieta alimenticia. La bebida por excelencia era la cerveza que, a falta de lúpulo, se aromatizaba con hierbas como el romero, y algunas se endulzaban con miel. El vino, habitual entre los privilegiados, gozaba de gran prestigio aun fuera de las fronteras egipcias. En Roma el proveniente del lago Mariotis, al sur de Alejandría, llegó a alcanzar elevados precios por su calidad, bebiéndose rebajado con agua como se hacía en la época. Cuando la fortuna no acompañaba al bebedor, éste se consolaba ingiriendo el zumo de dátiles fermentado.

La comida principal del egipcio era la del mediodía. En cambio, en la población griega y romana la cena adquiría mayor protagonismo.

Cultivaban grandes extensiones de lino, de donde sacaban la fibra textil para la confección de sus vestidos, y con su semilla machacada (linaza) se preparaba un tipo de cataplasma usado como laxante. De los tallos y partes no provechosas para hilados finos, procedía y procede la estopa con la cual se tejían telas toscas y, molidos, servían para relleno de almohadas y cojines.

Parece ser que las norias para el agua de riego, tan numerosas en el Egipto grecorromano, no existían antes de Ptolomeo I Soter: ningún documento faraónico las menciona.

VI
LA FAMILIA

El matrimonio entre los egipcios era, prioritariamente, un convenio económico para conservar el poco o mucho patrimonio, lo que condujo a la unión entre parientes próximos: tíos con sobrinas, primos con primas y hermanos con hermanas.

La poligamia, no prohibida, era inhabitual; el hombre tomaba una esposa y ésta se convertía en dueña del hogar, pero consentía la presencia de concubinas en la casa por deseo del esposo.

La ausencia de castigo por adulterio en el hombre, contrastaba con la máxima pena, la muerte, que se infligía a la mujer, si bien existían otros castigos más suaves como seccionar la nariz. En compensación, los jueces la protegían de los posibles insultos del marido, que debía comprometerse antes éstos a no repetirlos, bajo pena de ser apaleado o desposeído de sus bienes gananciales. Ahora bien, cuenta Diodoro que si el marido, fuera de la laxitud de los lazos conyugales incurría en adulterio, se le infligía la pena de 100 azotes si no había existido violencia en el acto y, en caso contrario, podía llegarse hasta la castración.

La mujer egipcia, aun después de casada, conservaba su propio nombre y su personalidad jurídica independiente de la del esposo. Podía comprar, vender o donar bienes, siempre que éstos fueran *bienes raíces*, es decir, de origen personal. Estaba facultada para recurrir a los tribunales e interponer demandas contra terceros y, por la documentación llegada hasta nosotros, contra su propio marido. Normalmente estas últimas eran de carácter económico, relacionadas con la pensión que el cónyuge se había comprometido a pagar y, al no hacerla efectiva, solicitaba la incautación de todo cuanto éste poseyera.

Esta privilegiada condición de la mujer en Egipto tuvo su fin con la llegada de la dinastía griega, que adoptó las medidas necesarias para devolver al hombre *la situación que le correspondía*. En el cuarto año del reinado de Ptolomeo Filopator, se dictaron leyes por las cuales las mujeres precisaban de la autorización del marido para cualquier tipo de contratación. Asimismo, los bienes que éstas aportaran al matrimonio como dote, pasaban automáticamente a posesión y libre disposición del esposo.

Normalmente la familia intentaba tener el mayor número posible de hijos. Para los *fellahs* o campesinos, para los artesanos y para las gentes humildes era su patrimonio: la mano de obra. El griego Diodoro lo achacaba a lo barato que resultaba la manutención de los niños. Estrabón no evita comparar la numerosa

familia egipcia a la tan corta griega, culpando a la bonanza del clima de tanta fertilidad.

Los griegos llegados a Egipto, conocedores de sus reglas de matrimonio que aceptaban el principio de *endogamia* –matrimonio dentro del mismo núcleo familiar–, pero castigaban aquellos hechos entre hermanos de una misma madre, y entre ascendiente y descendiente directo, pronto adoptaron las costumbres locales; las únicas, tal vez, que los romanos no recogieron.

VII
ASPECTOS SOCIALES

Los reyes Ptolomáicos concentraron en su persona todo el poder militar, económico, religiosos y jurídico del Estado: el rey era la ley y como tal actuaba. Solamente en asuntos de religión su autoridad fue más oficial que real. En torno al soberano se concentraba su corte *(aulé)*, donde parientes y amigos formaban una nobleza de carácter social no hereditaria, pero sí jerarquizada.

Los griegos, a su llegada a Egipto, conservaron la antigua división territorial en *nomos* o provincias y la figura del *nomarca* o administrador, si bien éste perdió su papel dirigente, mantuvo algunas atribuciones fiscales y sobre él nombraron un *estratego* con poderes de auténtico administrador.

Durante los primeros 50 años de la Dinastía Lágida, estos cargos recayeron en gentes de origen griego y a ser posible en macedonios. Es en los últimos años del reinado de Ptolomeo II Filadelfo cuando se confía también a egipcios notables la administración local. Durante el período romano esta estructura administrativa permanecerá inmutable, y la designa-

ción para tales cargos dependerá del Prefecto que Roma nombrara como Gobernador de Egipto; naturalmente estos cargos los ostentarán con prioridad ciudadanos romanos, seguidos por griegos y, por último, los egipcios.

La administración del gobierno central dependía de un primer ministro, otro de justicia, un canciller y un encargado de finanzas. En religión el gran sacerdote de Alejandría controlaba los templos y a los sacerdotes de todo Egipto.

Por derecho de conquista, los reyes se adjudicaron grandes superficies de terreno, originalmente del pueblo, llamadas *tierras reales*, cuyos beneficios de explotación pasaron a engrosar las necesitadas arcas, debilitadas por las numerosas guerras en las que siempre andaban enzarzados. Si bien jurídicamente los derechos sobre estas tierras terminaban en su *uso y disfrute*, pronto pasaron a ser de *plena propiedad* y, por tanto, transmitidas por herencia, vendidas o regaladas cuando así interesaba.

La sociedad que durante el primer siglo se dividió en vencedores y vencidos, ricos y pobres, los primeros griegos y egipcios los segundos, al producirse el flujo entre el mundo aportado y aquél hallado, su condición social fue indiferente a la nacionalidad de origen. Con el nacimiento de una rica burguesía dedicada al comercio y a la industria, amparadas por el poder y prestigio que gozaba Egipto en toda la cuen-

ca mediterránea, surgió la figura del funcionario público, normalmente egipcio.

Pero el brillante mundo urbano no debe ocultar el modo de vida en las sociedades rurales que, no obstante las influencias griegas y romanas, continuaron aferradas a sus antiguas tradiciones, rechazando todo progreso si éste significaba innovación.

El estamento militar formado por soldados griegos, pronto se vio incrementado por mercenarios de variado origen étnico, ante la acuciante necesidad de ejércitos para las constantes luchas. Si en principio la profesión militar fue interesante por sus pagas y prebendas en forma de adjudicación de tierras, a partir del siglo II a.C. la crisis económica y el despilfarro del gobierno harán que éstos vivan en condiciones muy precarias, semejantes a aquellas de los campesinos *(fellahs)*, con notoria pérdida de efectividad militar. Esta debilidad militar facilitará a Roma su gran influencia e intromisión en los asuntos internos del Estado y posteriormente su conquista.

El estrato social más bajo era ocupado por trabajadores de escasa formación que, aun siendo de condición libre, superaban en miseria al campesinado, y por numerosos esclavos procedentes de las asiduas guerras, los cuales se dedicaban a las tareas domésticas y como mano de obra barata, tanto en industria como en agricultura.

En cuanto a la población en general, se sabe que durante la época Ptolomáica hubo una progresión demográfica considerable, y un estancamiento durante los primeros años del período romano. La esperanza de vida era corta: cada grupo de edad perdía el 50% de sus individuos cada diez años. Las epidemias de la mitad del siglo II hicieron que muchas aldeas se despoblasen. Modernos estudios también atribuyen el abandono de éstas al afán, moda o deseo de muchos egipcios de convertirse en anacoretas o ermitaños, trasladándose a vivir en solitario.

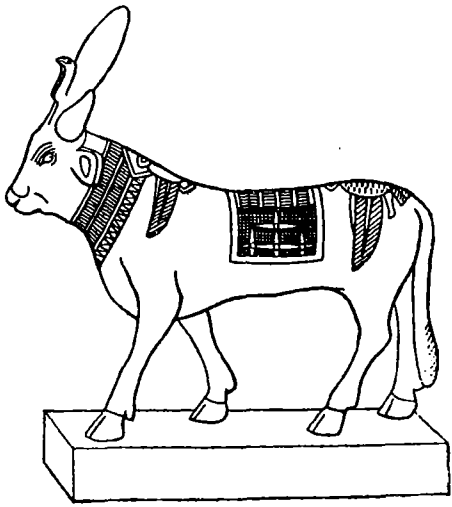
VIII
LA RELIGION

Enumerar los diferentes y complejos dioses de la religión del antiguo Egipto sería tarea tan ardua que, por no corresponder a nuestro período histórico, solamente mencionaremos aquellos cuya influencia dio origen a la creación de nuevos dioses y a la difusión de sus cultos más allá de los dominios egipcios.

Cuando Ptolomeo I Soter se asienta en Egipto, su religión o algunos aspectos de ésta no le eran toptalmente desconocidos. Desde siglos atrás el dios griego Zeus había encontrado su equivalencia en Ammón –dios egipcio representado por un carnero– y la tríada Osiris-Isis-Horus extendía su influencia fuera de las fronteras egipcias.

No obstante, ante la necesidad de encontrar un dios protector para su nueva dinastía, reunió a dos prestigiosos sacerdotes, el egipcio Manetón y al griego Timoteo, para que sintetizaran una nueva deidad a satisfacción de griegos y lugareños.

Sin duda el dios más importante era Osiris –dios de la muerte y de la nueva vida–. Contaba además con la



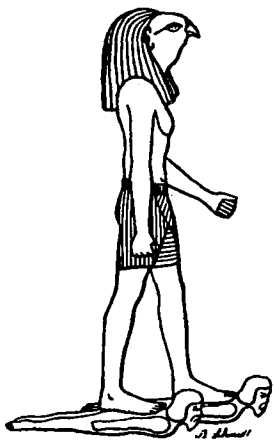
EL BUEY APIS

ventaja de que al ser el único representado de manera humana, facilitaba la comprensión griega, no habituada a las formas zoomorfas –en forma de animales– egipcias.

Pero un hecho marcaría un aditivo más en la búsqueda de un dios. En la ciudad de Menfis se adoraba también al buey sagrado Apis –nacido de una vaca estéril sin intervención del macho–, y para su culto cuidaban de un buey vivo al que consideraban la prolongación del dios. Al llegar Ptolomeo a esta ciudad acarreando el cuerpo de Alejandro Magno, el buey se muere; en las exequias hechas en su honor, comprueba que los griegos residentes en Menfis le son verdaderamente aficionados.

El buey Apis, que vivo representaba la fuerza física de la vida, se unió a Osiris, dando lugar a un nuevo dios llamado Serapis (Osiris-Apis) y formó parte de la tríada como Serapis-Isis-Horus. Se buscaron todas las plurivalencias posibles tanto en la religión griega: Zeus, Dionisio, Helios..., como en la egipcia: Ammón, Ptah... Fue representado con forma humana para los griegos y como toro para los egipcios.

OSIRIS



HORUS

Pero el verdadero fenómeno religioso de trascendencia internacional será, sin duda, Isis. La mitología egipcia narra cómo Osiris es asesinado por su hermano Seth y su cuerpo arrojado al Nilo dentro de un cofre. Isis, su hermana-esposa, consigue localizarlo en Fenicia y le da vida el tiempo necesario para concebir

un hijo (Horus). Una vez más, Seth se podera del cuerpo de Osiris, lo corta en 14 pedazos y lo expande por todo Egipto. Isis los recoge, pero solamente halla 13, el que falta, correspondiente al sexo, había sido engullido por el oxirrinco –especie de jibia o calamar– del Nilo. En todo el relato la figura principal es Osiris, aunque en época griega fuera cambiado por Serapis.

SET

El culto a Isis se propagó rápidamente por todo el Mediterráneo. En Roma llegó a ser la divinidad oriental más importante, y hasta en la lejana Britania le dedicaron un templo.

La Isis grecorromana es superior a la egipcia, aunque en esencia sea la misma. Ha desplazado a Osiris y Serapis del papel protagonista; sus atribuciones son tales que puede representar a cualquier diosa, encarna todas las perfecciones femeninas: *esposa perfecta, madre ideal, protectora de la virginidad, de la fertilidad, del amor maternal y filial...* Todos estos epítetos, más de 200, están

Isis

recogidos en su famosa letanía (retahíla de nombres), que termina declarando que no existe más diosa que Isis.

Aunque por atributos femeninos se podría pensar que su ámbito era exclusivo de las mujeres, no sucede así. El mundo masculino le concedió tantas otras cualidades que hizo imprescindible su devoción: *Reina de los mares, es quien escucha, la que salva...* Por lo que no es de extrañar que en sus templos se encuentren exvotos u ofrendas relacionadas con ambos géneros: barquitas, orejas, senos para conseguir el favor de criar un hijo...

Su clero es numeroso. Los sacerdotes llevan la cabeza afeitada, visten de blanco, practican la continencia sexual y son frugales en alimentación. Viven formando congregaciones y se encargan del culto de la diosa. Todas las mañanas purifican el templo con actos en los que intervienen el fuego, el agua y el incienso; después, al son de los pri-

meros cantos, *despiertan* a la diosa para su aseo, la visten, le colocan sus mejores joyas y la disponen para la visita de sus devotos.

Los nueve primeros días de todos los meses hacen una novena, y el décimo se reúnen los fieles en confraternidad para ensalzar su gloria, reforzando de este modo la solidaridad entre ellos. Dos veces por año se efectúan procesiones, la más importante es la relacionada con sus calificativos de *diosa de los mares* y *protectora de los navegantes*. En tierras del interior, el mar se sustituye por temas relacionados con el ciclo agrícola, bien la siembra o la recolección.

Se la representa normalmente en forma humana amamantando a su hijo Horus, otras veces, el niño está con un dedo en la boca, bien chupándolo o indicando silencio.

Su popularidad fue tal que hasta nosotros han llegado nombres relacionados con su culto, como es el caso del *Isidro* griego, o su forma latinizada *Isidoro* que significa «Don de Isis».

Como contrapartida a la expansión del culto de Isis, los romanos dieron a Egipto una nueva religión, originaria de Judea: el cristianismo.

Sus primeros pasos fueron afortunados. Dos factores ayudarían a su desarrollo: el primero sería el con-

cepto helenístico de salvación de la ecúmene por *hombres heroicos y dioses o semidioses que vivían de manera y forma humana;* el segundo, más realista, era el sentimiento antijudío tan extendido en Egipto. Estas dos causas hicieron de Alejandría la ciudad más importante del cristianismo en el Oriente romano.

Por entonces corría una tendencia filosófica llamada Gnosticismo, que debía su nombre a *gnosis*, en griego conocimiento o saber, y durante algún tiempo encontró en el cristianismo su desarrollo.

A los egipcios cristianos les llamaron y les llaman coptos, simbiosis de dos palabras, una griega que designa la región Egipto-Etiopía, y otra árabe, *Qubt*, con la misma acepción. Crearon su propia lengua, el copto, escribiendo el egipcio vulgar o demótico con alfabeto griego, más siete signos para completar la fonética.

Al igual que el resto del Imperio romano, sufrieron de las mismas persecuciones o gozaron de la misma paz según el emperador de turno.

Durante la persecución de Decio (año 251), un egipcio cristiano llamado Antonio se convertiría en el primer anacoreta (retirado) o ermitaño del cristianismo, y nosotros lo conoceremos como San Antón. Años más tarde, con Diocleciano, su ejemplo sería imitado por otros muchos, convirtiéndose en un verdadero éxodo de gentes hacia el desierto. Uno de ellos, Pacomio, reunió a varios y fundó el primer con-

vento o comunidad en una isla del Nilo. Su hermana María imitó su ejemplo con mujeres *puras* llamadas monjas –de *nonne,* en copto *la pura*–. Estos conventos se extenderían a toda la urbe cristiana.

Con la libertad religiosa del emperador Constantino, y sobre todo con la oficialización de la religión cristiana por parte de Teodosio, se tornan los papeles. Ahora serán los cristianos quienes perseguirán a los *paganos* –término usado por los cristianos para determinar a aquéllos que no eran o no querían convertirse a su credo, y que desde Roma se había divulgado–; literalmente significa aldeano (de *pagus,* aldea) ya que esta capa social, conservadora de sus tradiciones, era la más reacia con las innovaciones de la ciudad.

En estas luchas, muchos libros y tratados, sobre todo los referentes a la alquimia, se quemaron para el buen fin del cristianismo.

IX
EL CALENDARIO

Si bien el calendario del antiguo Egipto es de origen caldeo, las diferentes correciones y modificaciones que se hicieron durante el transcurso de los siglos, le otorgan una identidad propia e indiscutible prestigio.

Desde las más remotas dinastías (3.000 a.C.), los egipcios dividieron su año en 360 días, más otros cinco dedicados a los dioses; pero se desconoce como regulaban exactamente un día más cada cuatro años. Cuenta Estrabón que

> Con las fracciones de día excedentes de cada año, creaban uno completo y esto acontecía aproximadamente cada cuatro años, aunque de vez en cuando olvidaban esta práctica, hasta que algún faraón ilustrado por los sacerdotes de la Casa de la Vida, volvía a ajustarlo.

Este año de 366 días, conocido por nosotros como bisiesto, los antiguos egipcios lo llamaron sótico, nombre derivado de la estrella Sothis o Sirio, cuya medición entre dos ascensiones heliacales a la misma

hora, daba el año real de 365 días y 1/4. Este día cuadrienal, cuando se acordaban, correspondía al primero del año.

El número de días del año egipcio coincidía con el tiempo de traslación de la Tierra alrededor del Sol, pero el año civil estaba asociado al ciclo agrícola. La palabra año se representa en escritura jeroglífica por medio del brote tierno de un vegetal y, trasladada a nuestra grafía, podríamos escribirlo como *renpit* (año).

El año estaba formado por 12 meses, y cada mes por tres semanas de diez días. Un día comprendía 24 horas repartidas en dos bloques de 12, correspondientes al día y la noche. El día civil comenzaba a medianoche, a diferencia del calendario griego que lo hacía al anochecer.

Las horas se dividían en 60 minutos, y los minutos en 60 segundos. El origen de esta división nunca ha sido aclarado, pero no cabe duda de que al permitir el número 60 el máximo de divisiones –por 2, 3, 4, 5, 6 y, en consecuencia, por sus múltiplos 10, 12, 15, 20 y 30–, debió facilitar enormemente las dificultades de cálculo inherente a su división. Derivado de la virtud de este número, hay egiptólogos que sostienen que todavía contaban con una fracción de tiempo más pequeña, correspondiente a un tercio de segundo, llamada parpadeo *(ant* o *at)*; en cambio, otros simplemente la traducen por *instante*, sin dar un valor de medida.

Estos 12 meses se reunían en tres estaciones, empezando la primera el 19 de julio de nuestro calendario hasta el 13 de este mismo mes, en que terminaba la tercera estación y comenzaban los cinco días complementarios.

Fuera de los días laborables y del último de la semana, dedicado al reposo porque así lo querían los dioses, la piedad ciudadana había clasificado los días con relación a las conmemoraciones religiosas en: fastos, nefastos y amenazadores.

Los días fastos eran numerosos -unos 40 días festivos generales por año, más aquellos locales-; la alegría y el alborozo era la tónica general de los ciudadanos. Se reunían con familiares y amigos en prolongadas comidas campestres y recorrían largos caminos, a modo de nuestras romerías, para visitar el templo de la deidad responsable de tal algarabía; en las procesiones fluviales por el Nilo, el regocijo y el sentimiento religioso encontraban su máxima expresión. El primer día del año, sobre todo si era sótico o bisiesto, era *el acontecimiento esperado:* se intercambiaban regalos entre parientes y allegados y, en la mesa, se servían las mejores viandas.

Los días nefastos eran terribles; al pobre ciudadano más le valía quedarse en casa inmóvil e incluso sin comer, pues cualquier actividad podía despertar la ira de los dioses y acarrear consecuencias irreparables. Exactamente se desconoce el número de días nefastos,

aunque se presume que eran trece por los calendarios –incompletos– que han llegado hasta nosotros.

En los días amenazadores o de mal agüero no todas las horas eran pésimas, algunas de ellas eran *normales* y permitían desarrollar las tareas propias de la jornada. Se sabe con certeza que los cinco días complementarios y tres más pertenecían a este grupo y, seguramente, algún que otro perdido por el año.

Como es de suponer, cuando los Ptolomeos llegaron a Egipto trajeron consigo su propio calendario, sus festividades macedonias y varias otras de origen extranjero que, incorporadas durante su estancia en Asia Menor y Persia, consideraban como propias.

Pronto los griegos se percataron de las excelencias del calendario egipcio y adoptaron su uso. Es más, Ptolomeo III Evérgetes (año 238 a.C.), para evitar el habitual despiste del año sótico (bisiesto), consideró conveniente que la celebración de la fiesta coincidiera con la salida real de la estrella Sothis (Sirio), para lo cual reunió en sínodo a los sacerdotes griegos y egipcios, que no llegaron a ningún acuerdo por el deseo de los primeros de intercalar en el calendario egipcio meses griegos y, consecuentemente, las celebraciones de sus propios dioses. Así pues, durante toda la Dinastía Lágida la precisión del año sótico continuó a merced de la buena memoria.

Los días del calendario griego también se clasificaban en laborables, festivos –unos 60, más el día semanal de reposo–, y los amenazadores y nefastos –aproximadamente 21–.

Como cabe esperar durante los primeros 70 años, para el buen funcionamiento del mundo laboral, griegos y egipcios respetaron sus fiestas y creencias separadamente, aunque aquellas de nueva creación como las de Serapis o el día de Alejandro, reunieran a las gentes en un ámbito común.

Cuando Julio César de regreso a Roma trajo consigo el calendario egipcio, creyó poder solucionar el problema de la medición del tiempo, problema que la racionalidad romana había sido incapaz de resolver en sus 707 años de historia. En la época de César el equinoccio civil y el astronómico andaban cada uno por su lado: los tres meses de diferencia que habían acumulado entre uno y otro, hacían que el invierno correspondiera al otoño, y éste al verano.

Pero la tarea no fue fácil. César, para evitar un cambio brusco en las tradiciones, pensó que bastaba con añadir a su calendario romano de diez meses, dos más y algunos días, lo que dio como resultado un año de 445 días, conocido en historia con el calificativo –nunca mejor hallado– del *año de confusión*. Ante tal caos, solicitó el asesoramiento del astrónomo alejandrino Sosígenes, que respetó los dos meses añadidos y estableció un calendario de 12 meses, y cada uno de

éstos formado por tres semanas; más tarde, en el siglo IV, el emperador Teodosio dividió el mes en cuatro semanas de siete días. A los meses impares: enero, marzo, mayo, julio, septiembre y noviembre se les dieron 31 días y, omitiendo la superstición romana de que los meses con días pares eran portadores de grandes infortunios, configuró los restantes con 30, excepto febrero -en principio situado como último mes del año- que, de no ser bisiesto, contaba con 29.

Los nombres de los cuatro primeros meses del calendario romano llevaban nombres de dioses. A partir de junio (dios Juno), los sucesivos nombres eran simplemente numerales: *quintilis* por el quinto mes, *sixtilis* por el sexto, *september* por el séptimo, etc., si bien el incremento de los dos meses desvirtuó su realidad numérica.

Para honrar a Julio César por haber reformado el calendario, Marco Antonio, cónsul por aquel entonces, propuso al Senado que al mes *quintilis* se le diera el nombre de *julius* (julio). Más tarde Octavio cuando fue nombrado Augusto, quiso también tener su mes y, por decreto, *sextilis* pasó a ser *augustus* (agosto). Para no ser menos que César, se sustrajo un día a febrero para dar a agosto los mismos días que a julio, quedando configurados los meses como actualmente.

Este calendario de Sosígenes, conocido por nosotros con el nombre de Juliano, daba un error de 11 minutos y 12 segundos menos por año, de tal forma

que cada 400 años se perdían aproximadamente tres días. Para ajustarlo a la realidad solar, en el año 1.582 el papa Gregorio XIII lo adelantó diez días, pasando directamente del 4 de octubre al 15 del mismo mes, y determinó que debían considerarse años bisiestos todos aquellos que fueran múltiplos de 400.

La palabra calendario definida en los diccionarios como *la distribución del tiempo en períodos adaptados a las necesidades de la vida civil y religiosa,* no corresponde a la acepción del nombre latino *calendas,* del cual deriva. Los romanos denominaron *calendas* al primer día de todos los meses del año y para determinar los anteriores a esta fecha, anteponían un número cardinal; así, el 20 de diciembre era el décimo tercero antes de las calendas de enero *décimo tercio ante calendas januaris.*

La necesidad de los pueblos de medir el tiempo ha ido siempre pareja a su desarrollo. En un país como Egipto, donde la mayoría de los días son soleados, su primer reloj –*orológion* en griego significa cuentahoras, y en latín conservó el mismo nombre: *horologium*– fue solar. Los más rudimentarios, aquellos que sobre un cuadrante en cuyo centro se colocaba un estilete o vara llamada *gnomon* que al recibir el sol proyectaba su sombra e indicaba las horas, evolucionaron a otros que además marcaban los equinoccios y los solsticios. La única variante técnica importante con el resto de los relojes de sol de los diferentes países circundantes, era la indicación de la hora duodécima.

Pero esto no bastaba, también se precisaba saber la hora durante la noche y días nublados; para ello recurrieron al reloj de agua o *clepsidra*, consistente en uno o dos vasos cónicos provistos de un orificio en el fondo, por donde vertían el agua que contenían en su interior a otro vaso marcado con las doce horas. La *clepsidra*, de origen griego, llegó a Egipto con los Ptolomeos y se dice que fue Platón el autor de la *clepsidra* más antigua conocida. Los egipcios perfeccionaron estos relojes de agua añadiendo una cadena que pasaba por el eje de una esfera marcada con las horas, y en un extremo de ella colocaron un contrapeso y en el otro un flotador. Partiendo del invento de la rueda dentada de Arqímedes, Ctesibio de Alejandría, allá por los años 100 antes de nuestra era, construyó una *clepsidra* con ruedas dentadas a modo de las que actualmente se usan en relojería, cuya esfera indicaba, además de las horas, los cuartos de hora.

Si bien esta serie de adelantos en el campo de la relojería nos hiciera creer que su uso se extendía a todas las capas sociales egipcias, incurriríamos en error. Los relojes eran utilizados exclusivamente por sacerdotes y reyes, sin que a la gente llana le preocupara gran cosa conocer la hora. Será con los romanos y durante el Imperio cuando el reloj se convierta en objeto común, tanto utilitario como ornamental.

En Roma nunca se tuvo la urgencia de contar las horas, tanto es así que existía la función de *voceador* o *pregonero*, que anunciaba a su entender, durante la

mañana y antes del mediodía, el momento de acudir al foro, a los tribunales o a cualquier acto público, corriendo el riesgo de no ser oído. A raíz de que sus conquistas les llevaran a familiarizarse con otras culturas, los romanos entendieron la importancia de saber las horas, aunque los siglos de retraso que acarreaban les hicieran necesitar 100 años para hacerlo con certeza. El mismo Séneca decía: «En Roma es imposible saber la hora con exactitud».

El obelisco que trajera Augusto para el Campo de Marte, se situó sobre un suelo de mármol, donde se trazó, mediante láminas de bronce, un cuadrante de medidas espectaculares para ser utilizado como reloj de sol. El uso y la necesidad pronto cundió entre los ciudadanos y con ello toda una serie de variantes; existían relojes con carillón que al marcar las horas emitían diversos sonidos, otros con mecanismos de alarma que arrojaban pequeñas piedras para avisar de la hora señalada, o aquellos relojes de sol de bolsillo de reducido cuadrante que facilitaba su ubicación –el menor que ha llegado hasta nosotros mide tres cm.– maravillosamente descritos por Vitruvio.

El acentuado esnobismo de los romanos en la época del Imperio, convirtió en imprescindible la presencia del reloj no solamente en lugares públicos, sino en domicilios particulares. Pero la abundancia de relojes no mejoró la exactitud de la hora; a fuerza de añadir artilugios para lograr modelos *exclusivos,* pocos o casi ninguno eran coincidentes, por lo que la sentencia

que en su día hiciera Séneca, continuaba en vigor. Quizá por eso la impuntualidad de los pueblos latinos no sea una falta de consideración o cortesía, sino, con benevolencia, un problema congénito de ajuste de relojes.

X
MOMIAS

La palabra momia deriva de *mumia*, palabra de origen semita que significa betún.

Cuando Ptolomeo I Soter llega a Alejandría, la costumbre de momificar los cadáveres databa de casi 4.000 años atrás.

La conservación de los cadáveres en Egipto se extendió y evolucionó conforme el culto de Osiris se propagó; era simplemente la reproducción de la momia que confeccionara Isis, al atar los trozos del cuerpo de Osiris con tiras de tela.

En el arco de tiempo en que nos situamos –siglos IV a.C. al IV d.C. ambos inclusive–, existían tres procesos básicos técnicamente bastante depurados para momificar un cadáver. Estos procesos o métodos han llegado hasta nosotros gracias a los escritos de autores clásicos, principalmente Herodoto (425 a.C.) y Diodoro (40 a.C.). El primero nos describe con gran precisión la elaboración de momias en la época de su mayor perfección –momias tebanas–. Los textos de

Diodoro son, en su mayor parte, coincidentes con Herodoto, pero dada su posterioridad, encontramos en ellos defectos propios de las momias del período helenístico. No obstante, modernos estudiosos confirman que ambos textos son bastante fidedignos.

Primero. Este primer proceso era el más complejo y, consecuentemente, el más oneroso. Para su realización se efectuaban dos incisiones: una en el abdomen, y la segunda en la parte posterior de la cabeza. Se retiraban las vísceras y la masa encefálica, conservándose –una vez espolvoreadas de especias– en el interior de cuatro jarras, llamadas canopas; a continuación se limpiaba perfectamente la parte interna del cuerpo con jugo fermentado de palmera (de la especie dum-dum), se rellenaban las cavidades con mirra y casia, procediéndose después al cosido de las dos incisiones.

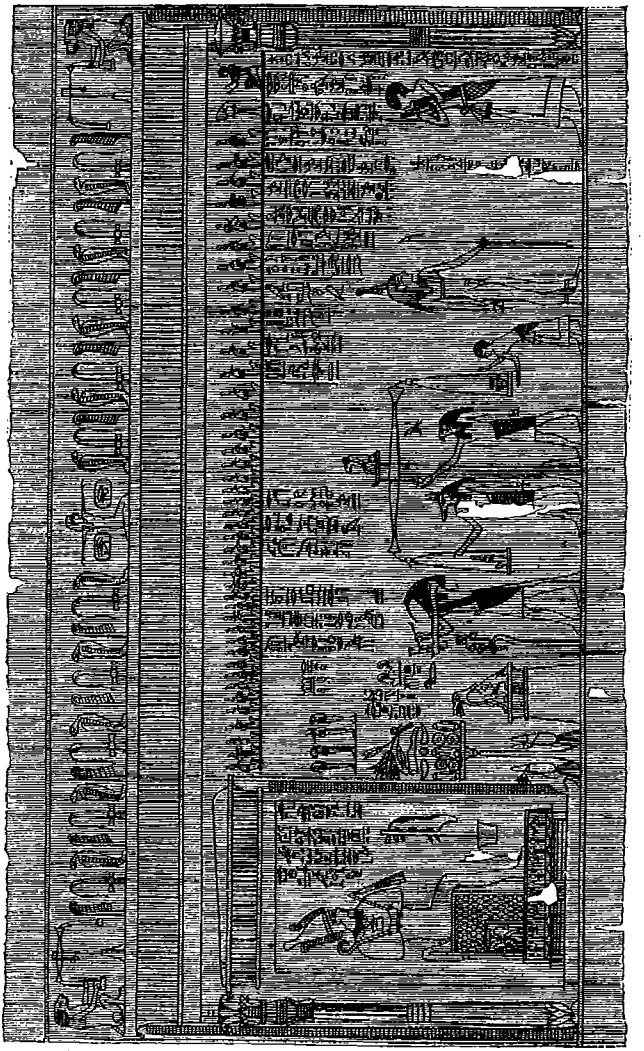
Concluida esta primera fase del proceso, se sumergía el cadáver en una balsa que contenía sosa, donde quedaba inmerso durante 70 días. Transcurrido este período de tiempo –máximo permitido en religión–, se extraía el cuerpo, se secaba cuidadosamente y se recubría con varias capas de ungüentos aromáticos, miel y, en momias grecorromanas (s. I al IV d.C.) de gentes acomodadas, canela. Pero sobre todo, era el betún de origen resinoso o betún de Judea el componente principal en una momificación, ya que su cantidad y calidad aseguraban *la eternidad* del cuerpo que se quería conservar. El betún de Judea llegaba a Egipto desde el

lago Asphaltites (hoy Mar Muerto), alcanzando precios tan desorbitados que se convertía en un producto inasequible para las gentes del pueblo llano.

Finalmente se procedía al primer vendaje con largas tiras de lino de color blanco, sin dejar ningún pedazo de piel al descubierto, si bien existen momias de la época cristiana donde, dada su imperfección, pueden verse las facciones del rostro a través de las vendas.

Es clásico de este período el vendar los dedos de las manos y pies por separado, al igual que se hacía con las piernas; entre éstas se colocaba un texto correspondiente al capítulo CXXV, o capítulo *De la Confesión Negativa*, del Libro de los Muertos, cuyo título original es *PER-EN-HRU*, que significa «El libro de irse alejando en el día (día a día)». Fue en el s. XIX cuando diferentes egiptólogos unieron a este alegórico título otros más determinantes; sabemos que Champollion lo tituló *Ritual Funerario* y que fue Lepsius quien le dio el definitivo título de Libro de los Muertos.

El libro constaba de 165 capítulos en su versión saita, los cuales se compraban por separado durante el transcurso de la vida, siendo las clases privilegiadas quienes conseguían adquirir la totalidad de la obra. El contenido se presentaba en escritura jeroglífica, pero durante la época griega y romana se hizo en escritura hierática –escritura abreviada y más sencilla que la jeroglífica–.



CAPÍTULO CXXV DEL LIBRO DE LOS MUERTOS

Desde principios de la Dinastía Ptolomáica surgieron nuevos libros de ritual funerario, siendo el más representativo de este período el *Libro de las Súplicas*, que en algunas momias sustituye al pequeño rollo que contenía el capítulo CXXV del Libro de los Muertos. También durante la dominación romana aparecen varias obras del mismo género, procedentes de antiguos escritos, siendo la más importante una glosa titulada *Que florezca mi nombre*, derivada de una larga plegaria conocida desde el año 3.000 a.C. (VI Dinastía).

Sea cual fuere el contenido del rollo que se pusiera entre las piernas, la momia se vendaba de nuevo, con vendas de color amarillo tintadas con azafrán –en época romana se llegó a sustituir el lino por la seda– y con las piernas unidas para colocarla en posición Osiris, es decir, extendida en horizontal y algunas con los brazos cruzados sobre el pecho.

Por último, se envolvía todo el conjunto en lienzos de lino sujetos por vendas transversales, donde se situaban las estatuillas, amuletos y dijes preferidos del difunto. Sobre el lugar donde estuvo el corazón se emplazaba un escarabeo o escarabajo, grabado en piedra dura o arcilla, que con la llegada del cristianismo deja de ponerse. En un lugar visible se escribía el nombre del difunto, se pintaban los ojos y, si el cadáver era mujer, también se le pintaban los pómulos y labios para recordar el aspecto que tenía en vida.

El gusto por pintarse los ojos, tanto en hombres como en mujeres, no correspondía solamente a un

deseo estético, sino como prevención de enfermedades de carácter oftalmológico -sobre todo los párpados-, tan extendidas en los países mediterráneos. Para ello usaban polvo de malaquita, con el que conseguían el tono verde, el polvo de galena para el negro, y un preparado de antimonio (khol) para el azulado.

Segundo. Este proceso, mas económico que el anterior, está tan perfectamente descrito por Herodoto, que sería gran presunción intentar otra cosa que no sea su transcripción más o menos literal:

> A los que preferían el segundo procedimiento para eludir grandes dispendios, se les preparaba de la siguiente forma: Llenan sus jeringuillas con aceite de cedro y lo introducen en el abdomen del cadáver sin hacer ninguna incisión y sin extraer los intestinos, sino inyectándolo en la base y, evitando la fuga de líquidos, sumergen el cuerpo en carbonato de sodio por el tiempo autorizado (70 días) y, el último día, dejan salir del cuerpo el aceite que habían inyectado, y como es tan fuerte arrastra consigo a los intestinos y órganos vitales disueltos. El carbonato de sodio disuelve la carne y no queda del cuerpo salvo la piel y los huesos. Una vez hecho esto, entregan el cuerpo a los familiares.

A partir del s. I (época romana), encontramos momias pertenecientes a este segundo grupo donde, una vez concluida la preparación que describe

Herodoto y antes de proceder al vendaje, se les introducían una especie de pelotas, hechas con telas de lino y empapadas en betún, con el fin de rellenar las cavidades del cuerpo –senos, pómulos, vientre...– para conseguir un aspecto más humano. Físicamente estas pelotas son de color negro intenso, sumamente pesadas y se rompen con gran facilidad. Cuando la momificación cayó en desuso, éstas fueron objeto de un intenso comercio, utilizándose hasta el siglo pasado para fuegos de larga duración. En tiempo de las cruzadas, la *Crónica de Federico Barbarroja* nos cuenta que

> ... El regalo más preciado que podía traer un caballero de tierras de infieles eran estas pelotas para iluminar su castillo.

Tercero. El tercer proceso, llamado *el de los pobres*, dado que los dos anteriores eran más costosos, consistía en una maceración del cadáver (los 70 días permitidos) en baños de sal, situados en establecimientos públicos ubicados cerca de las Necrópolis, las cuales estaban situadas al oeste de las ciudades pues, según la tradición, era donde los dioses reposaban a la caída del Sol. Durante el período romano y con la entrada del cristianismo, las Necrópolis se orientaron indistintamente. En el caso de la Alejandría griega, se accedía a ella por la Puerta de la Luna, dejando atrás la Vía Canópica, principal arteria de la ciudad. Estos establecimientos eran regidos por funcionarios dependientes de un sacerdote que aseguraba el cumplimiento de las normas de tradición religiosa.

Cuando acaecía el fallecimiento, los familiares del difunto se personaban ante el funcionario, solicitando la momificación y, tras informarse de los diferentes procesos y sus precios, optaban por el más conveniente. En el supuesto de que la familia no poseyera suficientes haberes para pagar los costos, se dejaba el cuerpo sumergido en miel hasta reunir los medios económicos y decidir el método idóneo.

Al comenzar la momificación se colocaba el cadáver con la cabeza en dirección al sur. Durante el proceso, los familiares del muerto pegaban y arrojaban piedras a los funcionarios, sin demasiada fuerza y evitando hacerles daño, ya que esta agresividad no era real, sino que formaba parte del rito. A finales del reinado de los Ptolomeos, esta costumbre se perdió entre las gentes de posición elevada; con los romanos, al trastocarse el sentido religioso, desapareció definitivamente en todas las capas sociales.

En los tres procesos, las momias se trataban con ungüentos de belleza, idénticos a los usados por los vivos, y hierbas aromáticas (nunca incienso), con fines terapéuticos, o sea, todo cuanto pudiera mejorar el aspecto y estado del cuerpo en su otra vida. La cantidad y variedad dependía de la posición social del muerto.

Las momias que han llegado hasta nosotros tratadas con resinas y gomas (sin betún) presentan un color aceitunado, semejante al efecto del Sol sobre la

piel, se rompen fácilmente al quitarles las vendas y su duración es muy corta. En cambio, las tratadas con betún conservan las facciones intactas y fáciles de reconocer; su aspecto es negro, pero el cuerpo es una masa dura y pesada que impide el reconocimiento de los diferentes huesos, sin embargo, podríamos decir que su duración es *eterna*.

Durante el período romano-cristiano las momias se dejaron de vendar, cubriendo el cuerpo con varias capas de papiros que marcaban sus formas; en momias de gentes adineradas, sobre los papiros se colocaban telas de fina seda y hermoso colorido. De estos siglos es característico el uso de unas etiquetas de unos 15 cm. de largo por 10 de ancho, que se colgaban del cuello; en cuanto a su origen, posiblemente fuera alguna norma administrativa relativa a la identificación y/o transporte de las mismas. Estas etiquetas, carentes de valor histórico, son sumamente valiosas para el estudio de la filología egipcia, ya que el nombre, profesión y fecha de defunción de la persona momificada estaban escritos en lengua demótica –de las tres formas de escritura egipcia, la más vulgar– y en griego.

Finalizado el proceso de vendaje, la momia se encerraba en ataúdes de cartón decorados con pasajes de la vida del difunto, relacionados con los dioses, si bien el sentido mágico-religioso que había perdurado durante 4.000 años se había difuminado; sobre éstos se pintaba una cara a modo de cuadro, evocando los rasgos que tuvo en vida.

Cuando el cartón comenzó a escasear (s. II a.C.), algunos ataúdes se redujeron a simples cajas que cubrían la cabeza, con la cara pintada en dorado y dos pectorales en los hombros representando cabezas de halcones. En época romana, dado que continuaba la escasez de cartón, se introdujo la madera como un elemento más en su fabricación.

ANJ

Al describir la decoración de los ataúdes, es obligado detenerse en el signo *ANJ* y comentar su representación, significado y evolución.

La palabra Anj en copto significa *vida*, pero el objeto que representaba exactamente se ignora. Desde tiempos de las antiguas dinastías era usado, tanto en las representaciones de los dioses, como en las humanas: era la esencia de la cualidad divina. Los egipcios coptos incrementaron el significado *vida* con el determinante *eterna* y lo asimilaron a la cruz, encontrándonos con que el signo que había servido para identificar a antiguos dioses como Ra, Osiris, Isis, Serapis, étc., era válido para Cristo. Asimismo, el Anj y la cruz se utilizaron en la decoración de los ataúdes indistintamente, pero con el mismo significado.

Existen momias importantes que, además del ataúd, van encerradas en sarcófagos de piedra o madera ricamente ornamentados. Sin embargo, hemos de considerar que, independientemente de la posición

social del difunto, su momia no hubiera llegado hasta nosotros a no ser por su instalación en edificaciones construidas exprofeso, ya fuera en tumbas principales o en Necrópolis –nuestros actuales cementerios–.

Las clases menos favorecidas, cuando tenían solamente dinero para la momificación y no para la tumba, colocaban la momia de pie, en un rincón de la casa, formando parte del ajuar familiar. La obligación religiosa de conservar un cadáver terminaba en la tercera ascendencia; cuando ésta pasaba a una superior, se entregaba a los sacerdotes para *su buen fin*. Este hábito fue inmutable desde el comienzo del culto a los muertos, hasta su total desaparición, es más, en época romana se hizo lo mismo pero con fines decorativos.

Dado que Alejandro Magno fue el fundador de Alejandría, creemos oportuno comentar, a modo de homenaje, sobre su cuerpo y su tumba. Se dice que había solicitado ser enterrado en el templo de Ammón, en el desierto de Siwa; tal deseo ha llegado a sus historiadores por tradición, es decir, no se recoge en historia ningún documento de primera mano que respalde este supuesto.

Cuando Alejandro muere en Babilonia, durante seis días su cuerpo es mostrado a las gentes sin ningún tipo de preparación. Al séptimo día, escriben sus biógrafos «...se embalsama su cuerpo en miel». Durante los dos años empleados en la búsqueda de

MAUSOLEO DE ALEJANDRO MAGNO. (Detalle)

una solución hereditaria para su gran imperio, el cuerpo reposó en un sarcófago de mármol de estilo grecomacedónico que, mientras no se demuestre lo contrario, actualmente se encuentra en el Museo de Topkapi, en Estambul.

Al conseguir Ptolomeo I Soter adjudicarse Egipto, consciente del prestigio y poder que confieren la posesión del cuerpo de Alejandro, se apodera del sarcófago y lo deposita en Menfis hasta construir la tumba en Alejandría; antes de trasladarlo a esta ciudad cambió el sarcófago original por otro de oro. Ptolomeo VIII, escaso de dinero, lo sustituyó 200 años después por uno de vidrio. También la universal Cleopatra VII, en momentos de crisis financiera, extrajo de la tumba las riquezas allí depositadas.

A lo largo de los años, la sepultura de Alejandro fue visitada por muchas personas, entre ellas César, Octavio, Vespasiano y Caracalla, quien depositó sobre la cripta su manto, su cinturón y sus joyas –hecho del que sí existe crónica–.

La tumba desapareció a finales del s. III, bien por hundimiento del terreno, por un seísmo o por la destrucción del barrio real con motivo de las guerras civiles entre paganos y cristianos. La zona donde se cree que se encontraba la tumba hoy se llama *Kon El Demas* que en árabe tiene el mismo significado que el *Soma* griego, es decir, *cuerpo*, y sobre el hipotético lugar se encuentra una mezquita dedicada al profeta Daniel, *Nabi Daniel*.

Finalmente y continuando con momias, no debemos olvidar que Napoleón Bonaparte, a su regreso de la expedición a Egipto, llevó consigo la momia de la famosa Cleopatra VII, instalándola en la Biblioteca Nacional, pero durante el sitio de París en 1871, se cometió el error de trasladarla a los sótanos para protegerla, donde se pudrió a causa de la humedad. Está registrado que «ante tal evidencia se le dio digno enterramiento», pero omiten el lugar.

Durante todo el s. XIX y principios del actual, cuando el fervor por todo lo relacionado con Egipto y la pasión por coleccionar objetos de este período histórico alcanza su máximo auge, muchas momias fueron traídas a Europa de manera similar, antes de su prohibición por parte del Gobierno Egipcio. No hace muchos años, realizando obras en una casa del centro de París –5, rue Budé– se descubrió en los sótanos del edificio una momia perfectamente vendada y dentro de su ataúd.

Conforme el cristianismo se cimenta en la sociedad egipcia, la momificación pierde su sentido religioso. La nueva religión de Cristo promete la resurrección del cuerpo incorrupto y hace innecesaria la conservación de éste como receptor del alma. Así pues, esta antigua tradición de más de 4.000 años empieza a decaer en el s. III de nuestra era y, aunque se encuentren algunas momias en el s. IV, podemos afirmar que desaparece.

XI
AROMAS Y PERFUMES

Antes de comentar el tema de los aromas, se debe marcar la diferencia entre *aroma* y *perfume.*

La palabra perfume deriva del latín *per fummun,* cuya traducción literal es *por el humo,* dado que el humo era el medio de transmisión de los aromas, provocado por la combustión de la materia aromática. Si quisiéramos relacionarlos en mitología, tendríamos que decir que el perfume es un dios menor de dioses mayores llamados aromas.

Sin embargo, al regresar Julio César de Egipto se acometió en Roma una regulación del latín que dio a *per fummun* la misma acepción que a *aromatium* (aromas), pero no fue de uso común hasta muy finales del Imperio.

Al principio las materias aromáticas o los productos derivados de éstas: perfumes, pomadas, ungüentos, bálsamos..., sólo eran utilizados por la familia real, dignatarios y sacerdotes, bien por jerarquía o por su elevado coste. Los antiguos egipcios hicieron de

todo para procurarse las plantas aromáticas. Aseguraban que las mejores procedían de las tierras de Punt, en el mar Rojo. Las dificultades para llegar hasta ellas justificaban su elevado precio.

El uso de los aromas tenía tres fines completamente diferentes en la vida cotidiana: lúdico para conseguir belleza y placer; religioso para agradar a los dioses y alejar los malos espíritus y en medicina, naturalmente, con fines terapéuticos.

Como el cargo de sacerdote, en la mayoría de los casos, iba unido al de médico, la utilización de ciertos aromas, como el incienso, se hizo indispensable en palacios, templos o lugares concurridos, por sus propiedades antisépticas y sedativas o, simplemente, para anular los malos olores. Sabemos que desde épocas anteriores existían técnicas de curación para enfermos de origen psicosomático, consistentes en la combinación de música y olores, que conseguían restablecer el equilibrio psíquico del enfermo.

Antes de la llegada de los Ptolomeos, los egipcios ya habían inventado la destilación de las plantas y flores que, unidas a un vehículo graso (aceite o mantequilla), conseguían un perfume líquido de corta duración. Pero fue con la destilación de la resina de cedro, conocida por nosotros como esencia de trementina, como se consiguieron fijar los aromas, usándola como disolvente.

El perfume más importante en el ámbito religioso era el *Kiphy*, cuyá fórmula guardaban los sacerdotes con celo. Cuenta Plutarco que en su composición entraban más de 16 plantas, pero aunque las enumera, al desconocer las proporciones, es casi imposible su reproducción. Sabemos que al aspirarlo, su gran poder tranquilizante conseguía alejar los problemas cotidianos y una gran serenidad inundaba el espíritu. Sin duda en su composición entraban importantes cantidades de plantas alucinógenas y narcóticas.

Existía otro perfume de uso exclusivamente placentero, de nombre *Bakkaris*, que se obtenía mezclando la esencia de rosas, conseguida por destilación, con el bulbo del iris reducido a polvo.

En el mundo griego, los aromas también tenían su cuota de protagonismo en actos religiosos o como deleite de hombres y mujeres. Habían sido mercaderes fenicios quienes introdujeron los perfumes en Grecia, siendo los más preciados los egipcios y los que provenían de la isla de Rodas. En cuanto a las materias aromático-curativas, que en los egipcios eran de uso religioso, en los griegos estaban catalogadas dentro de la *botánica de salud* y eran los médicos laicos quienes las dispensaban. Con el arribo de los Ptolomeos a Egipto, un verdadero festival de perfumes embriagaría el ambiente, que con los romanos se convertiría en auténtica orgía.

Si abriéramos el olfato a la imaginación y recorriéramos los diferentes barrios alejandrinos, seguramen-

te recuperaríamos los aromas a cálamo, romero, espliego, sándalo, mirra, casia, rosas, lotos azules, nardos –sobre todo en el barrio judío ya que, por religión, las mujeres debían hacer abluciones con agua de nardos– y, por encima de todos los aromas, el incienso era el rey.

Otra vez nos encontramos con una versión casi similar al *per fummun*, dado que incienso viene de *incendo-ere* que significa quemar, y es al quemar la corteza de un árbol llamado olíbano cuando se origina el incienso puro, al cual solían añadir otras materias, especialmente la mirra. Cuentan que a la muerte o asesinato de Popea –murió de una patada en el vientre, estando embarazada, que le propinó su marido el emperador Nerón–, durante sus funerales se quemó más incienso en Roma, que incienso podía el mundo producir en diez años.

En la época en que nos situamos, el uso y abuso de los perfumes por hombres y mujeres, se había extendido a todas las capas sociales y solamente el poder adquisitivo marcaba las diferencias.

Existía un aroma diferente según la hora del día, las personas con quienes se iban a encontrar, para ir al templo..., ellas y ellos colocaban en sus pelucas, collares, cinturones o accesorios del vestido, dispensadores de perfume a modo de goteros que desprendían su contenido por todo el cuerpo.

PLOTINA

Durante el período romano (s. I.), el afán por los perfumes fue tal, que hasta en la suela de las sandalias llevaban un dispensador de aromas. La misma Plotina, mujer del emperador Trajano, escribió un tratado de perfumes donde, además de su descripción, métodos de elaboración y consejos para su uso, incluye mascarillas y ungüentos de belleza de origen egipcio. Uno de ellos, para combatir la flacidez de la piel, se conseguía mezclando polvo de alabastro con natrón (carbonato de sodio) y miel. Para la tersura del cutis se recomienda mantener durante una hora una mascarilla de huevo batido. El mismo efecto se logra con miel a la que se haya añadido unas gotas de agua de rosas. Para el cuidado de la piel del cuerpo, basta con someterlo a prolongados y asiduos baños de leche de burra. Los malos olores corporales se disimulaban frotándose el cuerpo con hierbabuena, pero si eran muy insistentes, se preparaba un ungüento a base de terebinto e incienso mezclado con el perfume deseado. Para uso diario y distinguido se recomienda el perfume de rosas, al que hay que añadir unas gotas de mirra para las horas de pasión. Y así continúa sus consejos, si bien el transcurso de los años haya extraviado algunos de ellos.

Entre los aromas considerados especiales se encuentran los extraídos de las momias, las cuales estaban prácticamente embebidas en aceites aromáticos, sobre todo si pertenecían a las clases pudientes, lo que ocasionó que en los años de penuria, durante los reinados de los Ptolomeos VII y IX, se vendieran a diferentes reinos de Asia Menor para su extracción.

Pero el verdadero tráfico de momias aconteció en la Alta Edad Media, cuando fueron importadas hasta Europa y vendidas a precio de oro para la obtención de su aceite.

La composición exacta de estos aceites se ignora, depende de la clase y cantidad de plantas aromáticas que en el proceso de momificación se utilizaran. Unos incluían la hierbabuena para que el difunto, en su vida sucesiva, no sufriera del *mal sagrado* o epilepsia; otros abusaban del orégano como protector de la peste por sus cualidades antisépticas, y todos procuraban embadurnar a las momias con la mayor cantidad de ungüentos de belleza, con lo esperanza de mejorar su aspecto en la otra vida.

Estos aceites, por sus connotaciones y orígenes, fueron llamados *Mumia* (betún), aunque su contenido era más complejo. Diferentes tratados de farmacia nos describen como se obtenían:

–...Se colocaba la momia suspendida boca abajo, se efectuaba una incisión por la que go-

teaba la *mumia* que era recogida en un recipiente que previamente se había instalado–,

y las dificultades para comprar las momias, así como los engaños que sufrían en cuanto a su antigüedad, queriéndoles pasar –los comerciantes– momias nuevas hechas para la ocasión, por auténticas antiguas. En el supuesto de que la momia no destilara a causa de su excesiva sequedad, se seccionaba en pequeños trozos que, pulverizados y mezclados con aceite común, daban un producto análogo al anterior.

Hasta hace escasos cien años, se elaboraba en farmacia una especie de píldora *panacea* –apropiación del nombre de una diosa griega de la medicina, útil para sanar todo tipo de enfermedades– a base de aceite de *mumia,* recogido dentro de una cápsula de parafina o cera, que poseía la virtud de aliviar cualquier tipo de dolor e incluso sanar. También era recomendado su uso como tónico, disuelto en miel y, preferentemente, en ayunas.

Después de este pequeño recorrido entre aromas alejandrinos quizá el aire, la lluvia, la vida misma, nos ofrezcan, a modo de nostalgia algo de aquellas rosas, de aquellos nardos y de aquel espliego, con que evocar.

XII
LA CULTURA

Cuando Ptolomeo I Soter funda el Museo, aglutina en un solo concepto las dos escuelas atenienses: la Academia de Platón y el Liceo de Aristóteles.

En cuanto a su arquitectura y funcionamiento han llegado hasta nosotros tres descripciones; dos de ellas, la de Teófrasto (370-287 a.C.) y la de Estrabón (63 a.C. al año 21) son las más explicativas. El primero dice en su testamento:

> ...Comprendía un santuario dedicado a las Musas (Museo), adornado con estatuas de diosas y un busto de Aristóteles, un pequeño patio porticado, donde se exhibían placas y grabados con los mapas de los países explorados hasta entonces, un altar, un jardín, un pórtico y diversas habitaciones....

La segunda, hecha durante el período romano, cuenta con más detalle su funcionamiento:

> ...Forma parte del palacio real, tiene un pórtico, una galería y un amplio edificio con un refectorio donde los miembros del Museo comen juntos. En esta comunidad, incluso el dinero es común, también cuentan con un sacerdote en otro tiempo designado por el rey, y en la actualidad por Augusto...

Si bien el nombre de Museo o Santuario de las Musas es propio del Helenismo, su creación y organización no debió extrañar a los egipcios, habituados desde tiempos antiguos a las actividades extrarreligiosas de sus templos, la mayoría de los cuales poseían un recinto dedicado a la enseñanza de la escritura, lectura, formación artesanal de dibujantes, escultores y grabadores. Contaban también con una biblioteca donde se guardaban los archivos y libros necesarios para impartir la docencia. Algunos templos poseían, además, instituciones más ambiciosas llamadas *Casas de la Vida* donde sabios, teólogos y eruditos conservaban las tradiciones religiosas, los descubrimientos científicos y técnicos y, sobre todo, se impartían clases de medicina e incluso funcionaban como verdaderos ambulatorios u hospitales.

En el recinto del Museo se construyó una biblioteca para albergar las colecciones de libros, tan importantes para los Ptolomeos –durante bastante tiempo, la cultura helenística fue apodada, no sin menosprecio, *la libresca*–. Pronto esta biblioteca sería insuficiente para tanto libro, obligando a Ptolomeo III a abrir un anexo en el templo de Serapis o *Serapeum*.

Pero éstas no fueron las únicas bibliotecas de Alejandría. Se sabe de la existencia de otra en el templo dedicado a César o *Cesareum*, sin olvidar la Biblioteca de Pérgamo, formada por al menos 200.000 volúmenes, que Marco Antonio regalara a Cleopatra. Asimismo, siguiendo la tradición egipcia, los diferentes templos dedicados a diversos dioses de origen local o griego poseían su biblioteca.

Sin embargo, la biblioteca por antonomasia conocida universalmente como Biblioteca de Alejandría fue la del Museo , si bien se da la paradoja que, aun después de su destrucción (48 a.C.), cuando la del *Serapeum* adquiere su protagonismo, las gentes, usando el concepto de *biblioteca* sin considerar la ubicación, continúan hablando de la Biblioteca de Alejandría, con lo que datan, erróneamente, su desaparición en el 391, fecha coincidente con la del *Serapeum*.

Gracias al mecenazgo de los Ptolomeos, el Museo se convirtió desde su fundación en polo de atracción de todos los sabios del mundo. Muchos de ellos de origen alejandrino, como fue el caso de Euclides –padre de las matemáticas–, llegaron a helenizar su propio nombre y dedicar su obra a Soter.

En sus primeros tiempos, el Museo funcionó como centro de investigación, donde sabios de primer rango, ayudados por otros de menor preparación o alumnos, exploraban los campos conocidos del saber. Cuenta Estrabón:

> ... Vivían dentro del recinto o en casas cercanas donde alquilaban una habitación, eran asalariados del faraón y exentos de impuestos....

Pero que estos sabios dedicaran su existencia al estudio, no significa que fueran ajenos a la ciudad o a sus conciudadanos. A lo largo del año se celebraban una serie de juegos y concursos literarios, de carácter internacional –nuestros conocidos *juegos florales*– dotados con importantes premios que aseguraban la presencia y participación de numerosos extranjeros.

Más tarde el Museo comenzó a impartir docencia. Primero sería en el campo de la medicina, con la formación de escuelas, pasando, posteriormente, a todas las disciplinas académicas más importantes de su tiempo. En época romana, el Museo funcionó como nuestra actual Universidad, con sus diferentes facultades: filosofía, literatura, medicina, geografía, astronomía, física, mecánica..., causando admiración en toda la cuenca mediterránea.

Con la destrucción del Museo por el emperador Caracalla (215), será el *Serapeum* quien herede su función, si bien algunos sabios permanecieran en los entornos del Museo e intentaran, durante años, reavivar su antigua pujanza. La represión del emperador Aureliano pondría fin a sus ilusiones, obligándoles bien a huir del país o a buscar refugio en el *Serapeum*.

El reinado de los Lágidas (Ptolomeos) se caracteriza por el abandono del estudio de la filosofía en pos de las ciencias y la literatura. Antes de la llegada de los griegos a Egipto, la fama de sus médicos era reconocida universalmente; se sabe que el gran Hipócrates había estudiado medicina en el templo de Amhotep, en la ciudad de Menfis. Quizá esta tradición, sumada al espíritu de investigación propia del Museo, hiciera que un Herófilo practicara, por primera vez, la disección de un cadáver para el estudio de la anatomía, constatara la sincronía del pulso con los latidos del corazón, descubriera la disposición de los vasos del cerebro, y que los estudiantes de hoy denominen al confluente venoso posterior a éste *la prensa de Herófilo* y, sobre todo, demostró que la inteligencia no radica en el corazón como aseguraba Artistóteles, sino en el cerebro. Todo esto sucedía hacia el año 300 a.C.

Un discípulo suyo fundó otra escuela basada *en el historial médico*, es decir, el tratamiento de una enfermedad a partir del conocimiento directo de sus antecedentes de salud, para conseguir el método de curación efectivo. Otras escuelas elaborarían tratados de farmacia y dietética, llegados hasta nosotros gracias a su traducción al árabe; de la versión griega solamente se conservan fragmentos por separado.

La fama que gozara Alejandría como centro de estudios de medicina hizo que Galeno, el último gran médico de la antigüedad, dirigiera sus pasos hacia esta ciudad, para la ampliación de sus estudios, a

finales del s. II de nuestra era. Muchos de nuestros conocimientos sobre el desarrollo de la medicina en ese período histórico, se deben a sus escritos.

La instrucción de un médico estaba asociada a un proceso de aprendizaje práctico; la formación general en el *arte de sanar* duraba seis años, a los que había que añadir los de especialización. Las especializaciones eran numerosas: de ojos, cabeza, dientes, estómago, oídos..., y las que hoy conocemos como psicosomáticas.

Pero la cura de enfermos no fue exclusiva de la profesión médica, estaban los sacerdotes dedicados al culto de diversas deidades que ejercían una verdadera competencia, asegurando a sus fieles que lo inalcanzable por la ciencia, era posible por la fe. Esto les obligaba, aparte de los actos esotéricos propios de su condición de sacerdotes, a estar al corriente de todos los adelantos científicos, especialmente en el uso de la *botánica de salud.*

En el campo de las matemáticas ya hemos mencionado a Euclides, cuyo *Tratado de Elementos* continúa siendo el libro de geometría por excelencia, que logró que su prestigio animara a Arquímedes a desplazarse a Alejandría para solicitar su docencia. Otro matemático y mecánico, más moderno, fue Herón (s. I a.C.), inventor de varias máquinas, entre ellas el odómetro automático para registrar las distancias recorridas por un vehículo. Demostró la ley fundamental de la refle-

xión de la luz, estableciendo la igualdad del ángulo de reflexión con el de incidencia, tal como hoy se estudia en física-óptica.

Esta breve reseña de algunos de los muchos científicos de la época alejandrina, no debe olvidar al astrónomo Hiparco (s. II a.C.), uno de sus más fieles representantes. Introdujo la división del círculo en 360 grados, divisibles en 60 minutos de 60 segundos, hasta hoy utilizado. Su descubrimiento más importante sería la comprobación del tiempo que tarda el Sol durante el año para regresar a un mismo punto. Este desplazamiento lo estudiamos como *Precisión de equinoccios.*

Más tarde, en el s.II de nuestra era, otro astrónomo, geógrafo y matemático egipcio, de nombre Claudio Ptolomeo, rivalizando con Hiparco, reunió todo el saber de la antigüedad en numerosos libros, de entre los cuales su *Almagesto* y su *Geografía* son los más importantes. Para el uso de los astrónomos inventó la trigonometría; sus descripciones de tierras y mares fueron usadas hasta el s.XVI, y abandonadas posteriormente por los nuevos adelantos y verificaciones en el terreno de la geometría y astronomía.

Si el mundo de las ciencias resultó apasionante, el de las letras no lo fue menos. Ninguna obra escrita, por importante que fuera su autor o contenido, se aceptaba sin antes someterla a un minucioso estudio. Si el tema era de ciencias, la demostración de sus tesis

y postulados era obligatoria; si la obra era literaria se analizaban su comprensión, léxico y estilo, sin olvidar su coherencia de situación o histórica. Esta nueva disciplina, propia de Alejandría, se llamó *Comentario de texto*.

En medio de este ambiente de estudiosos destaca la figura excepcional de Eratóstenes (s.III a.C.), sin duda el precursor de los grandes humanistas del Renacimiento. Cultivó todas las áreas del saber, desde la filosofía a las matemáticas. Llegó a Alejandría para encargarse de la educación de los hijos de Ptolomeo III Evérgetes, más tarde, a la muerte de Calímaco –autor de la grandiosa obra *Pinakes* (cuadros o tablas) sobre catalogación de autores y obras de la Biblioteca, base para el estudio de la literatura griega–, le sucedió en la dirección de ésta, cuyos recursos supo utilizar para su enriquecimiento cultural. Su célebre *Criba* para encontrar los números primos continúa llevando su nombre. En geografía midio de un modo exacto –con un error de apenas 4.000 metros– la longitud de la circunferencia de la Tierra. Para ello determinó la amplitud del arco del meridiano entre Siena (Egipto) y Alejandría durante el solsticio de verano: el resultado fue de casi 40.000 kilómetros (252.000 estadios). En las letras hizo gala de su independencia cultural y libertad de expresión: osó criticar, a partir de un juicio realista, al intocable Homero, a su poesía y, en general, a todas las formas poéticas que no se ciñeran a la verdad, creando la *Crítica literaria*. A él debemos la frase: «El poeta busca

complacer más que instruir» que, coloquialmente, hoy decimos ante los excesivos y floridos halagos.

La catalogación de las obras de la Biblioteca que hiciera Calímaco y completaran sucesivos directores, daría lugar a que Cicerón (s. I a.C.) a estos autores los llamara *classici* (clásicos), utilizando el vocablo que entre los romanos servía para designar a gentes de posición elevada. La palabra debió agradar tanto que pronto se generalizó: el Renacimiento, siglos más tarde, recuperaría el término para calificar a dichos autores. Del mismo modo, el práctico razonamiento romano nos proporcionaría la palabra *cultura* o *culto* para designar *el saber* o *el que sabe*. ¿Qué mejor verbo que el *colere* (cultivar) en sus formas *culturam* o *cultum*? «Si el campo se cultiva para su buen provecho, ¿por qué no la mente?» (Suetonio).

El carácter universal que los Ptolomeos dieron a la Biblioteca, facilitó los medios para la traducción y estudio de textos, no solamente griegos, sino de diferentes orígenes. El sacerdote egipcio Manetón escribió su colosal *Aegyptiaca* (de Egipto), gracias a la cantidad de datos recopilados.

Las religiones orientales tambien ocuparon su espacio. Se sabe que un solo autor escribió más de 2.000.000 de líneas sobre Zoroastro; lo mismo sucedió con algunos textos budistas. La traducción del Antiguo Testamento, conocida como la de los *Setenta*, aún hoy es necesaria para los estudios bíblicos.

Cuenta Galeno que los Ptolomeos, en su frenesí por la letra escrita, ordenaron que todas las naves que amarraran en puerto egipcio debían consignar sus libros para ser copiados, de lo contrario serían confiscados y llevados a la Biblioteca para dictaminar su interés. En caso afirmativo se indemnizaba a la propiedad; a estos libros así conseguidos Galeno los denominó *los fondos de los barcos*.

Cuando la religión cristiana fue declarada oficial por el emperador Teodosio, el obispo de Alejandría, Teófilo, partidario de las actitudes más represivas del cristianismo resumidas en la famosa sentencia: «Una misma boca no puede a la vez ensalzar a Cristo y a Júpiter», solicitó permiso al emperador para arrasar los templos paganos (año 391). Él mismo, al frente del populacho, se dirigió hacia el *Serapeum* y, después de leer la orden, destruyó la estatua de Serapis. Sus partidarios, finalizada la destrucción, se dedicaron al pillaje. Sobre el lugar que ocupara el templo con su biblioteca, se erigió una iglesia.

Los dos siglos y medio que mediaron entre la destrucción del *Serapeum* y la conquista del general árabe Amr, convirtieron a Alejandría en el centro de estudios más importante del cristianismo, con su escuela catequística, cuya fundación atribuían al apóstol San Marcos.

La nueva situación, favorable a los cristianos, hizo que éstos abandonaran su condición de comunidad para devenir sociedad. Con la autoridad emanada de su *status* oficial, prohibieron toda connotación con la

anterior cultura. Un manto de hermetismo recayó sobre el Museo, el *Serapeum*, sus bibliotecas y, especialmente, sobre los libros, testigos de un saber *pagano* que fueron destruidos o quemados.

Esta versión del fin del mundo helenístico, atribuída al celo cristiano, si bien es cierta y constatable, no debió ser tan total; muchos libros quedaron solapados voluntaria o involuntariamente en las nuevas bibliotecas. Cuando la conquista árabe se hizo efectiva hacia mitad del siglo VII de nuestra era, encontramos otra vez referencias de ellos en una carta del general Amr dirigida al califa Omar, donde explica que fueron comprados por los Ptolomeos y pregunta qué debe hacer con ellos. La respuesta del califa:

> A propósito de los libros que me mencionas, si lo que allí se encuentra escrito es conforme al *Libro de Dios*, no son necesarios; y si son contrarios, son inútiles. Así pues, destrúyelos,

traslada la responsabilidad del ocaso del helenismo al mundo árabe.

Hoy tenemos la certeza, a propósito de estas dos versiones, de que ninguna de ellas fue ni absoluta ni completa. Los primeros no destruyeron la totalidad de los libros, y los segundos hicieron posible, gracias a sus traducciones, que un algo o un mucho de aquel saber universal llegara hasta nosotros.

XIII
ESOTERISMO Y ALQUIMIA

Un resumen simplificado del concepto platónico de *esoterismo* nos diría que es la parte de una religión, doctrina o ritos normalmente oculta, que precisa para su comprensión de una iniciación o noviciado. Por el contrario, aquella comprensible a todos, aunque extraña, la definiríamos como *exótica.*

El principio básico del esoterismo consiste en un acercamiento a los dioses para disponerlos al servicio del hombre y conseguir fines humanos fuera de los parámetros normales. Es, por tanto, el polo opuesto al principio religioso tal como nosotros lo concebimos.

En el período greco-romano en que nos situamos, la antigua magia egipcia había degenerado, aunque es evidente que continuaba arrastrando reminiscencias de los grandes esotéricos del pasado. El misticismo de antaño había sido sustituído por una magia utilitaria, enmarcada dentro de los conceptos de *cómo fastidiar al prójimo y cuanto más mejor,* amén de *cómo acceder cómodamente a cosas de carácter práctico.*

Los documentos más representativos de esta época son los que conocemos como *papiros greco-egipcios o de Preisendanz*, en honor a su primer traductor, encontrados en el siglo pasado por el cónsul de Suecia en El Cairo y, a su muerte, repartidos por los diferentes museos y bibliotecas del mundo. Su autoría corresponde a un mago gnóstico del s. III de nuestra era, que debió recopilar antiguas fórmulas y conjuros y que, a su vez, nos los transmitió en tres lenguas diferentes: demótico, griego y copto. Los primeros se encuentran en el Museo de Leiden (Holanda), y los restantes repartidos entre el Museo Británico, el del Louvre, el de Berlín, la Biblioteca Nacional de París y otras diversas colecciones.

El contenido de estos papiros se puede dividir en tres secciones: los dedicados a logros caseros –*Cómo hacer desaparecer las chinches de una casa* o *Cómo sanar con procedimientos de medicina popular*–; los de tema amoroso, por cierto los más numerosos, centran sus aspiraciones en un mismo fin: *Conseguir el máximo placer en la pareja*; por último, están los considerados como de tema social –*Cómo conseguir amigos, Cómo destacar en los negocios, Cómo conocer a personas importantes*, y los más significativos: *Cómo agobiar, baquetear y cansar al prójimo por medio de los más terribles maleficios*. Tampoco faltaban elementos o fórmulas mágicas de origen judío, consideradas por los egipcios de gran eficacia y utilizadas durante siglos por todos los magos del mundo, las cuales, seguramente al desconocer hoy su auténtica pronunciación o sonido, no dan los resultados esperados.

En los papiros también se encuentran imprecaciones y fórmulas para protegerse de lo que nosotros conocemos vulgarmente como *mal de ojo* y que los romanos llamaron *Fascium* (fascinación) u *oculus malignus,* definido como *el influjo pernicioso que algunas personas provocan con su mirada sobre cuanto las rodea.*

El poder de fascinación normalmente era, o es, innato al individuo, aunque también se podía iniciar (aprender); pero es evidente que cualquiera que sea el método para acceder a este poder, siempre es nocivo. La superstición de que una mujer durante su período con su simple mirada podía ajar una flor o arruinar una cosecha, todavía es común en muchos países del Mediterráneo.

A veces el aojador –el que practica la fascinación– necesitaba del tacto, pero los poderes así alcanzados devenían siempre de su mirada. La creencia de que en el interior de la pupila residía un alma, o al menos de que ésta era la ventana por donde podía huir o ser robada, nos ha hecho reaccionar contradictoriamente, durante siglos, ante algunas formas de mirar. Nos sentimos incómodos si lo hacen fijamente, y desconfiamos de quienes al hablar no miran a los ojos; quizás la solución la encontremos en Luis Vives cuando recomienda «la importancia de mirar sin ver».

Para combatir la *fascinación* no eran suficientes las fórmulas de prevención, por lo que recurrieron a

diferentes amuletos que figuraban los órganos de reproducción masculinos, y a gestos consistentes en dirigir uno o varios dedos insistentemente contra el aojador, gestos que aún perduran en los diferentes países de la cuenca mediterránea. Cuando el mundo esotérico irrumpió en Roma, y sobre todo durante el Imperio, hombres y mujeres coherentes con *sus excesos de todo,* inundaron sus vestidos con brazaletes, collares y accesorios confeccionados con este tipo de amuletos.

Pero el mal de ojo también podía ser peligroso para quienes lo practicaran: bastaba con que su mirada se reflejara en la pupila ajena para que el hechizo se volviera contra él. Este acto, conocido en la Edad Media como *fascinación reflexiva,* fue usado por los tribunales de la Iglesia para detectar a los verdaderos brujos, obligando a la persona dudosa a dirigir su mirada fijamente a otra de indudable fe: si el supuesto hechicero se negaba, no se tenía la menor duda sobre su condición y se le condenaba a la hoguera.

Cuando hechizos y fórmulas mágicas se hicieron insuficientes ante los dioses, surgió, apoyado en el laboratorio, el *Arte Sagrado,* cuyo nombre justificaba su origen sobrenatural. Más tarde los árabes lo llamarán *Al Quema* y nosotros Alquimia. Es curioso cómo el transcurso de los años no ha conseguido poner de acuerdo a los diferentes estudiosos sobre la etimología de esta palabra. Champollion aseguraba que pro-

cedía de *Chemi* o tierras del Chan, nombre que los judíos daban a Egipto; otros opinan que el nombre proviene de una obra fundamental llamada *Chema*, en la cual se enseñaban las artes naturales. Asimismo, algunos la derivan del conocido libro de título también *Chemi*, y los que menos probabilidades tienen de acertar lo hacen de la palabra griega *cheou* o *chymos*, que significa fundir.

En cambio su origen, aunque oscuro, se puede encontrar en la fusión de las teorías de ciertos filósofos griegos del antiguo, con los sueños místicos de los alejandrinos y gnósticos deducidos, al parecer, del versículo V del Génesis (Biblia, Antiguo Testamento), donde se cuenta que

> ...Los hijos de Dios, viendo que las hijas de los hombres eran bellas, las tomaron por mujeres, de cuya unión nació una raza de gigantes, cuya impiedad fue causa del diluvio...

y fueron estos ángeles caídos quienes enseñaron a las mujeres *el Arte Sagrado* de la transmutación de los metales, las propiedades de las plantas, y el efecto de los astros sobre el género humano y las diferentes materias.

También les indicaron la necesidad del uso de brazaletes, adornos, telas suntuosas para sus atuendos y piedras preciosas, que por su gran valor emitían efluvios positivos: el zafiro aumentaba las dos visiones, la

del espíritu o inteligencia y la del cuerpo o vista; la esmeralda, signo de pureza, reprimía los instintos sexuales y el rubí otorgaba valor, fuerza y éxito. Quizá este último consejo hiciera que magos y pseudomagos, durante siglos y hasta nuestros días, gasten su mucho o poco dinero en fulgurantes vestidos y suntuosas joyas.

En cuanto a los egipcios no cristianos, aferrados a las antiguas tradiciones, basaban el origen de la alquimia en Hermes Trimegisto –Hermes el tres veces grande, dios griego al que, desde al menos 400 años antes de Cristo, se asociaba con el dios egipcio Thoth, padre de la escritura, sabiduría y magia–. En los papiros de Leiden y en los de las bibliotecas de París y San Marcos de Venecia se encuentran fórmulas pertenecientes a esta teoría; en cambio, los papiros escritos en copto –museos Británico, Berlín y Louvre entre otros– indican su origen bíblico.

A este tipo de textos se les dieron el nombre de *textos herméticos* y su redacción suele presentarse en forma de diálogos explicativos entre dioses y diosas. La primera mención histórica sobre libros que traten de la conversión de los metales la encontramos durante el reinado del emperador Diocleciano (s. III), cuando ordena su quema.

Ciertos fenómenos de transmutación de metales considerados como mágicos, hoy tienen una explicación más prosaica y no entrañan ningún misterio.

Sabemos que los vapores de arsénico blanquean el cobre, al que ellos creían haber transformado en plata. Por el contrario, una lámina de hierro sumergida en una solución de cobre se cubre de una capa de este metal, pero no es cierta su conversión como aseguraban. Todas estas *evidentes facilidades* les hicieron pensar que la obtención de oro a través de otros metales era cosa fácil: bastaba encontrar la materia prima o lo que hoy llamamos un catalizador.

La necesidad de esta materia prima para conseguir la transmutación tenía su origen en Platón, que la definía como el fondo común de todas las sustancias y, al carecer de formas, podía recibir todas. Esta materia prima denominada *la piedra filosofal,* formada por un misterioso polvo de color rojo intenso, pesado y brillante, no era más que el mercurio oxidado (óxido mercúrico) al que, una vez extraído su elemento fluido, lo habían fijado. Conseguida la *piedra filosofal,* se añadía azufre y arsénico para conseguir tintes de color plata y oro; estos agregados fueron conocidos como *la quinta esencia.*

La edad de oro de la alquimia, en Alejandría, abarca desde mediados del s. III de nuestra era hasta finales del IV. Sus practicantes pertenecían a los diferentes ámbitos religiosos y, por primera vez *algo que rayaba con lo divino,* aceptaba la participación de la mujer de forma activa. Una fiel representante sería María la Judía, que inventó lo que nosotros conocemos como *baño María.*

Si alcanzar prebendas en tiempos reales era importante, conseguir adivinar el futuro para disponer de un destino favorable, no lo era menos. La principal función de los astrólogos era predecir el devenir, según la influencia de los astros, en el momento del nacimiento o concepción. Como la fecha de nacimiento era concreta, los presagios del destino podían ser, en algunos casos, decepcionantes, de aquí el que hubiera cierta tendencia a adoptar aquella de la concepción ya que, en caso de equivocarse o querer suavizar el futuro, el astrólogo podía siempre excusarse en la dificultad que suponía fijarla con exactitud.

Si bien la teoría sobre la influencia de los astros y planetas en el destino de las personas, así como la división de éstos en las doce casas que configuran el Zodíaco era de origen caldeo, su difusión arraigó tanto en Egipto desde tiempos de las antiguas dinastías, que la confección de un horóscopo no sólo se hacía para predecir el futuro humano, sino que también servía para adivinar el destino de la nación. La astrología llegó a Roma a finales de la República con la incorporación de las provincias orientales –antiguos reinos de Asia Menor y Egipto–, alcanzando su mayor auge durante el Imperio. A los astrólogos se les dio el título de matemáticos y perdieron su *inmunidad divina,* siendo castigados, desterrados e incluso condenados a muerte si las buenas predicciones no se cumplían. Dicen que Séptimo Severo desposó a Julia porque un astrólogo había augurado que ésta se casaría con un emperador y, por miedo a que los astros no se refirieran a él, concertó la boda.

Son muchas las reminiscencias que quedan en nuestra cultura latina de aquella Astrología, por ejemplo los días de la semana: Juno, Marte, Mercurio, Júpiter, Venus, Saturno y *Dóminus* (Domingo) –día dedicado al Señor–, los signos del Zodíaco, la creencia de que ciertos órganos de nuestro cuerpo están relacionados con diversos astros y planetas: el Sol con el corazón, Mercurio con los pulmones...; la influencia que ejercen las diferentes fases de la Luna en la agricultura, en el mar y en la propia naturaleza humana, no es hoy ningún misterio. Son tantas las cosas heredadas que, al desnudarlas de su manto de misterio, creemos que son nuestras y olvidamos su origen *hermético.*

El esoterismo de origen místico se diluirá en otras religiones –el cristianismo y posteriormente el islamismo–. Aquel de origen práctico, en el que los dioses estaban a disposición del hombre, continuará hasta nuestros días en magos más o menos exitosos y más o menos sinceros. La alquimia, separada de su parte irracional, devendrá química. La astrología, dedicada al estudio del Universo, será astronomía. Pero aquella capaz de predecir el destino, anidará en nosotros, porque, para el hombre, su más preciado presente es su futuro.

EPILOGO

Todo cuanto en este libro se ha escrito, ya estaba escrito. Todo cuanto nuestro pensamiento pudo pensar, ya fue pensado. Pero aquello que nuestra imaginación creó al recorrer estas líneas, será tal vez, el más bello libro jamás publicado.

Vida

Prosperidad

Salud

GLOSARIO

Adriano, 76 al 138. Emperador romano, de origen español, sobrino y sucesor de Trajano.

Agrippa, Marco Vespasiano, 63-12 a.C. General y político romano en tiempos del emperador Augusto. Contrajo matrimonio con Julia, hija de éste.

Alejandro III Magno, 356-323 a.C. Sucesor e hijo de Filipo II de Macedonia y de Olimpia de Épiro. Casó con Roxana, hija del rey de Bactriana; con Estatira, hija de Darío, y con Parisátida, hija de Artajerjes.

Alejandro VII, 1599-1667. Elegido Papa en 1655 contra la voluntad de Luis XIV, rey de Francia. Amigo de las artes y protector de Lorenzo Bernini, se le debe la construcción de la columnata de la Plaza de San Pedro y la ubicación, en diferentes puntos de Roma, de varios obeliscos egipcios.

Ammón. Deidad egipcia, adorada en Tebas (Alto Egipto). Dios principal en el Imperio Nuevo. Los griegos lo asociaron a Zeus y los romanos a Júpiter.

Antígono, 382-301 a.C. General de Alejandro Magno, a cuya muerte intentó fundar un gran imperio en Asia.

Antípatro, 400-319 a.C. General Macedonio con

Filipo II. Gobernador de Macedonia con Alejandro Magno, a la muerte de éste, se haría cargo de la parte europea del Imperio.

Aquiles. Héroe griego, hijo de Peleo y de Tetis. Sus hazañas en el asedio de Troya fueron inmortalizadas en *La Ilíada*. Mató a Héctor y murió en lucha con Paris.

Apis. Divinidad egipcia adorada bajo la forma de un toro de color negro con una mancha blanca en forma de luna creciente en un costado. A los 25 años de existencia, los sacerdotes le ahogaban en el Nilo, luego lo embalsamaban y le hacían magníficos funerales. Después de llorarle, buscaban otro toro con las mismas características y comenzaban el nuevo ciclo.

Aristófanes de Bizancio, hacia el 260-180 a.C. Gramático alejandrino de origen griego, cuarto director de la Biblioteca de Alejandría.

Aristóteles, 384-322 a.C. Filósofo griego, amigo de Filipo de Macedonia y preceptor de su hijo Alejandro. Sus teorías ejercieron gran influencia en la filosofía y teología de la antigüedad y Edad Media.

Arquímedes, 287-212 a.C. Físico y matemático griego, descubrió el principio aritmético que lleva su nombre, el tornillo sin fin y la rueda dentada, entre otros inventos.

Arriano, 95-175. Historiador griego de nacionalidad romana. De sus obras de tipo histórico como *La expedición de Alejandro* solamente se conservan algunos fragmentos.

Arsinoe, s.III a.C. Reina de Egipto y primera esposa de Ptolomeo II. Hija de Lisímaco, rey de Tracia. Repudiada por Ptolomeo, murió en el destierro.

Arsinoe Filadelfo, s.III a.C. Hermana y esposa de Ptolomeo II.

Atenas. Ciudad-estado de Grecia, capital del Ática y la más importante en sentido político y cultural.

Augusto, Octavio, 63 a.C.-14. Nieto de una hermana de César, fue su heredero. Casado con Clodia, Scribona y, finalmente, con Livia. Fundó el Principado.

Aureliano, 214-275. Emperador romano, de baja extracción social. Venció a Zenobia de Palmira. Su gobierno fue tan eficaz que le dieron el título de *Restitutor* (Restaurador), hecho que no impidió que muriera asesinado.

Berenice II, s. III a.C. Esposa de Ptolomeo Evérgetes. Fue asesinada por orden de su hijo Ptolomeo Filopator en el 221 a.C. Consagró su cabellera a Afrodita para asegurar el retorno de su marido de la guerra, cuando el exvoto desapareció del templo, el astrónomo Conón aseguró que se había convertido en un astro.

Berenice, cabellera de. Pequeña constelación del hemisferio boreal formada por siete estrellas, situada entre el Boyero y el León.

Calígula, 12-41. Príncipe de la familia Claudia, sobrino y sucesor de Tiberio. Su crueldad corrió pareja a su demencia. Murió asesinado. En realidad el nombre de Calígula corresponde al apodo de *Cáliga* (pequeña sandalia) que desde niño le dieron.

Calímaco, 310-246 a.C. El más célebre poeta griego de sus tiempos. Nacido en Cirene (Norte de Africa), pronto se trasladó a Alejandría, donde llegó a ser director de la Biblioteca. Se supone que escribió más de 800 obras mayores, hoy perdidas casi en su totalidad. Su obra más importante fue la *Aetia*, escrita en cuatro libros. Otra de sus obras

más conocidas,*La cabellera de Berenice*, fue traducida más o menos libremente por el poeta romano Cátulo. Autor en prosa de una colosal obra, en 120 libros, de título las *Pinakes* (Tablas).

Caracalla, 186-217. Emperador romano de la familia de los Severos. Se consideró a sí mismo reencarnación de Alejandro Magno, y como tal, quiso reconstruir el Imperio de éste. A las rebeliones respondió con la violencia, y a la violencia con la crueldad. Terminó sus días asesinado.

César, Cayo Julio, 100-44 a.C. General y político romano. Triunviro con Pompeyo y Craso. Conquistó la Galia, artífice de la campaña de Britania y, desde su victoria sobre Pompeyo, autócrata y dictador. Reformó el calendario. Fue asesinado.

Cicerón, Marco Tulio, 106-43 a.C. Escritor, político y orador romano. Divulgador de la filosofía griega; de sus obras sobre política, moral y retórica, así como de sus discursos, han llegado hasta nosotros una gran parte.

Clemente de Alejandría, 150-215. Escritor cristiano de la escuela catequística de Alejandría. Trasladó sus conocimientos de literatura y filosofía griega al concepto cristiano.

Cleómones de Náucratis, muerto en el 323 a.C. De origen egipcio, Alejandro le encargó la administración y el control de la edificación de Alejandría. A la llegada de Ptolomeo I Soter sería destituído y condenado a muerte por haber ayudado a Pérdicas y, sobre todo, por malversación de fondos. La gran fortuna amasada ilícitamente le fué confiscada.

Constantino I el Grande, 287-337. Emperador romano. Hijo de Flavia Helena, conocida por nosotros como Santa Elena, abrazó el cristianis-

mo. Trasladó la capital del Imperio a Constantinopla (Bizancio).

Champollion, Jean François, 1790-1832. Egiptólogo francés, descifró la piedra de Rosetta. Su obra más importante es el *Compendio del sistema jeroglífico de los antiguos egipcios.*

Decio, 191-251. Emperador romano. Restableció la antigua religión en perjuicio del cristianismo, al que quería destruir.

Demetrio de Falero, 350-284 a.C. Filósofo, orador y político ateniense, ideólogo de la Biblioteca de Alejandría.

Demóstenes, 385-320 a.C. Orador griego, el más grande de la antigüedad. Pronunció contra Filipo II de Macedonia sus inmortales *Filípicas* y *Olíntiacas.*

Dinócrates de Rodas. Arquitecto griego en tiempos de Alejandro Magno, constructor de Alejandría.

Diocleciano, 243-216. Emperador de los romanos, perteneciente a la familia de los Severos. De baja extracción social, fueron sus propios soldados los que lo proclamaron emperador. Realizó una importante reforma tributaria. Autor de un famoso edicto para combatir la inflacción.

Diodoro, s. I a.C. Historiador griego nacido en Sicilia, vivió en tiempos de César y Augusto. Después de haber visitado los principales países de Europa y Asia, se estableció en Roma. Publicó una obra, en 40 libros, de título *Biblioteca Histórica,* que contenía la historia universal, desde el comienzo del mundo hasta la Olimpiada 180 (60 a.C.).

Diógenes Laercio, s.III-II a.c. Escribió en 10 libros la primera historia de la filosofía conocida como *Vidas y opiniones de filósofos ilustres.*

Dionisios. Dios griego de la fecundidad, más tarde,

dios del vino. Los griegos lo identificaron con el dios egipcio Osiris. En Roma fue llamado Baco.

Esquilo, 525-456 a.C. Dramaturgo griego y principal representante de la tragedia griega. De sus 90 obras escritas, solamente han llegado hasta nuestros días siete. Su pieza más importante fue *Orestíada.*

Eratóstenes, 272-195 a.C. Científico y literato griego, director de la Biblioteca de Alejandría.

Estrabón, 62 a.C.-21. Geógrafo e historiador griego. Gran viajero, sus períodos de residencia estable los repartiría entre Alejandría y Roma. Autor de una *Memoria Histórica* y una *Geografía.*

Estratón de Lámpsaco, S.III a.C. Filósofo griego, preceptor de Ptolomeo Filadelfo. No se ha conservado ninguna de sus obras, no obstante, fue mencionado numerosos veces por Plutarco y Cicerón.

Euclides, s. IV a.C. Uno de los grandes matemáticos de todos los tiempos. A instancias de Ptolomeo Soter fundó una escuela de geometría, la más importante del mundo antiguo.

Eurípides, 484-406 a.C.. El más joven de los grandes trágicos griegos. Autor de 92 obras, de las cuales han llegado hasta nosotros 19. La tragedia *Las Bacantes* es considerada su obra maestra.

Farnaces III, 97-47 a.C. Rey del Ponto, hijo y sucesor de Mitrídates el Grande a quien destronó. Fue vencido por César en la batalla de Zela.

Filipo II de Macedonia, 382-336 a.C. Rey de Macedonia, hijo de Amintas II, tutor de su sobrino Amintas III. Casado primero con Olimpia de Épiro con quien tuvo a Alejandro Magno, más

tarde contrajo segundas nupcias con Cleopatra lo que provocó los temores de Alejandro sobre la sucesión. Murió asesinado, hecho en el que se cree también instigó éste.

Frigia. Satrapía persa o provincia exterior, regida por un sátrapa o gobernador. Geográficamente situada en Asia Menor, con población indogermánica. En el 103 a.C. fue conquistada por los romanos.

Galeno, Claudio, 129-199. Médico griego, trabajó en el campo de la medicina experimental. Sus obras han llegado hasta nosotros gracias a las traducciones árabes.

Helenismo. Lo constituye la difusión de la cultura y forma de vida griegas en los territorios conquistados por Alejandro Magno. Con el transcurso de los años, se apartaría de los modelos clásicos, creando uno propio. Este período abarca desde Alejandro hasta las grandes conquistas romanas. Está considerado como el origen o base de la cultura occidental.

Hércules. Forma latinizada del héroe griego Herakles, famoso por su fuerza y sus hazañas.

Hermes. Dios griego identificado con el romano Mercurio. Considerado como el conductor de las almas al Mas Allá, por lo que se le relacionó con el dios egipcio Osiris. Propiciador de la buena suerte y de los sueños proféticos.

Herodoto, 484-406 a.C. Considerado como *el Padre de la Historia.* Viajó por todo el mundo conocido. Escribió una historia en nueve libros, tenida por una de las más bellas de la antigüedad.

Herófilo, S. III a.C. Médico griego de la escuela de Alejandría. Fue el primero en efectuar estudios *post-morten* para el estudio de la anatomía.

Hiparco, s.II a.C. Geógrafo y astrónomo griego. Catalogó más de 800 estrellas fijas e introdujo el uso de las coordenadas.

Horus. Dios egipcio, hijo de Osiris e Isis, vengador de la muerte de su padre. Se le representaba por un halcón o por un hombre con cabeza de halcón, y sus ojos eran la Luna y el Sol. También podía representarse por su simple ojo o *Udjat* (Ojo de Horus), poderosísimo talismán contra la Fascinación.

Iliada. Poema formado por 24 cantos, obra maestra de la poesía épica, su contenido describe los episodios de la guerra de Troya. Se atribuye su autoría a Homero.

Isis. Diosa de la mitología egipcia, hermana y esposa de Osiris, madre de Horus.

Leónidas, s. IV a.C. Pariente de Olimpia de Épiro, madre de Alejandro Magno, fue uno de los instructores de éste.

Lépido, Marco Emilio, 59-13 a.C. Triunviro romano (2.º Triunvirato) a la muerte de César, junto con Antonio y Octavio.

Lisímaco, s.IV-281 a.c. General de Alejandro Magno y, a su muerte, rey de Tracia.

Manatón, siglos IV-III a.C. Sacerdote egipcio. Escribió una historia de Egipto que abarcaba desde los primeros tiempos hasta la conquista de Alejandro Magno.

Menfis. Ciudad del antiguo Egipto, sobre sus ruinas actualmente se alza el pueblo de Mit-Ramineh.

Orígenes, 185-252. Teólogo perteneciente a la escuela catequística de Alejandría. Escribió más de 2.000 tratados, de los que nos han llegado solamente 30.

Osiris. Dios egipcio. Hermano y esposo de Isis y padre de Horus.

Pella. Capital del reino griego de Macedonia. Cuna de Filipo II y de su hijo Alejandro Magno.

Pérdicas, s.IV a.C. General macedonio de Alejandro Magno. Luchó contra Ptolomeo I Soter. Murió asesinado por sus oficiales.

Pérgamo. Antigua ciudad de la Misia (Asia Menor). Conocida por su gran Biblioteca y por el arte de preparar el pergamino. Cuna de Galeno.

Plotina, s. I Segunda mujer del emperador Trajano. De ella se dice que intrigó a favor del emperador Adriano para que su marido lo nombrara su sucesor.

Plutarco, 46-120. Historiador griego, reconocido como el más importante biógrafo de la antigüedad. En sus *Vidas Paralelas* y *Obras Morales* compara las biografías de personajes griegos con las de romanos.

Pompeyo, Cneo P. Magno, 106-48 a.C. General romano, varias veces cónsul y triunviro con César. Casado con Julia, hija de César.

Poseidón o Posidón. Dios del mar en la mitología griega, normalmente se le representa con un tridente en la mano. Los romanos le llamaron Neptuno.

Ptolomeo I Soter, 350-284 a.C. Primer rey de Egipto, fundador de la Dinastía Lágida. De origen macedonio, fue capitán con Filipo II de Macedonia y general con Alejandro Magno. Casado dos veces -con Eurídice y Berenice-, abdicó en el tercer hijo habido de su segunda esposa.

Ptolomeo II Filadelfo, 308-246 a.C. Rey de Egipto. Hijo de Ptolomeo I Soter y de Berenice I. Artífice del primer Tratado de Alianzas con Roma. Embelleció Alejandría y aumentó considerable-

mente los fondos de la Biblioteca. Tuvo dos esposas, ambas de igual nombre: Arsinoe I y Arsinoe II. Repudió a la primera para desposar a su propia hermana.

Ptolomeo III Evérgetes, 283-221 a.C. Rey de Egipto. Hijo de Ptolomeo II Filadelfo y Arsinoe. Conquistó gran parte de Asia Menor. Contrajo matrimonio con Berenice II, a quien Calímaco dedicó un hermoso poema.

Ptolomeo IV Filopator, 238-205 a.C. Rey de Egipto. Hijo de Ptolomeo III Evérgetes y de Berenice II, a quien ordenó asesinar, al igual que a su hermana-esposa Arsinoe III.

Ptolomeo V Epifanes, 210-181 a.C. Rey de Egipto. Hijo de Ptolomeo IV y Arsinoe III. Contrajo matrimonio con Cleopatra I, hija de Antíoco, rey de Siria. Es a este faraón y a su época a quienes corresponden las inscripciones de la piedra de Rosetta.

Ptolomeo VI Filometor, 186-145 a.C. Rey de Egipto. Hijo de Ptolomeo V Epifanes y de Cleopatra I. Al ser hecho prisionero por los sirios, su hermano fue nombrado rey con el número VIII. A su regreso, para evitar el conflicto de los dos monarcas, Roma les invitaría a gobernar conjuntamente. Contrajo nupcias con su hermana Cleopatra II.

Ptolomeo VII Eupator, 166-143 a.C. Rey de Egipto. Hijo de Ptolomeo VI Filometor y de Cleopatra II. A la muerte de su padre subió al trono por decisión de su madre y contra los deseos de su tío Ptolomeo VIII. Murió asesinado por su tío.

Ptolomeo VIII Evérgetes, Fiskón, Kakergete, 183-116 a.C. Rey de Egipto. Hijo de Ptolomeo V y Arsinoe III. En la primera etapa de su reinado compartió el trono con su hermano Ptolomeo VI. A la muerte de éste desposó a su viuda, Cleopatra II,

que también era su hermana. Contrajo un segundo matrimonio con su sobrina Cleopatra III, hija de su hermana-esposa Cleopatra II y de su hermano Ptolomeo VI.

Ptolomeo IX Soter, Filometor, Latire, 142-81 a.C. Rey de Egipto. Hijo de Ptolomeo VIII y Cleopatra III. Contrajo nupcias con su hermana Cleopatra IV de la que tuvo una hija, Berenice Cleopatra V, que heredaría el trono a la muerte de su padre.

Ptolomeo X Alejandro I, 144-88 a.C. Rey de Egipto, hijo de Ptolomeo VIII y Cleopatra III. Usurpó el trono a su hermano Ptolomeo IX, gobernó hasta ser expulsado del país. Casó con Arsinoe IV, también su hermana.

Ptolomeo XI Alejandro II, 105-80 a.C. Rey de Egipto. Hijo de Ptolomeo X y Arsinoe IV. Compartió el trono con su hermana Berenice Cleopatra V, con quien contrajo matrimonio. A su muerte, sin descendencia, legaría Egipto y sus territorios a Roma.

Ptolomeo XII Filopator, Filadelfo, Dionisios, Auletes, 95-51 a.C. Rey de Egipto. Hijo natural de Ptolomeo IX. Tuvo tres hijas, dos de ellas de nombre Cleopatra, y dos hijos. Una Cleopatra sería la sexta (VI), que ocuparía el trono durante el exilio de su padre en Roma, muriendo poco después de su proclamación. A su muerte, Ptolomeo XII dejó el trono a un hijo y a otra hija, de nombre Cleopatra VII.

Ptolomeo XIII Filopator, Filadelfo, 60-47 a.C. Co-rey de Egipto con su hermana Cleopatra VII, que también fue su esposa. Hijo de Ptolomeo XII. Murió ahogado en el Nilo cuando intentaba huir de las tropas de Julio César.

Ptolomeo XIV, el Niño, 59-44 a.C. Co-rey de Egipto con su hermana Cleopatra VII, con quien

contrajo matrimonio. Hijo de Ptolomeo XII y hermano de Ptolomeo XIII. Murió envenenado por su hermana-esposa Cleopatra VII.

Seleúco, 358-280 a.C. General de Alejandro Magno. A la muerte de éste disputaría parte de su Imperio. Fundador de la Dinastía Seleúcida, que extendería sus dominios por Persia, Babilonia, Asia Menor y Siria.

Séneca, Lucio Anneo, 4 a.C.-65. Filósofo nacido en Córdoba, fue senador con Calígula y preceptor de Nerón. Condenado a muerte por cómplice en una conjuración contra el emperador Nerón, se quitó la vida cortándose las venas.

Seth. Dios del antiguo Egipto que encarna la destrucción. Hermano de Isis y Osiris, a quien asesinó.

Severo, Séptimo (Septimio), Lucio.146-211. Emperador romano. Fundador de la dinastía de los Severos.

Sófocles, 495-405 a.C. Poeta trágico griego, de su obra solamente han llegado hasta nosotros siete tragedias.

Suetonio, Tranquilo, Cayo. 70-140. Historiador y biógrafo latino, su obra más importante es *Vida de los doce Césares.*

Tebas. Ciudad de Grecia, capital de Beocia. Rival de Atenas y Esparta.

Teócrito, 315-250 a.C. Poeta griego creador de la poesía pastoril. Su obra *Idilios* ejerció gran influencia en la literatura occidental.

Teodosio I el Grande, 346-395. Emperador romano favorecedor del cristianismo. A su muerte dejó dividido el Imperio entre sus hijos Arcadio y Honorio.

Teofrasto, 372-288 a.C. Filósofo y botánico griego.

Discípulo de Aristóteles, le sucedió en la dirección del Liceo.

Tito, Flavio Vespasiano, 41-81. Emperador romano, hijo de Vespasiano. Conquistó y destruyó Jerusalén. Su corto reinado se caracterizó por la prosperidad que gozó Roma.

Trajano, Marco Ulpio, 52-117. Emperador romano nacido en Itálica. Adoptado por el emperador Nerva, le sucedió a su muerte. Conquistó Dacia convirtiéndola en provincia romana. Estas hazañas están representadas en la famosa Columna que lleva su nombre.

Venus. Diosa romana del amor y la belleza, análoga a la diosa griega Afrodita.

Vespasiano, Tito Flavio, 7-79. Emperador romano, elegido en Alejandría a la muerte de Galba. Reorganizó el ejército, el Senado y la Hacienda Pública. Construyó el Coliseo.

Zeus. Dios griego representante de la máxima divinidad. Llamado por los romanos Júpiter.

BIBLIOGRAFIA

Adriani, A. *Repertorio d'arte dell'Egitto Greco-Romano.* Palermo, 1964.

Ávila Granados, J. *Alejandría: foco de cultura de la Antigüedad.* Madrid, 1985.

Bernard, A. *Alexandría la Grande.* París, 1966.

Bevan, E. R. *Historia des Lagides, 330 à 30 av.J.C.* París, 1934.

Bianchi Bandinelli, R. *Roma, il centro del potere.* Milán, 1967.

Bouché - Leclerq. *Histoire des Lagides.* París, 1963.

Budge, W. *La momia: Manual de arqueología funeraria egipcia.* Madrid, 1995.

Calderini, A. *La dinastia ellenistica dei Lagidi.* Milán, 1944

Calvo-Martinez, J. L. y Sánchez Romero M. D. *Textos de magia en papiros griegos.* Madrid, 1987.

Canfora, L. *La veritable histoire de la Bibliothèque d'Alexandrie.* París, 1988.

César. *Bellum Civile III.* Madrid, 1969.

Cloché, P. *Un fondateur d'empire: Philippe II roi de Macédoine.* Saint Ettienne, 1956.

De Sanctis, G. *El helenismo y Roma.* Madrid, 1933.

Della Corte, F. *Suetonio eques-romanus.* Milán, 1983.

Diodoro. Libro I.

Dioscórides, traducción de Laguna. Madrid, 1983.

Dunand, F. *Le culte d'Isis dans le bassin oriental de la Méditerranée.* Leiden, 1973.

El-Abbadi, M. *La Antigua Biblioteca de Alejandría. Vida y destino.* Madrid, 1994.

Fontana, M.J. *Le lotte per la successione di Alessandro Magno dal 323 al 315.* Palermo, 1944.

Estrabón, *Libro XVII.*

García Font, J. *El helenismo y el auge de Roma.* Madrid, 1972.

Herodoto. *Libro II.*

Hohl, E. *La época imperial romana.* Madrid, 1966

Jacq, C. *El mundo mágico del antiguo Egipto.* Madrid, 1991.

Jouguet, P. *L'Egypte gréco-romaine de la conquête d'Alexandre à Dioclétien.* París, 1968.

Juvenal. *Sátira XV.* Madrid, 1971.

Le Corsu, F. *Isis, mythe et mystéres.* París, 1977.

Levi, M. A. *L'ellenismo e l'ascesa di Roma.* Turín, 1969.

Lozano, E. *El mundo helenístico.* Madrid, 1993.

Marlow, J. *The Golden Age of Alexandria.* Londres, 1971.

Melero, R., Plácido, D. y Presedo, F. *Historia Antigua I.* Madrid, 1992.

Momigliano, A. *Filippo il macedone.* Florencia, 1934.

Moscati, S. *La vida cotidiana en la antigüedad.* Madrid, 1976.

Nicolet, C. *Roma y la conquista del mundo mediterráneo.* Barcelona, 1984.

Palacios, C. *Los perfumes.* Madrid, 1985.

Petit, P. *La civilisation Hellenistique.* París, 1965.

Plutarco. *Vidas paralelas* (aquellas concernientes a lo tratado en este libro).

—*Isis y Osiris.*

—*Charlas de Sobremesa*. Madrid, 1969.

Posener, G. *Dictionnaire de la civilisation égyptienne*. París, 1959.

Preaux, C. *El mundo Helenístico*. Barcelona, 1984.

Romero, À. *El Nilo*. Madrid, 1974.

Sartre, M. *El Oriente romano*. Madrid, 1974.

Sauneron, S. *Nous partons pour l'Egypte*. París, 1980.

Tarn, W.W. *The heritage of Alexander*. Cambridge, 1933.

Teócrito. *Las de Siracusa (Las Siracusanas)*. Madrid, 1970.

Teofrasto. *Historia de las plantas*. Madrid, 1988.

Tovar, A. Galiano, M. F., D'Ors, A. y Marías, J. *Problemas del mundo helenístico*. Madrid, 1961.

Toynbee, A. *Los griegos. Herencias y raíces*. México C. F., 1988.

Vandenberg, Ph. *César y Cleopatra*. Buenos Aires, 1986.

Wilson, J.A. *L'Egypte, vie et mort d'une civilisation*. París, 1961.

En cuanto a la historia del antiguo Egipto, es recomendable leer las obras de Maspero, Moret, E. Meyer y Lepsius que, si bien el paso de los años las han *desplazado* un tanto, siguen siendo de gran utilidad.

INDICE

Presentación 11
Prólogo 15
Introducción 21
I. Egipto Ptolomaico 29
II. Egipto, provincia de Roma 67
III. Vida cotidiana 77
IV. Alejandría 83
V. De lo cotidiano en general 97
VI. La familia 103
VII. Aspectos sociales 109
VIII. La religión 115
IX. El calendario 125
X. Momias 137
XI. Aromas y perfumes 153
XII. La cultura 163
XIII. Esoterismo y alquimia 177
Epílogo 189
Glosario 193
Bibliografía 209